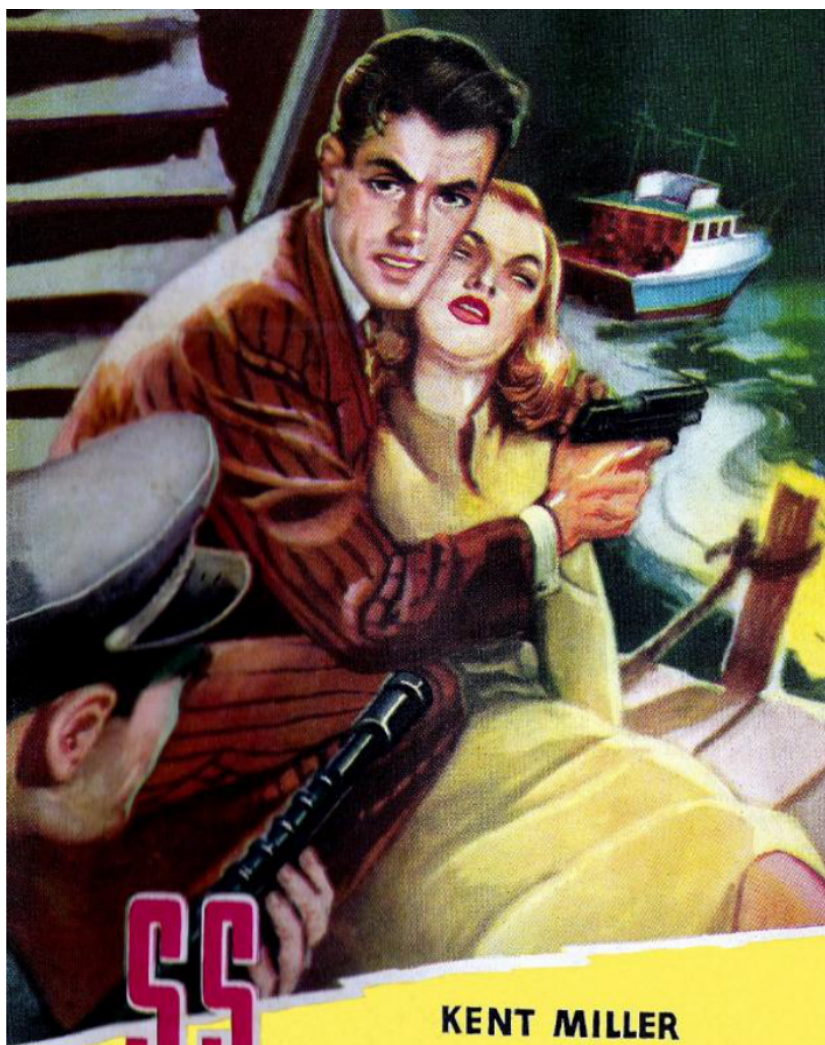




SS

**SERVICIO
SECRETO**

KENT MILLER

LA LIBELULA DE CRISTAL

LA LIBÉLULA DE CRISTAL



KENT MILLER

LA LIBÉLULA DE CRISTAL

1.ª EDICION
NOVEMBRE 1950

EDITORIAL

Proyecto, 2 T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO en
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

El zumbido apagado, y confuso del tráfico neoyorquino llegaba hasta allí, como el de un gigantesco diapasón cuyas modulaciones reforzábanse o se debilitaran a intervalos regulares. La habitación en sí apenas si difería de las restantes del inmueble. Una mesa de trabajo, media docena de sillas y una estantería con libros y publicaciones diversas. De la pared colgaba un moderno, reloj, de regulares dimensiones, cuyo rítmico tic-tac

ero el único sonido que llenaba la pieza.

Sin embargo, no estaba deshabitada. Echado de bruces sobre la mesa había un hombre que parecía dormitar. Numerosos papeles en desorden, entre los que destacaban algunos planos, indicaban claramente el trabajo a que se hallaba dedicado el ocupante del cuarto.

Las dos manecillas del reloj juntáronse en aquel instante en la parte superior de la esfera y, lentas y acompasadas, las doce campanadas resonaron en aquella quietud con obsesionante terquedad.

El hombre hizo un leve movimiento, alargando una mano hacia delante. Luego alzó la cabeza y quedóse mirándolo todo con expresión soñolienta. Finalmente dirigió la mirada hacia el reloj, y fué entonces cuando acabó de incorporarse.

—¡Las doce! —murmuró, pasándose una mano por la frente—. ¿Cómo es posible que haya podido dormirme...?

Paseó la mirada por los papeles que tenía ante sí, al tiempo que bostezaba ruidosamente. Levantóse de su asiento y dió algunos, pasos por el despacho, como si no supiera a dónde dirigirse.

Entonces se dió cuenta de que el brazo izquierdo le molestaba sensiblemente. Frotóle con fuerza, pero el dolor, lejos de calmarse, pareció aumentar.

—¿Qué diablos de bicho me habrá picado? —preguntóse, intrigado, al observar sobre la piel una mancha ligeramente sonrosada.

Volvió a la mesa, ordenó los papeles que se hallaban sobre la misma y sacó un cigarrillo que encendió. Tropezó su mirada con una taza en la que había tomado café y la apartó, dejándola a un lado.

—He estado durmiendo cerca de una hora —habló consigo mismo—. Nunca me había sucedido nada semejante...

Pulsó el botón de un timbre y a los pocos instantes un muchachito de unos dieciséis años apareció, dejando ver su rostro por la puerta entreabierta.

—¿Desea, algo, profesor Scalbert? —preguntó, sonriente.

El aludido señaló la taza que se encontraba sobre la mesa.

—Llévate eso... Jim. ¿Ha venido alguien preguntando por mí?

—No, señor: Solamente hace cosa de una hora vino la señorita, Gennycab. Ella fué quien me dijo que nadie lo molestara.

—¿La señorita. Gennycab? —repitió el profesor Scalbert, indudablemente intrigado—. ¿Quién es esa señorita?

—Me pareció que se llamaba así —habló el botones—. Es la rubia, del vestido verde y que sonrío como... Ya sabe a quién me refiero, ¿verdad, profesor Scalbert?

Walter Scalbert volvió a pasar la mano por su frente, como intentando coordinar las ideas confusas, y vacilantes.

—Creo que no entiendo nada de lo que me dices, Jim. ¿Una mujer rubia... llamada Gennycab?

Afirmó el botones con la cabeza.

—Me mostró una tarjeta en la cual usted la invitaba a venir aquí. Me dijo que ya conocía el sitio y que no era preciso que la anunciara. Yo mismo la vi entrar por esta puerta; unos cinco minutos más tarde volvió a salir, diciéndome que usted deseaba que nadie entrara hasta que avisase.

—Es extraño —murmuró, pensativo—. No recuerdo nada de cuánto me dices. Supongo que debió ser después que trajeron el café, ¿no es así?

—¿El café? —preguntó el botones mirando hacia la mesa—. ¿Quién se lo trajo?

—Pues... supongo que sería uno de los mozos del bar. No me fijé

demasiado en este detalle. Estaba trabajando cuando lo entraron.

El muchacho se encogió de hombros, tal vez porque le resultaba demasiado complicado entenderse con el profesor Scalbert.

—Tendría gracia que esa joven hubiera penetrado, aquí mientras yo dormía —sonrió levemente—. Aunque no comprendo cómo diablos...

—La señorita Gennycab dijo al salir que usted estaba muy atareado y que no quería que lo molestaran. Es extraño que no se fijara en ella. Es una mujer que llama la atención y sonríe... de un modo especial. Forzosamente ha tenido que reparar en su sonrisa, profesor Scalbert.

Con un gesto de cansancio volvió Walter Scalbert a la mesa y dejóse caer una vez más en el sillón. Tenía la cabeza como hueca y una extraña somnolencia intentaba hacer presa de nuevo en él.

El botones cogió la taza de café, y, sin pronunciar una palabra más, salió de la pieza. Era evidente que, a su juicio, el profesor deseaba mantener oculta la visita de *Miss Gennycab*. A pesar de sus cincuenta años y de sus moderadas costumbres, el profesor Scalbert no resultaba inmune a los tentadores asedios de ciertas mujeres que, como *Miss Gennycab*, estaban dotadas de tan irresistibles encantos.

Sin embargo, las reflexiones que en aquel momento estaba haciéndose el sabio profesor e ingeniero de la Universidad Experimental de Pittsburg, no coincidían en lo más mínimo con las de su botones.

Walter Scalbert sólo recordaba que había llamado al bar para que le sirvieran una taza de café bien cargado. Hallábase revisando unos planos cuando oyó que entraban con el servicio. No se molestó siquiera en mirar a la persona encargada de ello, ya que sólo se dió cuenta de que dejaban la taza sobre la mesa y se retiraban en silencio. Luego sus ideas ya carecían de precisión, pero ni por asomo formaba parte de ellas una mujer rubia y vestida con un traje verde, como acababa de indicarle Jim.

Decidió salir y dar un paseo con objeto de despejar su cabeza.

Llamó un taxi que se acercaba a la acera y subió a él. Le dió las señas de su domicilio y se recostó contra el asiento al tiempo que el vehículo se puso en marcha.

Cerró los ojos, ya que el sopor que se había apoderado de él no llevaba trazas de ceder. Ni siquiera los pensamientos, permanecían

fijos en su mente; mostrábanse escurridizos y faltos de consistencia, alejándose apenas aparecían.

Ignoraba el tiempo que llevaba en el automóvil cuando advirtió que éste se detenía y subían a él dos individuos que tomaron asiento a su lado. No se molestó siquiera en protestar. Carecía de voluntad para oponerse a las pretensiones de aquellos intrusos.

—¿Es usted el profesor Scalbert? —preguntó uno de ellos, el que aparentaba tener más edad.

—Sí, yo soy —respondió casi maquinalmente.

—Usted va a su casa, ¿no es cierto, profesor?

—Sí.

—Usted ha diseñado unos planos que tiene orden de entregar al Departamento de Defensa.

Asintió Scalbert, en silencio.

—Me refiero a su «Y.L.6» —siguió el desconocido—. ¿Cree posible que llegue a registrar las setecientas cincuenta millas?

—Ochocientas cincuenta —rectificó Scalbert.

—¿Y el piloto?

—Puede ser conducido a distancia. En cualquier momento es factible conocer su situación exacta y las indicaciones de los instrumentos de vuelo...

—¿Y su radio de acción?

—Éste es el detalle más singular del «Y. L. 6» —sonrió Scalbert—. Va provisto de un generador de energía nuclear, gracias al cual podría dar la vuelta a la Tierra hasta cinco veces sin necesidad de aterrizar ni en una sola ocasión.

—¿Podría?

—Desde luego —repuso Scalbert, siempre con la mirada fija en un punto imaginario del vehículo—, no es posible prever en qué forma responderán todos los demás elementos del avión.

El hombre que le formulaba todas estas preguntas cogió al profesor de un brazo y lo oprimió con fuerza.

—¿Dónde están los planos?

—Los guardo en mi casa. Es necesario custodiarlo, en un lugar seguro hasta que vengan a buscarlos.

—¿Quién ha de venir a recogerlos?

—Me han avisado esta mañana que llegarán dos policías para llevarlos al Estado Mayor del Ejército. Irán provistos de una

contraseña especial.

—Está bien, profesor Scalbert —dijo aquel hombre, aflojando la presión de sus dedos—. Necesitamos estos planos, y usted va a entregárnoslos. ¿Ha entendido?

—Sí.

—Le acompañaremos a su casa y allí nos dará cuanto le pedimos. Si le preguntan algo responderá que somos los agentes encargados de su custodia. ¡No olvide nada! ¿Lo recordará?

—Seguramente.

Unos minutos más tarde el automóvil se detenía frente a la casita en la que vivía Walter Scalbert. Descendieron los tres hombres, y con la mayor naturalidad se encaminaron a ella.

El profesor abrió la puerta e invitó a sus acompañantes a pasar al interior. Un criado acudió en aquel momento, y Scalbert le hizo una seña.

—Prepárame una taza de café muy cargado, Williams —dijo simplemente. Pero aún no había desaparecido el sirviente por la puerta que conducía a la cocina, cuando añadió—: Estos señores son los agentes que esperaba. Pronto terminaré con ellos.

Entraron en la biblioteca, y Scalbert se dirigió a un rincón de donde tomó una lamparita de bolsillo.

La entregó a uno de los que le acompañaban, al tiempo que señalaba la chimenea.

—Entre ahí dentro. A mano izquierda, y a la altura de la cabeza, verá una argolla. Tire de ella y se abrirá una caja metálica en la que están los planos...

Así lo hizo, aquel hombre. A los pocos minutos salía de dicho lugar llevando un sobre abultado que entregó a su compañero. Éste lo abrió y examinó brevemente su contenido. Hizo un gesto afirmativo al otro y lo guardó en su bolsillo.

—Perfectamente, profesor Scalbert. Ha sido usted muy amable. Buenos días.

—Buenos días —respondió Scalbert.

Y acompañó a los dos hombres hasta la puerta. Les vio alejarse a través del jardín y subir al automóvil, que desapareció a gran velocidad.

La voz del criado le sacó de su ensimismamiento.

—Tiene servido el café, señor.

—¿El café?

—Sí, señor —respondió Williams, intrigado.

—Está bien, Williams.

Y marchó hasta la mesita, en donde el criado dejara el servicio.

A media tarde un automóvil detúvose frente a la vivienda del profesor. Dos hombres apeáronse, del mismo y, con gesto decidido, llamaron a la puerta.

—¿El profesor Scalbert?

Williams les observó unos instantes, indeciso. Uno de los aludidos sacó una placa que mostró al criado.

—Debemos acompañar al profesor —dijo—. Él ya sabe de qué se trata.

Franqueóles Williams la entrada y fué en busca de Scalbert.

Éste se encontraba sentado en un sillón de la biblioteca, con los brazos extendidos sobre las rodillas y la mirada perdida en el vacío.

—Dos agentes desean verle, señor. Me han dicho que deben acompañarlo y que ya se le ha avisado de lo que se trata.

—Hazlos pasar, Williams.

Scalbert no desvió la mirada hasta tener frente a él a los dos visitantes. Pasó una mano, por sus cabellos, como intentando alisarlos, y se puso en pie.

—Nos manda el inspector McQuander —dijo uno de ellos—. No dudo de que ya sabe a qué se refiere.

—¿El inspector McQuander? —repitió—. ¿Quién es ese inspector?

—El encargado de la Brigada de Seguridad Personal. Creo que el motivo está relacionado con ciertos planos que deben llevarse a la sección de Experimentación del Estado Mayor.

—¿Unos planos? —murmuró Scalbert, haciendo un esfuerzo para comprender.

Afirmó el agente. Entonces el profesor dió algunos pasos sin saber a dónde dirigirse, hasta que, acercándose a un estante que había en la pared, tomó del mismo un abultado sobre.

—¿Tienen que llevarse los planos? —preguntó.

—Nosotros nos debemos limitar a acompañarle, profesor.

Asintió Scalbert en silencio. Dirigióse hacia la puerta, seguido de los dos agentes, y juntos salieron de la casa.

En pocos minutos llegaron frente a un imponente edificio de

severas líneas. Apeáronse los tres, y Scalbert fué invitado a subir hasta uno de los despachos del piso superior. Allí, de pie y junto a una larga mesa, había cinco hombres. Dos de ellos vestían de paisano, mientras que los restantes lucían el uniforme de las fuerzas aéreas estadounidenses.

Scalbert se detuvo en el umbral y durante breves instantes quedóse contemplando a los cinco personajes, un poco desconcertado por encontrarse en tal sitio.

—¿Cómo está usted, profesor Scalbert? —saludóle el de más edad de los dos paisanos, mientras se adelantaba hacia él, tendiéndole la diestra.

El profesor la estrechó, y entonces le fueron presentados los demás reunidos: el ingeniero Brently, el coronel Adams, el mayor Kenniston y el capitán Ridder.

Scalbert fué saludándoles a todos. Terminadas las presentaciones sentóse en la silla que McQuander le ofrecía. Éste le indicó que debía entregar los documentos al ingeniero Brently. Y así lo hizo.

Las miradas de los presentes desviáronse por unos instantes hacia el pliego que Brently estaba abriendo. Sacó de él su contenido y lo extendió sobre la mesa.

Scalbert seguía con expresión de indiferencia a tales operaciones. Vió cómo del sobre salían una serie de recortes de periódicos y revistas profesionales que había considerado de interés; pero su semblante no se inmutó siquiera.

—¿Qué significa esto, profesor Scalbert? —preguntó el ingeniero Brently, mirándole asombrado.

Scalbert vió cómo los cinco pares de ojos se volvían hacia él, y por unos segundos debió comprender que algo anormal ocurría. Se levantó de su asiento y extendió su mano hacia el contenido del sobre.

—¿Qué significa esto? —repitió maquinalmente.

Y como si un destello vivísimo rasgara las tinieblas de su mente lanzó un penetrante grito, al tiempo que se arrojaba de bruces sobre los recortes.

Acercáronse los cinco hombres para levantarlo, sin comprender lo que ocurría. Pero la expresión de su desencajado semblante y sus ojos enormemente dilatados les contuvo.

—¡Pronto! —exclamó McQuander, dirigiéndose a uno de los

agentes que habían quedado aguardando afuera—. ¡Llamen al doctor Grant!

Cinco minutos más tarde el aludido no pudo hacer otra cosa que certificar la muerte de Walter Scalbert, ingeniero aeronáutico y profesor de la Universidad Experimental de Pittsburg.

El crepúsculo que en aquel atardecer de mayo se contemplaba desde la solitaria terraza del hotel

«Reewell's»,

en Silwell Springs, probablemente no hubiera ofrecido nada de extraordinario para la mayoría de los mortales.

Ni la pareja de ardillas persiguiéndose por las copas de los pinos, ni los cantos de los petirrojos en el fondo del valle, ni el lejano y tristón lamento del pájaro burlón, hubieran conseguido emocionar a una persona poco habituada a tales lugares como le estaba sucediendo a Ben Scott. El muchacho llevaba ya cerca de diez minutos con las manos cruzadas sobre las rodillas, mientras dejaba perder la mirada por las lejanas cumbres que recortaban su azul cobalto sobre un fondo púrpura y brillante.

Sin embargo, en descargo de Ben Scott, podía aducirse que no estaba solo. A su lado una encantadora muchacha permanecía, como él, absorta en la contemplación del maravilloso espectáculo de la Naturaleza.

Ben Scott y Jessie Miller estaban agotando su tercer día de descanso en Silwell Springs, después de las fatigosas jornadas que les llevaron al esclarecimiento de uno de los más complicados enigmas en que les correspondió actuar.

En la terraza no había nadie más que los dos jóvenes en aquella hora. La mayoría de los ocupantes del hotel se hallaban atentos al resultado de las regatas que se desarrollaban en el lago.

—Nunca imaginé que pudiera encontrarse un lugar tan maravilloso como éste, Ben —habló la joven, desviando su mirada para fijarla en su acompañante.

—Es cierto —murmuró el muchacho—. McQuander no podía recomendarme un sitio más adecuado para descansar que estas montañas. Uno llega a olvidarse de los sinsabores cotidianos, hasta el punto de que sólo el presente parece ser realidad —volvióse para mirar a Jessie, y sonrió—: ¿Tú crees que he llegado a pensar si la pesadilla de Atkins no ha sido otra cosa que un sueño?

Jessie Miller afirmó con un movimiento de cabeza. Asimismo miró a su acompañante, y por unos momentos ambos sostuvieron sus miradas. Luego echáronse a reír.

—¡Es gracioso lo que me sucede, Jessie! —dijo Ben Scott, sacando un cigarrillo y encendiéndolo—. Esta quietud y el ambiente que nos rodea me incitan a una locuacidad poco frecuente en mí. Hablaría sin ton ni son de muchas cosas, algunas de ellas faltas de sentido; otras, tal vez demasiado expresivas para que pudieras tomarlas en serio.

Ella fingió mirarlo con sorpresa.

—¿Crees que es muy importante lo que tienes que decirme?

—Verás... Es posible que tú no opines igual pero para mí tiene una importancia vital. En cierta ocasión te hablé de la señora Evans. Es una excelente mujer, aunque tiene un sentido muy particular de la forma de comportarse con sus huéspedes.

—¿Le ocurre algo a esa señora?

—No, no es que le ocurra nada. Intentaba referirme a sus guisos. Es una mujer que se muestra orgullosa de su modo de cocinar, pero no todos estamos de acuerdo con ella. Yo mismo...

—No alcanzo a ver la relación que *Mrs.* Evans y sus guisos puedan tener con la paz que se respira en este ambiente.

—Y, sin embargo, la tiene —apresuróse Ben a replicar—. Esto me hace pensar que una existencia no puede ser todo lo bella que uno anhela si hay un solo elemento empeñado en demostrar lo contrario. Y para mí éste elemento está personificado por *Mrs.* Evans y sus deplorables comidas.

—¡Oh, eso es terrible! —exclamó Jessie, simulando asustarse—. *Mrs.* Evans deberla ser encarcelada por atentar contra el buen gusto de sus huéspedes.

—Debes saber acostumbrarte a no tomar las cosas a broma, Jessie —cortó Ben Scott con una mueca de desagrado—. Lo que tengo que decirte es muy importante.

—¿De qué se trata?

Ben Scott carraspeó antes de comenzar.

—Se trata de algo que hubiera querido decirte desde el primer día que llegamos. Sin embargo, mi fatalidad ha consistido, siempre en temer a las mujeres. Por ello llevo quince meses soportando a *Mrs.* Evans y a sus guisotes, por haber sido recomendado a ella por

un tío mío con quien le unía una gran amistad.

—¿Me temes a mí como a esa señora? —preguntó Jessie con un guiño de malicia.

—Es otra clase de temor. No sabría cómo explicarlo... Nunca he sido un hombre tímido, pero lo que me ocurre es algo parecido. Tal vez si olvidas por un momento que yo soy el profesor Scott y que tú eres mi auxiliar de laboratorio conseguiré avanzar un gran paso.

—Tenlo por olvidado, Ben.

El muchacho cogió una de las manos de Jessie y la retuvo entre las suyas.

—He pensado muchas veces en que... podría verme libre de *Mrs. Evans* si consiguiera... encontrar una mujer...

—Yo nunca he sido una buena cocinera, Ben.

—No importa. Entre los dos todo saldría estupendamente.

—Pero eso es imposible. Debes comprender lo qué todos dirían si se enterasen de que tu ayudante...

—A ello quería referirme, Jessie. Tú ya sabes que yo nunca me fijé demasiado en los encantos de una muchacha. Pero hay momentos en que, después de largas reflexiones, uno llega a la conclusión de que necesita contar con alguien en quién confiar sus preocupaciones y pedir consejo, y... recibir el consuelo de un afecto sincero, y...

Jessie le miró, sorprendida, como el que acaba de hacer un descubrimiento.

—Tú lo que necesitas es casarte, Ben.

—¡Es cierto! —exclamó Ben Scott, entusiasmado—. ¿Cómo no se me habría ocurrido antes?

—Sí —replicó Jessie, burlona—. Hay situaciones que exigen una solución radical. Y la tuya es una de éstas.

—Bien —sonrió el muchacho—; ya que estamos de acuerdo...

—Cierto, estamos de acuerdo en que debes casarte. Pero ¿con quién?

—¡Vaya! ¡Otro problema! ¿Cómo podría resolverlo?

—Sencillamente, buscando una mujer.

Ben quedóse mirando a Jessie en los ojos.

—Ahora recuerdo que iba a hablarte de ello, Jessie. Yo nunca supe expresarme con demasiada claridad como saben hacerlo otros muchos. Llevo ya mucho tiempo dándole vueltas a esta cuestión.

Pero nunca me acababa de decidir. Iba demorando el asunto, hasta que me dije que en un lugar tan maravilloso como es éste, las cosas saldrían mejor, y...

—¿Qué es lo que quieres decir. Ben? —preguntó Jessie con mimo.

—Quiero decir que...

La puerta que daba al salón interior abrióse de golpe, y un camarero salió a la terraza. Al descubrirles se dirigió a ellos, resuelto.

—Usted perdone, señor Scott; pero llaman con urgencia de Nueva York preguntando por usted.

—¿Le dijo quién era?

—Creo que se llama McQuander. Pide hablarle con urgencia acerca de un caso que le interesa.

Ben Scott se puso en pie, no decidido aún a responder a la llamada del inspector.

—¿Qué diablos querrá ese hombre?...

—Es poco recomendable salir de la ciudad para irse a descansar, y dejar las señas del lugar al que piensa uno trasladarse —observó Jessie, con evidente mal humor.

—Posiblemente se tratará de algo sin importancia —insinuó el muchacho.

—Conozco demasiado bien a McQuander para suponer que su llamada no encierra algo que va a estropearnos el resto de las vacaciones.

Mas, a pesar de las prevenciones de Jessie, Ben Scott se dirigió hacia el interior en pos del mozo que lo había avisado.

Cinco minutos más tarde regresaba. En la expresión de su semblante adivinó Jessie que estaba preocupado.

—¿Qué clase de hueso te ha lanzado McQuander para que lo roas? —preguntó con acento de evidente mal humor.

—Habrá que salir para Nueva York —contestó el muchacho, pensativo—. Se trata de algo importante. ¿Recuerdas al profesor Scalbert, a quien te presenté hace unos meses, con motivo de la conferencia que dió en nuestro Instituto?

—Desde luego que lo recuerdo. ¿Qué le ha ocurrido a Scalbert?

—Acaba de morir en circunstancias muy extrañas. McQuander dice que debía presentar en el Departamento de Defensa, unos

planos de cierto invento. Pero los planos han desaparecido, en tanto que Scalbert ha muerto de un modo singularmente sospechoso. Mac quiere que yo mismo me encargue del caso, no sólo por su naturaleza, sino por la amistad que me unía al profesor. Y le he prometido salir esta misma noche para. Nueva York.

Jessie se levantó de su asiento con aire de resignación.

—Está bien. ¡Qué le vamos a hacer! Te acompañaré; pero, te prometo que la próxima vez que salga de vacaciones habrá de ser con la condición de que nadie sepa a dónde vamos.

Y aquella misma noche salían de Silwell Springs para intervenir en uno de los más apasionantes enigmas que hasta entonces se les había ofrecido.

CAPÍTULO II

Ben Scott dejóse caer en el amplio butacón y se desabrochó el botón del cuello que le oprimía en demasía. La temperatura era elevada y la atmósfera de la biblioteca se le antojaba irrespirable.

De pie ante él, Williams, el criado de Walter Scalbert, lo observaba en silencio.

—¿Podría abrir esa ventana? —le preguntó, indicándola con un ademán—. Hace bastante calor.

Williams inclinóse respetuosamente y marchó a cumplir el deseo del inspector. La brisa del exterior entró pronto, refrescando agradablemente el ambiente del cuarto.

—Dijo usted que fueron dos los hombres que acompañaban al profesor, ¿no es así?

—Efectivamente, señor. Cuando yo iba a salir...

—Aguarde un momento —interrumpióle el muchacho—. Le agradeceré que vaya respondiendo ordenadamente a mis preguntas —y añadió—: ¿Se fijó en la hora aproximada en que ocurrió el hecho?

El criado quedó pensativo unos momentos.

—No puedo decirlo con exactitud, pero sería entre las doce y media y la una menos cuarto. Desde luego era bastante antes de la una.

—¿Advirtió si llegaba en el mismo coche que sus acompañantes, o si éstos aguardaban en la calle?

—No sé nada de ello, señor. Sin embargo, la señora Kelly asegura que lo vio descender en compañía de los dos individuos, y que éstos, una vez salieron de la casa, volvieron a alejarse en el mismo coche que los trajo.

—Dígame ahora qué aspecto tenían.

—Sólo pude verlos unos instantes —respondió Williams—. El profesor mismo abrió la puerta, invitándoles a pasar. Oí el ruido, y

entonces salí para ver quién llegaba. El señor me dijo que le preparara una taza de café muy cargado. Me dirigía a cumplir su encargo, cuando me llamó de nuevo para decirme que las personas que lo acompañaban eran los agentes que estaban aguardando.

—¿No vió si alguno de ellos hacía algún gesto amenazador? El mismo profesor Scalbert, posiblemente, ofrecería la impresión de hallarse coaccionado. ¿Le llamó la atención alguna circunstancia que hiciera sospechar lo que le digo?

—No recuerdo haber observado nada anormal. Únicamente noté que el señor daba muestras de hallarse fatigado.

Ben se levantó del sillón y comenzó a pasear por la biblioteca. Al pasar por delante de la chimenea se detuvo para contemplar las pisadas del suelo.

—¿No entró aquí dentro nadie más después de haberse marchado los dos individuos?

—No, señor. Hasta mediada la tarde, en que vinieron los dos agentes que acompañaron al profesor.

—No —dijo Ben Scott—; ellos no tocaron nada del interior hasta el examen que hicieron por la noche.

—Fuera de ellos, puedo asegurarle que nadie ha entrado en esta pieza después de que hubieron salido para dirigirse al Estado Mayor.

—Está bien; a pesar de que ya han sido fotografiadas y medidas, procurará que nadie, sin autorización especial del inspector McQuander, entre aquí. Ahora descríbame cómo eran los individuos que acompañaban al profesor.

—Ya le dije antes que sólo pude verlos durante contados segundos. Los dos vestían trajes oscuros, y su estatura era regular. Uno de ellos era más grueso que el otro y, asimismo, parecía tener más edad.

—¿Podría reconocerlos si alguna vez se los mostrara?

—Indudablemente, señor.

Ben Scott se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella volvió sobre sus pasos.

—¿Sabe si alguien estaba al corriente de los trabajos del profesor? Me refiero, claro está, a los planos de su avión «Y.L.6».

—No lo sé, señor.

—¿Tampoco le habló el profesor de si abrigaba algún temor

referente a los planos?

—Nunca me hablaba de ello. Siempre fué muy reservado en esta cuestión.

Ben cogió el sombrero que había dejado sobre la mesilla y se dispuso a salir de la casa.

Habló unos momentos con la señora Kelly, sin conseguir obtener ningún nuevo elemento a los ya sabidos.

Media hora más tarde se encontraba en el despacho de la empresa en la que Walter Scalbert prestara sus servicios. El director de la misma, uno de los ingenieros y el botones que trabajaba en aquel piso eran las únicas personas que se hallaban con el inspector Scott.

Jim explicaba a los reunidos cuánto había podido observar durante el tiempo que el profesor estuvo en su despacho.

—Cuando el profesor Scalbert me llamó tenía el aspecto de haber estado durmiendo. Luego lo confirmó al hablarle de la señorita Gennycab.

—¿La señorita Gennycab? —repitió Ben, extrañado—. ¿Es alguna empleada de la casa?

—No, señor —respondió Jim—. Se trata de una joven que se presentó a media mañana preguntando por el profesor Scalbert. Llevaba una tarjeta suya, en la cual él la citaba para que acudiera a su despacho. Cuando quise avisarlo, me dijo ella que no era necesario, ya que conocía el lugar donde el profesor trabajaba, y que ella misma iría.

Ben Scott encendió pausadamente un cigarrillo y dió algunas chupadas antes de dirigirse nuevamente al botones.

—¿Quién le visitó, aparte de esa señorita?

—No recuerdo haber visto a nadie —respondió el botones—. Cuando el señor Scalbert me llamó fué para que recogiera de encima la mesa una taza en la que había tomado café. Alguien debió subirla del piso tercero, donde está el bar.

—Ahora vas a explicarme con todo detalle el aspecto de esa señorita Gennycab.

—Procuraré hacerlo lo mejor que pueda, señor. Era rubia, bastante guapa, y lo que se llama una mujer llamativa. Su traje era de color verde claro, y caminaba con cierta gracia que obligaba a uno a mirarla repetidamente. Además sonreía de un modo especial.

Parecía estar poseída de una sensación de superioridad y dominio muy poco corriente en una mujer.

—¿Qué edad aparentaba tener?

—Tal vez no tuviera más de treinta años. Le prevengo, señor inspector, que no es muy fácil determinar la edad de una mujer como la señorita Gennycab. Además, esta cuestión no es mi fuerte.

—Está bien —sonrió Ben Scott—. Supondremos que tiene treinta años. Quedamos en que preguntó por el profesor y que te mostró una tarjeta del mismo con la invitación de que acudiera a su despacho. ¿Reconociste la letra del profesor Scalbert?

—No me fijé en ello, señor.

—Es una lástima que no recuerdes este detalle —exclamó Ben con un deje de decepción.

—Me pareció una cosa natural y no puse en ello la debida atención. Me sonrió de aquel modo peculiar y se dirigió hacia el despacho. Creo que no estaría allí ni cinco minutos. Al salir me dijo que él deseaba que nadie lo molestara hasta que lo indicase.

—¿Recuerdas la hora?

—No puedo decirlo sino de un modo aproximado. Serían alrededor de las once de la mañana.

—¿Y a qué hora te llamó el profesor Scalbert?

—A las doce. Me fijé precisamente en este detalle al pasar por el vestíbulo.

Ben se acercó al muchacho y le puso una mano en el hombro.

—Tú fuiste una de las últimas personas que hablaron con él antes de su muerte —le dijo, mirándolo fijamente—. Es por eso que lo que digas puede tener una influencia decisiva en las investigaciones que llevamos a cabo.

Asintió el botones con un movimiento de cabeza y aguardó a que el inspector Scott siguiera preguntándole.

—Procura explicarme lo que ocurrió en los pocos momentos que permaneciste con él. Si puedes detallar sus gestos y las palabras que pronunció, mucho mejor. ¿Entiendes?

De nuevo afirmó Jim:

—El profesor me llamó para que retirara el servicio del café. Enseguida inquirió si alguien había preguntado por él. Cuando le respondí que había estado la señorita Gennycab pareció sorprenderse de una manera extraordinaria. Me dijo, que ignoraba a

quién me refería, y luego quiso, saber cómo era esa señorita. Se lo expliqué, y le vi mover varias veces la cabeza, diciendo que no comprendía nada de aquello. Era evidente que no sabía nada de tal visita; sin embargo, yo mismo la vi entrar y salir de su despacho.

—¿Y quién le llevó el café?

—Eso mismo fué lo que él me preguntó. Ni siquiera se dió cuenta de quién lo entraba.

—¿Eso es todo, Jim?

—Sí, señor. Lo único que puedo añadir es que el profesor tenía el aspecto de hallarse cansado, y pasaba continuamente su mano por la frente. Nunca lo vi tan abatido como en aquellos momentos.

De allí pasó Ben Scott al bar. Uno de los camareros manifestó que, efectivamente, a media mañana había llamado el profesor Scalbert para que le enviaran una taza de café. Lo subió seguidamente, dejándolo sobre la mesa, tal como, había hecho en otras muchas ocasiones. Él se encontraba trabajando y ni siquiera levantó los ojos para ver quién entraba.

—¿Subió directamente el café al despacho sin detenerse en ningún sitio? —preguntó le Ben.

—No le comprendo —murmuró el empleado—. Si se refiere a...

—Me explicaré —concretó el inspector—. Me interesa saber si desde que llenó la taza de su contenido hasta el momento de dejarla en su mesa de trabajo se separó de ella para realizar algún otro servicio.

Reflexionó el hombre por unos instantes.

—Creo que sí —dijo al fin—. Quedó encima del mostrador mientras atendía a una joven.

—¿Tal vez una muchacha rubia, que vestía de verde?

—No, estoy seguro de ello, porque la joven de quien usted habla se encontraba entonces tomando un combinado en el mismo mostrador.

Ben hizo un gesto comprensivo.

—¿Se fijó en su aspecto?

—No suelo fijarme demasiado en los clientes. Únicamente noté el color verde del vestido y el tono de su cabello. Era una joven llamativa.

—Y junto a ella fué a quedar la taza de café preparada para el profesor. ¿No es así?

Asintió el camarero, intrigado por las palabras del inspector.

—¿Cree posible que esa muchacha supiera a quién iba destinado el café? —preguntó Ben.

—Podría ser. Hart me gritó que el profesor pedía que se le subiera una taza de café, y fué entonces cuando me dispuse a preparársela.

—¿Dónde dejó la taza? —inquirió Ben, acercándose al mostrador.

El empleado señaló un lugar del mismo.

—Aproximadamente aquí.

—¿Y la muchacha del vestido verde?

—Estaba en este lado. Quizá hubiera una yarda entre ella y la taza.

—Es suficiente —dijo el muchacho.

Y salió del bar para dirigirse en busca de McQuander.

Un hombre de unos cincuenta años, alto y de cabello canoso, abrió la puerta y dirigióse a su encuentro. Vestía una bata blanca, y en aquel momento limpiaba los cristales de sus lentes con el pañuelo.

—¿Qué novedades hay, doctor Grant? —preguntóle Ben Scott, levantándose de su asiento y estrechando la mano que aquel hombre le tendía.

—Es muy poco lo que puedo ofrecerle, inspector —respondió sonriente—. La autopsia no ha revelado en las vísceras ni en la sangre el menor indicio de substancia tóxica. Por lo demás, Scalbert no padecía trastorno orgánico ni funcional en ninguno de los órganos vitales. Su muerte se produjo repentinamente, y nada hay en el examen que permita, formular un dictamen de las causas probables que la determinaron. Únicamente existe un hecho que nos ha llamado poderosamente la atención y que muy bien pudiera tener relación con el caso que nos ocupa.

—¿De qué se trata, doctor?

—Venga usted mismo y podrá apreciarlo más claramente.

Entraron los dos hombres en una especie de quirófano en el que los ayudantes del doctor Grant dedicábanse en aquellos momentos a ordenar y clasificar algunos instrumentos quirúrgicos. De allí pasaron a una habitación contigua.

Sobre una mesa había un cuerpo envuelto en un lienzo. El

doctor Grant acercóse a ella y descubrió una parte del cadáver del profesor Scalbert.

—Vea esto, inspector —le dijo el médico, señalando una parte del antebrazo izquierdo.

Ben inclinóse para ver mejor y pudo observar sobre la piel una zona de color verde de la que partían, a modo de radios, unos haces violeta.

—¡Qué extraño es eso! —murmuró el muchacho, intrigado—. ¿Puede decirme a qué es debido?

—Siento no poder darle la menor explicación —repuso el doctor Grant—. Ni yo ni ninguno de los compañeros a quienes he expuesto el caso han sabido dar una explicación razonable del fenómeno. Pero no es esto sólo lo observado. Vea ahí.

Y el doctor Grant procedió a levantar el párpado superior del ojo izquierdo del cadáver. Tenía el glóbulo ocular de un color verde intenso.

—¡Es sorprendente! —exclamó Ben Scott—. En mi vida había visto nada semejante.

—Eso mismo me ocurre a mí. Nadie de los que han examinado el cuerpo del profesor recuerda haber hallado un caso parecido.

Grant entregó al joven una lupa, invitándole a que examinara la zona afectada del brazo.

—Es indudable que se trata de algo parecido a la picadura de un insecto —indicó—. Por un momento temí que fuera producido con el fin de inyectar alguna substancia tóxica; pero no es así. Es demasiado superficial y, al mismo tiempo, extraordinariamente sutil para ser apreciado a simple vista.

—Ahora ya no me cabe duda de que esto ha causado la muerte de Scalbert. Sin embargo, dada la imposibilidad de averiguar la causa de tal fenómeno, no hemos adelantado nada con ello.

Grant abrió los brazos, dejándolos caer seguidamente en un gesto de impotencia.

—Procuraré hacer algunas consultas y orientarme en este aspecto, aunque eludo que consiga algún resultado satisfactorio.

De nuevo en la calle comenzó Ben a poner en orden sus ideas. Habíase olvidado ya de Jessie, a pesar de haberle prometido llevarla a comer a un restaurante céntrico. Consultó su reloj y vió que era la una y media. La llamaría desde un teléfono público citándola para

almorzar en el «Diamond». Mientras, llegaba tendría tiempo de relacionar los datos obtenidos y estudiar la forma de llevar adelante sus gestiones. Sin embargo, no estaría de más comenzar por adoptar algunas medidas de seguridad. Quienes dieran muerte a Scalbert lo hicieron con el propósito de apoderarse de los importantes planos que debía entregar en el Departamento de Defensa. Tal usurpación únicamente podía convenir a alguna potencia extranjera.

Luego de haber quedado de acuerdo con Jessie, llamó a McQuander. Le hizo algunas indicaciones, con las que su superior mostró una absoluta conformidad.

Quince minutos más tarde todos los puestos costeros y de vigilancia aérea tenían la orden de extremar sus precauciones, para evitar la salida de los Estados Unidos de ciertos planos referentes a un avión cuyas características figuraban bajo las indicaciones señaladas con «Y.L.6».

«De todos modos —se dijo Ben—, quienes hayan llevado a cabo este golpe no se precipitarán en poner los papeles a salvo. Aguardarán a que las cosas se hayan calmado, para poderlo hacer con menores riesgos y mayores probabilidades de éxito».

CAPÍTULO III

En una sórdida calleja de los suburbios neoyorquinos se hallaba instalado el almacén de antigüedades de Tinneson y Starty. Así, al menos, rezaba el letrero colocado sobre la puerta del mismo.

En realidad, el único propietario de la tienda era Samuel Tinneson, ya que su socio Starty había pasado a mejor vida unos años antes, precisamente en la época de más desarrollo en las actividades de los anticuarios.

Samuel Tinneson era un hombrecillo menudo y con un largo bigote que le caía con evidente descuido a ambos lados de la boca. Usaba unas gafas de concha de gruesa montura, y su andar era silencioso y lleno de cautela como el de un felino.

Hallábase aquella mañana arreglando una estantería en la que se amontonaban figurillas de las más diversas clases y procedencias, cuando entró en la tienda un sujeto de aspecto rudo, y vestido con evidente descuido, el cual, sin mirar al dueño de la tienda, dirigióse hacia un rincón de la misma, y abriendo una cajita de ébano, ricamente tallada, sacó de su interior un cigarro que llevó a sus labios, luego de morder una de las puntas.

—¿Me das lumbre, Sam? —le dijo entonces, como si se tratara de un saludo.

El viejo anticuario le dirigió una furiosa mirada y por toda respuesta le señaló hacia el techo.

—El profesor lleva más de media hora aguardando a que llegues. Creo que harías bien en no hacerle esperar por más tiempo.

El recién llegado encogióse despectivamente de hombros, pero marchó hasta una escalerilla de caracol que se descubría en el fondo de la tienda, y comenzó a subir los peldaños, que crujieron al resentirse de su robusta corpulencia.

Arriba se abría un estrecho corredor, a derecha e izquierda, en el cual podían contarse hasta media docena de puertas. Sin titubear

siquiera el hombre llamó a una de ellas, no atreviéndose a entrar hasta que una voz, llegándole a su través, le indicó que podía hacerlo. Evidentemente, el ocupante del cuarto gozaba de una posición muy por encima de la del viejo Tinneson, a juzgar por la diferencia de trato que merecía de su visitante.

La pieza en la que ahora se hallaba era de muy reducidas dimensiones. No contenía más muebles que una sencilla mesa de madera de pino, tres sillas y un rústico armario adosado a la pared del fondo. De pie, y junto a la mesa, se hallaba un individuo de unos cuarenta años, de rostro aniñado y cabello muy claro, que mordía nerviosamente un lápiz que sostenían sus dedos. A su lado, y sentada en una de las sillas, veíase a una joven de singular belleza, siendo asimismo su cabellera de una tonalidad dorada poco corriente.

—¿Qué sucede, profesor? —inquirió con cierto deje de estudiado cinismo, el que acababa de entrar.

—¿No viene contigo Jeff? —preguntó, a su vez, el otro, mostrándose algo sorprendido al ver que llegaba solo.

—Jeff no ha conseguido aún sacudir la borrachera de anoche. Si le necesitas, llámalo después de mediodía. Hasta entonces será poco menos que inútil.

El profesor Stefan Bereny, un húngaro que residía desde hacía ocho años en los Estados Unidos, hizo un gesto para que el otro se acercara, y le mostró unos papeles que extendiera sobre la mesa.

—¿Estás seguro que en la caja de la chimenea no había nada más que el sobre que trajiste? —preguntó mirando fijamente al hombre que tenía enfrente.

—Seguro —repuso éste sin inmutarse—. Sin abrirlo siquiera lo traje inmediatamente.

El profesor Bereny sentóse en una de las sillas y procedió a encender el cigarrillo que se había apagado en sus dedos.

—Hay algo raro en todo esto, Oscar —le dijo en tono amistoso—. No me cabe ninguna duda de que tenemos los planos verdaderos del invento del profesor Scalbert; pero al juntar los rectángulos que lo componen se nota la falta de una parte interior en todos ellos. Una parte sin la cual no son otra cosa que papeles inservibles. Puedes observarlo tú mismo.

Acercóse Oscar Bilkie para comprobar lo que el profesor

húngaro afirmaba. Efectivamente, aquel plano estaba compuesto de nueve piezas que se unían en su composición; pero la central aparecía en blanco, figurando en ella la imagen de un muñeco grotesco.

—¿Qué significa ese monigote? —preguntó Oscar, intrigado.

—Eso es la efigie de un Buda, un dios oriental. No alcanzo a comprender lo que representa en un plano de esa especie; pero es indudable que tiene alguna relación con la pieza que falta.

—Es posible —murmuró Oscar Bilkie.

—Y lo mismo sucede en los otros dos planos —observó la muchacha, que hasta entonces había permanecido fumando en silencio—. O se trata de una tomadura de pelo, o realmente existen otras piezas que completan los planos en cuestión.

Oscar Bilkie miró a la joven, desviando nuevamente la mirada para volverla al plano.

—Éste es el del «Y.L.6» —explicó Bereny—. Los otros dos corresponden al mando a distancia y al generador de energía nuclear. En todos, la parte central ha sido substituida por un pedazo en blanco con la efigie de ese Buda. Y no me cabe la menor duda de que los otros debió ocultarlos Scalbert en un lugar distinto del que contenía los planos.

—En el hueco de la chimenea no había nada más —aseguró Oscar.

—¿Estás completamente seguro?

—Creo que sí —vaciló ahora—. A no ser que hubiera otro compartimento oculto que me pasara desapercibido...

—Pero Scalbert no mencionó nada de ello.

—Era imposible que por sí solo lo recordara. Se encontraba ya bajo los efectos de la «martyx», y hubiera sido preciso mencionar tal circunstancia.

La mujer, que asistía a la conversación entre los dos hombres, esbozó una irónica sonrisa, advirtiéndolo:

—Es un desagradable inconveniente el trabajar haciendo las cosas a medias, Oscar. Ahora es preciso comenzar de nuevo y tratar de hallar los trozos que faltan. Pero con la particularidad de que los riesgos son mucho mayores que en un principio. La policía trabaja ya en el asunto y no dejará de vigilar los alrededores de la casa.

—¿Crees que el profesor Scalbert los guardaría en su mismo

domicilio?

Asintió Bereny con un movimiento de cabeza.

—Walter Scalbert fué siempre un hombre metódico y precavido. Debió temer que le substraieran los planos e ideó este recurso, que los hacía inservibles para quien se apoderara de ellos sin contar con los rectángulos centrales. Por ello los ocultó en lugares distintos, que dificultaran su posesión a una misma persona.

—¿Sabes lo que eso significa? —sonrió la muchacha del cabello rubio, de un modo singularmente enigmático.

—Sí, ya sé que ahora queréis que vaya en busca de esos trozos que os faltan para completar el plano —exclamó Oscar de no muy buen humor—. Pero no sería una mala idea que fueses tú misma, Ruby, la encargada de procurártelos.

—¡Eso es un solemne disparate, Oscar! —replicó Ruby Colley, fulgurando sus pupilas, irritada por la insinuación de su cómplice—. Ya me dejé ver del portero de las oficinas, de los empleados del bar y del botones, a quien mostré la tarjeta con el nombre del profesor. Sería lo más adecuado para poner a la policía sobre vuestra pista.

—Ruby debe permanecer por algún tiempo lejos de aquellos lugares —opinó Stefan Bereny, mirando a Oscar con fijeza—. Ella cumplió perfectamente su cometido. Habéis sido vosotros dos quienes fallasteis el golpe, y Jeff y tú sois los que deberéis enmendarlo.

Oscar Bilkie se le quedó mirando con expresión de reto, pero algo debió advertir en el gesto del profesor que le obligó a modificar su actitud provocativa.

—Está bien —aceptó con evidente mala gana—. Veré de ponerme de acuerdo con Jeff para mirar de arreglar esta cuestión.

—Ahora ya hablas con sentido común —sonrió el húngaro, al tiempo que recogía los fragmentos del plano y los guardaba en el sobre que había sacado de uno de los cajones de la mesa—. Y lo tendré en cuenta para el momento de liquidar este asunto.

Oscar Bilkie les envolvió a los dos en una sola mirada y salió del cuarto.

Cuando atravesaba el almacén de la tienda de antigüedades descubrió a Tinneson en su diaria labor de limpieza. Marchó hacia él, al tiempo que tomaba un cortapapeles de afilada hoja cuya empuñadura de marfil semejaba la cabeza de un dragón con dos

diminutas esmeraldas por ojos.

—Ya te he dicho mil veces, viejo anticuario, que no tengas eso a la vista de todo el mundo. Quiero que lo guardes para mí, y para ello pienso pagarte lo que me pides. ¿Entendido?

Rezongó Tinneson algo entre dientes, y tomó aquel objeto de manos de Bilkie, guardándolo en el cajón de una cómoda.

Se hallaba ya en la puerta dispuesto a salir, cuando Oscar se volvió, como si acabara de olvidar algo.

—Escucha, Sam —le dijo—. ¿Tienes por aquí alguna figura de ésas que llaman un Buda?

—Tengo uno de bronce —repuso el anticuario—. ¿Para qué quieres tú eso?

—Déjame sólo que lo vea —contestó Oscar—. Tengo curiosidad por saber cómo es ese monigote.

Marchó Tinneson hacia la trastienda, regresando a los pocos momentos llevando una figura de unas diez o doce pulgadas de altura.

Oscar la colocó sobre la palma de su mano y estuvo contemplándola, pensativo. Luego la devolvió al anticuario.

—Está bien, Sam —dijo simplemente.

Y, sin otra explicación, salió de la tienda.

No bien hubo Oscar Bilkie salido del cuarto que ocupaban el profesor Bereny y la muchacha de la cabellera de oro, cuando ésta se levantó de la silla que se hallaba junto a la del húngaro, dirigiéndose hacia un rincón en cuya pared pendía un pequeño espejo redondo como les usados para afeitarse. Sacó de uno de sus bolsillos un tubo de «rouge» y procedió a repasar el colorido de sus labios.

Desde su mesa, Stefan Bereny la contemplaba en silencio. Poco a poco iba encendiéndose en sus ojos la pasión que lo dominaba. Finalmente, se puso en pie y se acercó a la muchacha, rodeando con sus brazos el esbelto talle envuelto en una fina bata de seda.

La joven permaneció impasible; no obstante, en sus ojos fulguró un destello de orgullo y superioridad.

—¿Crees que tus hombres conseguirán hacerse con los trozos que faltan? —preguntó sin volverse siquiera.

—Oscar y Jeff son decididos y seguros —contestó Bereny, mirando el rostro enigmático y seductor de Ruby Colley a través del

espejo—. Carecen de inteligencia, pero considero que ello resulta una ventaja enorme para mí.

Ruby Colley esbozó una extraña sonrisa.

—Voy creyendo que eres más astuto de lo que supuse en un principio.

El rostro del profesor se distendió en una mueca de satisfacción. Apoyó su mejilla contra la de la joven, pero ésta con cierta suavidad apartóse de él.

—De esta forma jamás terminaré de arreglarme —continuó la muchacha, intentando desasirse del cerco de aquel abrazo.

—No tengas prisa, querida. Todavía quedan quince minutos.

Ahora ella se volvió y contempló al profesor con marcada frialdad.

—¿Crees que puedo arriesgarme a salir a la calle tal como estoy?

—Ya sé que tienes que cambiarte —sonrió Bereny—, pero...

Ruby Colley hizo un brusco movimiento con la cabeza, para sacudir la dorada cabellera que le caía por el rostro.

—La policía sabe que una mujer rubia y vistiendo un traje verde fué a ver a Scalbert la mañana en que los planos le fueron robados. Ten por seguro que a estas horas medio centenar de sabuesos andan husmeando en la vida de muchas jóvenes que no cometieron otro delito que adornarse de una cabellera como la mía.

—Bien —sonrió Bereny—. ¿Y es eso lo que te preocupa?

—Por de pronto, cuando salga de aquí, mis cabellos, serán de un color negro como el ébano. Cuando menos evitaré que recaigan sobre mí las sospechas de los detectives.

—Además de hermosa eres una mujer genial, Ruby —exclamó Stefan Bereny con acento admirativo.

—Hay momentos en que llego a creer que estás enamorado.

—Preferiría que no lo dudara.

La risa clara y penetrante de Ruby Colley escuchóse en la estancia.

—Tal vez fuera posible si no mediaran los trescientos mil dólares que ha ofrecido el agente 88.

—No voy a negar que la idea de la recompensa ofrecida por ese hombre, si consigue los planos, me seduce. Sin embargo, ello no es obstáculo para que te considere como la mujer más apetecible que he conocido.

—La demostración no ha sido del todo completa —sonrió Ruby Colley, separándose de Bereny para entrar en un cuartito contiguo destinado a servir de dormitorio.

El húngaro la siguió, pero se detuvo al llegar al umbral.

—No te comprendo.

—Prometiste apoderarte de los planos de Scalbert, pero hasta ahora sólo has conseguido unos papeles que de nada sirven si no son completados.

—Pero Oscar encontrará los que faltan. Jeff irá con él, y si es preciso recurriré a Zidam, y a Jester, a Jovel y Ranny... a todos los que sea preciso con tal de lograrlos. Aunque haga falta asaltar la casa y remover sus cimientos...

—¡Bien, Stefan! —rió Ruby, divertida—. No es preciso que lo tomes tan en serio. Voy creyendo que sientes todo cuanto dices; pero, sobre todo, no olvides ese pequeño detalle: hay que cubrir tres «budas», y sólo existen en el mundo tres pedazos de papel capaces de reemplazarlos. ¿No es así, querido?

Y con suavidad, pero decidida, Ruby Colley empujó al húngaro hacia la puerta, obligándole a salir del cuarto.

—Dentro de unos minutos no vas a reconocer a tu Ruby —le dijo, guiñándole un ojo—. Confío en que seguiré gustándote como hasta ahora.

Y cerró a puerta por dentro.

Stefan Bereny hundió las manos en los bolsillos y quedóse contemplando aquellos maderos que lo separaban de la mujer por la cual enloquecía. Luego, sin borrarle aún la sonrisa de sus labios, se dirigió a la otra puerta y salió al corredor. Al final del mismo la escalera de caracol continuaba ascendiendo hasta una especie de buhardilla. Empujó la puerta que tenía ante él y entró en un aposento de techo bajo cuyas tablas crujían bajo el peso de su cuerpo.

—¡Zidam! —llamó Bereny, echando una ojeada a su alrededor.

Una silueta surgió de un rincón y se acercó al profesor. Tratábase de un individuo de extraordinaria estatura y rostro bronceado. Vestía un pantalón de color claro y camisa a cuadros blancos y encarnados. Zidam era un birmano a quien Bereny arrancó de una miserable aldehuela en las estribaciones del Himalaya, para llevarlo en sus correrías por el misterioso Tibet. Más

tarde, al marchar a los Estados Unidos, Bereny consiguió que el birmano lo acompañara en calidad de criado suyo.

—Escucha bien, Zidam —le dijo, mientras apoyaba una mano en su hombro—. ¿Recuerdas la casa que te mostré la otra tarde, en la que vivía el profesor Scalbert?

—Sí, señor —respondió Zidam.

—Pues bien —siguió el húngaro—. Jeff y Oscar tienen que echar un vistazo por allí y ver de apoderarse de un objeto de mucho valor. Tu trabajo consistirá en no perderles de vista por si necesitan tu ayuda. Mientras tanto, procura vigilar aquello, fijándote bien en las personas que entran y salen de la residencia y si se trata de policías. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

Bereny se apartó de él, dirigiéndose hacia una puerta que había al fondo de aquel aposento. Zidam lo siguió, y ambos entraron en una habitación muy iluminada por unos amplios cristales que había en el techo.

Sobre una larga mesa veíanse numerosas cajas y recipientes alineados. Las unas estaban provistas de una finísima tela metálica, mientras que otras tenían una de las paredes constituida por un fino cristal. Un extraño zumbido llenaba la habitación, mientras que un desagradable hedor llenaba el ambiente.

Insectos de todas clases bullían en aquellas jaulas y tarros. Los había previstos de largas patas sobresaliendo de un cuerpo diminuto como una lenteja. Algunos estaban provistos de finísimas antenas que movían coa extraordinaria rapidez. En un recipiente con agua movíanse una especie de lombrices provistas de unas aletas que les daban la apariencia de un pez alargado.

El profesor Bereny se detuvo ante una caja de regulares dimensiones provista de una tela metálica en su parte superior, mientras que el anterior un cristal transparente permitía ver su contenido.

Había en ella hasta una docena de animalitos muy semejantes a las libélulas, o caballitos del diablo, pero cuyo cuerpo, mucho más grueso, presentaba la misma transparencia del cristal.

Aquellos insectos revoloteaban incesantemente, en tanto la luz del techo arrancaba brillantes destellos que en algunos momentos tenían la coloración del iris.

Durante algunos minutos estuvo Stefan Bereny observando con profunda atención las evoluciones de las libélulas. Luego salió de allí y bajó de nuevo al piso inferior.

No tardó en aparecer Ruby Colley. Su cabello era ahora de un hermoso negro brillante y aparecía recogido por detrás de tal forma que la expresión habitual de su rostro quedaba con ello singularmente cambiada.

—Si no lo llego a ver con mis propios ojos me hubiera resultado difícil de creer —sonrió el húngaro con un gesto de satisfacción.

La muchacha apoyóse en el brazo de Bereny y ambos salieron del cuarto.

Al cruzar la tienda de antigüedades, Tinneson les salió al paso.

—¡Ah, vamos! —sonrió al observar la transformación sufrida por Ruby Colley—. Eso se llama proceder con sentido común. ¿A ti qué te parece, Stefan?

Una extraña sonrisa fué la respuesta del profesor. Estaba mirando la figura del Buda que Oscar había estado estudiando unos minutos antes.

—¿De dónde has sacado eso, Sam? —inquirió.

—Es un Buda de bronce. Lo adquirí en una subasta, en Brooklyn, Estas cosillas de los orientales me gustan una barbaridad. Hace poco Oscar me lo pidió para verlo.

—¡Ah, conque Oscar te lo pidió!

—Es un pobre ignorante —sonrió Tinneson—. Ni siquiera sabía lo que era un Buda.

Bereny quedó unos instantes pensativo.

—Tengo una idea que no costaría nada probar —dijo al fin—. Con ella sería posible terminar de una vez con ese maldito asunto de los planos.

El anticuario y la muchacha quedáronse mirando en silencio.

—¿Quieres que vayamos ahí dentro? —preguntó el profesor, señalando la trastienda.

Samuel Tinneson cogió a Bereny del brazo, indicando con ello su consentimiento. Ruby pareció vacilar viéndoles alejarse; pero al fin decidió ir con ellos.

Pero antes tomó la figurilla del Buda y, sin dejar de contemplarlo, marchó a reunirse con los hombres.

CAPÍTULO IV

Samuel Tinneson franqueó la valla de madera y avanzó por el sendero enarenado, observando con alguna curiosidad la casa que tenía enfrente.

En aquella hora el tráfico de la calle resultaba poco intenso, y era por ello que eligió tal oportunidad para visitar la mansión en la que había vivido Walter Scalbert.

A su llamada no tardó en abrir la puerta el propio Williams.

—¿Qué desea usted? —preguntó, no sin cierto recelo, al observar las ropas raídas de su visitante.

—Me llamo John Wertheimer —repuso, sonriente—. Y deseaba hablar con el señor Scalbert.

Williams tardó unos segundos en contestar.

—El señor Scalbert no está —repuso, simplemente.

—¡Oh, cuánto lo siento! ¿Sabría decirme a qué hora podré verlo?

—Siento tener que comunicarle que el señor Scalbert ha muerto —explicó Williams.

—¡Cómo! ¿Es posible? —exclamó Tinneson, fingiendo un gran asombro.

Asintió Williams en silencio. Su visitante movió la cabeza con muestras de indudable pesar.

—¡Vaya que lo siento! —murmuró, expresando su desencanto—. Precisamente ahora que hice el viaje desde Washington.

—¿Viene usted de Washington? —preguntó Williams, intrigado—. ¿Tenía que ver al difunto señor para algún asunto de importancia?

—¡Oh, no! —replicó el hombrecillo—. El señor Scalbert era algo aficionado a las antigüedades. Hace algún tiempo visitó mi tienda y manifestó su predilección por una figurilla de Buda. No tenía entonces ninguna disponible y le prometí atender su encargo. Vea

usted —añadió, sacando del envoltorio que llevaba consigo el Buda de bronce—, esto era lo que su amo deseaba.

Williams tomó entre sus dedos la figura y la estuvo contemplando durante unos instantes.

—Lo siento, señor Wertheimer —dijo al fin, devolviéndole el objeto—. Pero si es que mi señor lo encargó estoy dispuesto a comprarla, para evitarle el menor perjuicio.

—No se preocupe por ello, señor —contestó Tinneson—. Yo me quedaré con ella, ya que soy muy caprichoso respecto a estas antigüedades. Sin embargo, mi visita tenía, además, otra finalidad.

—Puede hablarme con entera confianza y procuraré complacerle.

—El señor Scalbert me habló de que poseía un Buda y que deseaba restaurarlo. No sé si sabrá usted que a veces un pequeño arreglo duplica el valor de un objeto de esta clase. Fué entonces cuando quedé de acuerdo en visitarlo para traerle esta figurilla y al propio tiempo llevarme la que deseaba reparar.

—Es cierto —manifestó Williams—. Hay en la casa una figura semejante a la que acaba de enseñarme; pero ya comprenderá que en las circunstancias actuales los propósitos del difunto señor Scalbert han perdido todo su valor.

—Sin embargo, sería una lástima que esa figurilla...

—Lo siento señor Wertheimer —cortó Williams, moviendo la cabeza—. Yo ya no puedo disponer nada hasta que se hagan cargo de ello los herederos de mi pobre amo.

—¡Qué contrariedad! —exclamó Tinneson, tratando de hallar nuevos argumentos que esgrimir ante la cerrada terquedad del criado.

—Comprendo su decepción, señor. Pero debe hacerse cargo de que no me es posible hacerme responsable de cualquier decisión tomada por mi señor antes de la desgracia que le ocasionó la muerte.

—Sí, sí, es cierto. Sin embargo, si usted tuviera la amabilidad de dejarme ver siquiera esa obra de arte para apreciar la belleza que encierra, le quedaría muy reconocido. Al meces no habría hecho el viejo en balde.

Pareció vacilar Williams, pero tenía aquel hombrecillo tal aire de inofensivo tratante de antigüedades que no creyó oportuno

presentarle nuevos reparos.

—Pase usted —le dijo al fin—. Procuraré complacer su curiosidad.

Fué conducido Tinneson a la biblioteca. Williams abrió la ventana que daba al jardín a fin de que la luz entrara con profusión.

—Acérquese aquí —indicó a su visitante, mostrándole una colección de figurillas que adornaban una repisa—. ¿Es ésa la que le interesa ver?

Y al mismo tiempo tomó un Buda tallado en una substancia que por el aspecto parecía de jade.

Tinneson lo tomó de sus manos y comenzó a contemplarlo con muestras de profunda admiración.

—¡Qué maravilla y qué gracia en las líneas! —murmuraba mientras le daba vueltas entre sus dedos.

Williams permanecía a su lado sin dejar de observar las manipulaciones del anticuario. Éste, cuyo mayor interés centrábase en la estructura del Buda, trataba de averiguar lo que la figura tenía de particular. Era indudable que estaba hueca, pero no comprendía cómo allí hubiera podido esconderse el resto de los planos. Por lo demás, no había en el Buda otra inscripción que unos guarismos grabados en la espalda. Tratábase de tres cifrese separadas por un guión; tres-cinco-doce.

—¡Cómo me gustaría tenerlo por unos días! —Manifestó Tinneson, intentando vencer la resistencia del criado.

—Es imposible, señor.

—Estoy dispuesto a dejarle en garantía mucho más de lo que vale —insinuó aún.

—No desconfío de sus intenciones, señor Wertheimer. Pero debe comprender que mi misión en esta casa se reduce por el momento a su custodia. Sólo los herederos del señor Scalbert decidirán lo que deba hacerse cuando se hagan cargo de todo. Si para entonces sigue interesado en la figurilla...

Comprendió el anticuario que no iba a conseguir nada. Devolvió dicha figurilla a Williams y se despidió de él.

El criado, no bien hubo cerrado la puerta, subió al piso superior. Desde una ventana quedóse observando al extraño visitante. Lo vio salir a la calle y mirar a todas partes, como indeciso. Luego cruzó la calzada y siguió por la acera de enfrente.

En aquel momento descubrió Williams a un individuo de rostro bronceado y facciones orientales. Recordaba haberle visto por la mañana cruzando frente a la casa, cosa que ya entonces le llamó la atención. Éste volvióse para observar al anticuario y no apartó su mirada hasta verlo doblar la esquina y perderse de vista.

Williams siguió allí, intrigado por la actitud de aquel nuevo personaje. Vió cómo seguía hasta unas cincuenta yardas calle abajo, para retroceder seguidamente y rebasar la acera frente a la casa. Dirigió hacia ella una mirada, al parecer, indiferente, y continuó su camino.

Por unos instantes permaneció Williams pensativo. Pudiera ser que los dos acontecimientos carecieran de importancia, pero se producían en circunstancias peculiares y consiguieron intrigarle.

No dudó más. Bajó las escaleras y marchó directamente al teléfono. Consultó el listín y poco después marcaba un número.

La llamada de Williams sorprendió a Ben Scott en el preciso momento que se disponía a salir para cambiar impresiones con McQuander.

—Soy Williams, señor Scott —le dijo el criado—. Y le he llamado, ya que prometí hacerlo tan pronto observara algo que me llamase la atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ben, intrigado.

Williams le contó lo sucedido con el anticuario y las sospechas que le infundió el indostánico.

Quince minutos más tarde, Ben se encontraba en la biblioteca examinando la figura fiel del Buda. A su lado, Williams iba contándole todos los pormenores de aquella inesperada visita.

—¿Qué diablos podrá tener esa figurilla para haberle interesado de este modo? —preguntó Ben, dándole vueltas continuamente entre sus dedos.

—Ese anticuario parecía, empeñado en llevársela. Hasta el punto de que, a partir de aquel momento, comenzó a hacérseme sospechosa tanta insistencia.

—Aquí hay una inscripción —dijo Ben, leyendo los números que había grabados en la espalda de la figura—: Tres, cinco, doce. Posiblemente se tratará de una fecha sin importancia. Tres de mayo de mil novecientos doce.

—Sin duda alguna, señor —asintió Williams.

Devolvióle la figura, recomendándole un especial cuidado sobre su vigilancia.

—Es posible que ese anticuario tenga que ver con los que robaron los planos y asesinaron al profesor, aunque también pudiera ser que su presencia en esta casa no fuese otra cosa que simple coincidencia. Y tan pronto vuelva a aparecer, lo mismo que el individuo ése que parecía vigilar desde fuera, me lo avisas inmediatamente.

Sin embarro, no podía sospechar Ben Scott que la llamada de Williams iba a llegarle tan pronto.

Acababa de regresar a su domicilio, en el que aguardaba Jessie, cuando ya Williams le comunicaba que el sujeto de rostro bronceado se hallaba reanudando sus paseos por la acera situada frente al domicilio del difunto Scalbert.

—Tengo que marcharme otra vez. Jessie —le dijo Ben—. No sé por qué, pero me parece que éstos tienen bastante que ver con el asunto del profesor Scalbert.

En unos minutos cambió sus ropas por otras raídas, y con hábil maquillaje transformó sus facciones, basta adoptar el aspecto de un inofensivo trabajador.

—Vamos a ir hasta allá en mi automóvil. Al llegar a la esquina de la avenida me apearé y tú continuarás hasta detener el coche unas treinta o cuarenta yardas más allá de la casa del profesor.

—¿Y luego?

—Pues... tú misma verás lo que conviene hacer. Únicamente en el caso de encontrarme en un verdadero apuro iría a tu encuentro.

Jessie sonrió con cierto misterio, pero no dijo nada.

Subieron al automóvil, y a los pocos minutos, Ben Scott lo detenía en un lugar poco frecuentado. Despidióse de Jessie y continuó a pie su camino.

Desde cierta distancia descubrió al hombre que tenía intrigado a Williams. Paseaba con cierto descuido, un poco más abajo de la casa que perteneció a Scalbert. Era un individuo de estatura poco corriente, que andaba encorvándose ligeramente. Vestía un traje de color claro, y llevaba la cabeza al descubierto.

Ben marchó hacia un bar cercano y entró en él. Desde su interior podía observar cómodamente los movimientos de aquel personaje. Aunque su atención pareció concentrarse únicamente en el

cigarrillo que fumaba con evidente delectación.

Repetidas veces lo vió pasar por delante del bar, pero ni una sola le sorprendió mirando hacia la casa de un modo que pudiera despertar sospechas.

De pronto se dió cuenta Ben Scott de que dos individuos cruzaban la calzada, deteniéndose frente a la valla que rodeaba el jardincillo de la finca. Discutían animadamente, en tanto uno de ellos apoyábase en la puerta de acceso. Luego, sin dejar de gesticular, fueron alejándose de allí en el preciso momento en que el birmano subía por la misma acera.

Ben Scott pagó su consumición. Fué un segundo; al volverse, los tres hombres aparecían reunidos. Uno de ellos ofreció lumbre al del rostro bronceado, quien, sin duda alguna, habíase acercado a él a pedírsela. Cambiaron breves palabras, que a Ben le parecieron de simple formulismo, y los otros siguieron su marcha. Por su parte, el que iba solo repasó la calzada, con el propósito evidente de alejarse de allí.

Cuando Ben se halló en la calle no se veía ni rastro de la pareja. En cambio descubrió al otro en el momento de doblar la esquina, inmediata.

Marchó precipitadamente tras él, advirtiendo al mismo tiempo que el automóvil, con Jessie dentro, se hallaba detenido a cierta distancia de allí.

El individuo objeto de su atención no se volvió ni una sola vez, prueba indudable de que no temía ser seguido. Unas calles más allá desvióse de su itinerario, volviendo sobre sus pasos para tomar el autobús que acababa de detenerse en una parada.

Imitóle Ben, situándose en uno de los asientos junto a la entrada, desde el cual podía vigilar cómodamente a su hombre.

Fué ya en pleno suburbio neoyorquino cuando Ben advirtió que el birmano se disponía a bajar del vehículo.

En la misma parada descendió gran número de personas, por lo que era casi improbable que su acción pudiera despertar la menor sospecha. Por ello bajó del autobús y, desde cierta distancia, continuó la vigilancia de aquel sujeto.

De este modo cruzaron varias calles y callejuelas.

De pronto, Ben Scott lo vió desaparecer en el interior de una tienda. Y su corazón le dió un vuelco al leer el letrero que había

sobre la puerta: «Tinneson y Starty. Antigüedades».

Por un instante sintióse desconcertado. Francamente, no esperaba que la cosa se le presentara con semejante facilidad.

Buscó con la mirada a su alrededor, y con gran satisfacción comprobó que, a muy poca distancia de allí, se encontraba situada una casa de comidas de sórdido aspecto, pero que cuadraba perfectamente a sus fines.

Dirigióse hacia ella y entró en el comedor, donde muy poca gente, todos de aspecto humilde, sentábanse alrededor de las mesas.

Un hombre, en mangas de camisa, que en aquel momento se hallaba atareado quitando el polvo de unos cristales, quedósele mirando con mal disimulada curiosidad.

—¿Tiene usted alguna habitación por alquilar? —preguntó Ben, yendo hacia él.

—Quizás... —respondió el dueño, evasivamente.

Ben sacó cinco dólares de su bolsillo y se los alargó, mientras concretaba:

—Necesito un cuarto que dé a la calle. Le pagaré unos días por adelantado. Tengo que realizar unos trabajos cerca de aquí.

Ante un argumento tan contundente como los cinco dólares, el dueño de la taberna hizo un gesto a su nuevo parroquiano para que le siguiera. Subieron una escalera que conducía al piso superior. Abrió una de las puertas e invitó a su huésped a que entrara.

Ben asomóse a la ventana, y una sola ojeada le bastó para comprender que era aquello lo que necesitaba.

—Me quedo con él —dijo simplemente.

Y, a partir de aquel momento, comenzó la observación de la tienda de antigüedades. No vio salir al individuo a quien siguiera, pero, en cambio, registró la entrada de un hombre, acompañado de una joven de atractivo porte, los cuales ya no volvieron a salir.

Intrigado, Ben Scott decidió hacer una investigación preliminar. Salió a la calle y se encaminó hacia el local del anticuario.

Empujó la puerta y dirigió su mirada por los numerosos objetos que allí se exhibían. Casi al mismo tiempo surgió un hombre por la puerta que comunicaba por la trastienda.

—¡Buenas tardes, señor! —saludó—. ¿Puedo servirle en algo?

Ante él tenía a un hombrecillo ligeramente encorvado que usaba gruesos lentes con montura de concha. Y, al verle, recordó Ben la

descripción que Williams le hiciera de su visitante. No le cabía la menor duda de que se encontraba en presencia del llamado Wertheimer.

—Deseaba adquirir algún objeto sencillo para un regalo —dijo, aparentando alguna indecisión.

—Es una buena idea, señor. Dígame qué clase de objeto desea y miraré a ver si encuentro algo que le satisfaga.

—Pues... no sé —vaciló Ben—. No soy muy ducho en estas cuestiones. Tal vez algún Buda...

Advirtió como aquel individuo se le quedaba mirando con gesto de incontenible asombro. Pero al instante se rehízo.

—¡Ah, claro! Un Buda... Tengo uno que tal vez le convendrá para lo que desea.

Dirigióse a la trastienda y Ben le oyó revolver en la misma. Aprovechó tal circunstancia para inspeccionar el local. No había en él nada digno de atraer su atención, excepto una escalera de caracol, situada en un rincón, que parecía comunicar con los pisos superiores. Aproximándose a ella, fingiendo examinar unas antigüedades, trató de percibir algún sonido que le llegara de lo alto; pero el silencio era poco menos que absoluto.

—Vea ese hermoso ejemplar —le dijo el anticuario, reapareciendo con la figurilla de bronce—. Lo adquiriré en una subasta y formaba parte de la colección de un explorador que recorrió una extensa zona del Asia Central.

—Muy interesante —comentó Ben Scott, luego de contemplarlo durante algún tiempo—. ¿Cuál es su precio?

—Diecisiete dólares, señor. Y puede estar seguro de que se lleva una verdadera joya por un precio irrisorio.

—Me quedo con él —decidió—. Pero volveré mañana a recogerlo. No llevo dinero suficiente. ¿Quiere que deje alguna cantidad como garantía de mi compra?

—No es preciso —accedió el anticuario—. Se lo guardaré por todo el día.

—Gracias, señor... señor... ¿Es usted Tinneson o Starty?

—Samuel Tinneson, señor —contestó, servil—. A su disposición.

—Gracias —replicó Ben—. Hasta mañana.

—Buenas tardes, señor.

Alejóse en dirección contraria a la que llevara para llegar. Al

pasar frente a un teléfono público entró y pidió comunicación con McQuander.

—¡Hola, Ben! —exclamó el inspector al reconocerle—. ¿Qué novedades hay?

—Ando siguiendo una pista que, posiblemente, dará sus frutos. De todos modos, por si no sabe durante algún tiempo de mí, debe saber que me hospedo en el «Michigan», un tabernucho del Wooldshamby. El nombre de la calle es Burcey Road. Casi enfrente existe un almacén de antigüedades cuyo dueño es un tal Tinneson. ¿No lo olvidará, inspector?

—Tomo nota de ello, Ben. ¿Quiere ayuda?

—Todavía no, Mc. Ya le avisaré. Ese Tinneson me parece un tipo algo sospechoso, Lo mismo que su almacén. Hasta luego, Mc.

—Adiós, Ben. Buena suerte.

Regresó a su aposento dando un ligero rodeo. Y, de nuevo en su habitación, dedicóse a observar el edificio del almacén de antigüedades. No vió que nadie más entrara ni saliera de él, pero en una ocasión le pareció que tras los cristales de la ventana que quedaba sobre la puerta de entrada se perfilaba la cabeza de una mujer.

De haber podido Ben Scott echar una ojeada en el cuarto cuya ventana se abría a la calle habría, presenciado una extraña reunión. Stefan Bereny se hallaba inclinado sobre unos papeles que había extendido encima de la mesa, mientras que, a su lado, Ruby Colley lo contemplaba intrigada por sus reflexiones.

Frente a ellos se encontraban dos personajes más. El uno era Tinneson, el anticuario, siendo el último de los reunidos el birmano Zidam.

—No cabe duda de que esas tres cifras representan la clave que buscamos —decía Bereny, sin levantar la mirada de los papeles que consultaba—. Tres, cinco y doce. Tres cifras que corresponden a los tres rectángulos que faltan para completar el plano.

De pronto, Tinneson, que se había incorporado en su asiento y miraba los papeles, se acercó al profesor y le indicó una de las hojas.

—¿Quién le ha dado ese papel? —preguntó, sorprendido.

—Estaba entre los documentos del profesor —replicó Bereny—. Son doce signos convencionales, llamados del Zodíaco. Cada figura

representa...

—Esas mismas figuras las vi en la biblioteca de Scalbert formando el zócalo en magníficos relieves. Me llamó, precisamente, la atención esa cabeza de toro, el león y los peces.

El húngaro acaricióse lentamente la barbilla, sin dejar de observar aquella sucesión de signos trazados sobre una hoja de papel corriente.

—No cabe duda que cuando Scalbert guardó este papel aquí, es porque debe guardar relación con los trozos que faltan. Tres, cinco, doce... tres, cinco, doce... —repetía lentamente.

De pronto dió con la palma de la mano abierta sobre la mesa.

—¡Creo que hallé la solución! —exclamó, poniéndose en pie.

La muchacha y los dos hombres quedáronse mirando, intrigados.

—¿Qué es? —preguntó Ruby Colley, esbozando una atractiva sonrisa.

—El zócalo de la biblioteca consta de doce relieves, uno para cada signo —explicó Bereny—. Y los que guardan el resto de los planos son los que indica el Buda: el tres, el cinco y el doce. O sea, debajo de los relieves representando unos gemelos, un león y unos peces, se esconden los rectángulos que nos hacen falta.

Todos los reunidos guardaron silencio.

—No debemos desperdiciar un solo instante —decidió el húngaro—. Hay que avisar a Oscar y a Jeff, con el fin de que para esta misma noche preparen un golpe encaminado a apoderarse del resto de los planos. La policía federal se está moviendo con demasiada rapidez y dentro de poco nos sería completamente imposible intentarlo.

Y así fué como desde su observatorio, Ben Scott, cuando ya desesperaba de observar algo de interés, vió surgir a la pareja que viera entrar una hora antes, seguida al poco tiempo del misterioso birmano.

Muy posiblemente solo quedaba en la casa el anticuarte al cuidado de sus abigarrados objetos. ¡Si pudiera hallar el modo de entrar allí y echar una ojeada a las habitaciones de los pisos altos!...

Comprendió que debía decidirse y no perder un instante más. Salió de la taberna y marchó resuelto hacia el almacén de Tinneson.

La puerta estaba entreabierta y en todo el local no podía verse a

persona alguna. Un rumor precedente de la trastienda le dió a entender que Tinneson se hallaba en ella. La suerte, por consiguiente, no podía mostrársele más propicia.

Se encaminó de puntillas hacia la escalera de caracol y comenzó a subir sus desgastados peldaños. Un instante se detuvo llevando la mano al bolsillo de su americana. Había olvidado la pistola en el cajón de la mesilla de su habitación.

Sin embargo, ya no tenía tiempo de volver atrás.

Y, decidido a todo, terminó de subir los peldaños que le separaban de lo desconocido.

CAPÍTULO V

En el pasillo de arriba se detuvo Ben para escuchar. Ningún ruido le llegaba de aquella parte, lo que le hizo suponer que todos los habitantes de la casa, con la sola excepción del viejo anticuario, se encontraban fuera.

Avanzó cautelosamente por aquel corredor, dirigiéndose hacia la primera puerta que se abría frente a él. El cuarto era de reducidas dimensiones y sus muebles eran escasos y de basta calidad. Tras una breve inspección, pasó Ben a la habitación contigua. En dicho lugar todo era distinto; estaba amueblado con delicado gusto femenino y resultaba indudable que su ocupante era una mujer.

Sobre un diminuto tocador aparecían en evidente descuido los más diversos objetos. Un extraño perfume llenaba el ambiente del cuarto, y Ben se dijo que el gusto de su propietaria no dejaba de ser singularmente exótico.

De pronto llamó su atención una pequeña cajita abandonada en un rincón. Tratábase de una marca conocida de tinte para el cabello. Ben la contempló con cierto interés, terminando por guardarla en uno de sus bolsillos. Luego comenzó a registrar los cajones del tocador y de un pequeño armario adosado a la pared del fondo.

Una exclamación de triunfo brotó de sus labios al tropezar con una fotografía representando una encantadora joven, de atractiva sonrisa, y cuyo cabello rubio le caía por la espalda en suaves ondulaciones. Lo guardó en su cartera y salió del cuarto. Examinó las otras estancias del piso, mas no halló en ninguna de ellas nada que despertara su interés.

La escalera de caracol continuaba hacia arriba, y subió, decidido a completar su investigación.

Se detuvo ante lo que parecía ser el desván de la casa. Una puerta sólida y provista de un cierre de seguridad le impedía ahora

el paso. Pero, con gran asombro, advirtió que no tenía echada la llave.

La primera pieza no contenía otra cosa que un rústico camastro y una banqueta. Había también una mesilla, en cuyo cajón encontró tabaco y varios objetos de uso personal, aunque nada que destacara. Pero en el fondo del cuarto había otra puerta, y no bien hubo traspuesto el umbral hallóse Ben en una espaciosa y bien iluminada habitación, ocupada por una larga mesa, sobre la cual se alineaban los más diversos recipientes y envases. Una sola ojeada le bastó al inspector Scott para comprobar que aquello debía ser el laboratorio de algún entomólogo, a juzgar por el número y variedad de insectos que alentaban entre aquellas paredes de madera y de cristal.

Hacíase estas reflexiones cuando el ruido de una puerta al cerrarse le puso en guardia. Casi al mismo tiempo el rumor de unos pasos subiendo la escalera le hizo comprender que alguien se acercaba.

Buscó un lugar donde ocultarse, haciéndolo tras unos cajones que se amontonaban en un rincón de la buhardilla.

Oyó cómo la puerta se abría y alguien rebuscaba por el cuarto contiguo. Desde fuera escuchóse una voz en tono imperativo, por lo que dedujo Ben que eran dos personas las que se encontraban allí cerca.

—Apresúrate, Oscar está aguardando —habló el que permanecía en el pasillo.

El que se hallaba dentro gruñó algo entre dientes y continuó su búsqueda. Al poco rato una exclamación de triunfo dió a entender que había encontrado lo que deseaba. Sus pasos se alejaron, y en aquel mismo instante el que antes hablara lo hizo de nuevo para recomendarle:

—Deberías cerrar esa puerta. Cada vez que pienso en la clase de bichos que tenéis ahí se me ponen los pelos de punta.

Una risa apagada le respondió, pero fue atendida su petición ya que una llave se introdujo en la cerradura y giró en ella hasta dar dos vueltas. Luego un cerrojo completó la obra.

Cuando los pasos se hubieron alejado, salió Ben de su escondite. Su primera preocupación fue la de comprobar si la puerta estaba cerrada. Desgraciadamente, su temor vióse pronto confirmado.

Se encontraba, pues, encerrado en aquella especie de prisión sin

escape posible y rodeado de millares de insectos, que lo llenaban todo con su zumbido persistente y amenazador.

Presentía Jessie Miller que Ben acabaría por reunirse a ella en el mismo lugar en donde detuvo el automóvil. Sin embargo, viendo que al anochecer todavía no daba señales de vida, optó por marchar a su domicilio. Allí se enteró de que aún no había regresado el muchacho, por lo que decidió continuar su espera en las inmediaciones de la casa del profesor Scalbert.

Unos minutos más tarde llegaban a ella Stefan Bereny y sus tres compinches.

—Manteneos en la penumbra mientras yo hablo con el criado —fueron sus advertencias antes de entrar—. Ya os daré la señal cuando lo considere necesario.

Avanzaron los cuatro hombres hacia la casa y fué el húngaro quien llamó a la puerta.

A los pocos segundos la faz de Williams aparecía ante ellos.

—¡Buenas noches! —saludó Bereny, mostrándole una insignia prendida detrás de la solapa—. ¿Está ahí el inspector?

—No hay en la casa ningún inspector —repuso Williams—. Si lo desea...

De la obscuridad surgió un brazo, y antes de que el criado pudiera darse cuenta de lo que pasaba, un objeto golpeó con violencia su cabeza, haciéndole perder el conocimiento.

Inmediatamente los tres hombres se abalanzaron hacia el interior y cerraron la puerta tras de sí.

—Debiste aguardar un poco más, Jeff —reprendió Bereny a su subordinado—. Había luz en el vestíbulo y han podido muy bien observar su acción desde la calle.

—No hay cuidado, Jefe —sonrió Jeff Anderson—. Es mi especialidad trabajar rápido y en silencio. Nadie ha tenido tiempo de fijarse en lo que ocurría.

Sin embargo, la tranquilidad de aquella patrulla hubiérase visto gravemente quebrantada de saber que una persona había sido testigo del hecho.

Jessie Miller, que al percatarse de que los cuatro desconocidos se acercaban a la casa, habíase ocultado entre unos arbustos del jardín, vió perfectamente cómo Jeff descargaba el golpe contra el cráneo de Williams hasta dejarlo privado del conocimiento.

Acto seguido la muchacha corrió a un teléfono cercano y mandó su angustiada llamada al puesto de policía más próximo.

Mientras tanto, en el interior de la casa, Zidam custodiaba el cuerpo inanimado de Williams. Los otros tres hombres habían entrado en la biblioteca y hallábanse atareados en repasar el zócalo en el que se reproducían las tallas del Zodíaco. Tras algunos tanteos, moviéronse de sus emplazamientos las piezas representando los gemelos, el león y los dos peces, que en orden de correlación ocupaban los lugares tres, cinco y doce. Y tal como supusiera, Bereny descubrió que ocultaban unos huecos, los cuales contenían los fragmentos restantes de los pianos de Scalbert.

—¡Es preciso marchar cuanto antes! —indicó el profesor al ver satisfechos sus deseos.

Pero, en el preciso instante de salir al jardín, vieron cómo un grupo de agentes irrumpía por el sendero en dirección de la casa.

Bereny y sus cómplices saltaron un alto seto que, por el momento, les ocultaba de la vista de sus seguidores; pero era ya demasiado tarde, pues algunos de éstos les habían divisado y corrían hacia ellos.

Oscar fué el primero en disparar. Apoyóse en un árbol y alzó su Thompson 45, que taladró con plomo las tinieblas de la noche. Inmediatamente los agentes respondieron y el tiroteo se generalizó por ambas partes.

—¡Tienen vigilado nuestro automóvil! —avisó Bereny, desviándose para alcanzar un pequeño grupo de acacias que daban sombra a luna glorieta.

Siguiéronle los demás, y en pocos segundos ganaban la valla de separación.

Fue en ronces cuando Oscar se apercibió que a poca distancia de allí había un coche detenido. Echó a correr hacia él, comprobando que sólo lo ocupaba una mujer.

—¡No se mueva! —La amenazó a bocajarro.

Jessie Miller comprendió que era inútil resistirse. Había creído que se hallaba en el vehículo a salvo de toda contingencia; pero la realidad se encargó de hacerle constatar todo lo contrario.

Tres hombres más abalanzáronse hacia el interior del coche, siendo la joven desplazada brutalmente del volante por el que la amenazaba.

Comenzó a roncar el motor y arrancó el automóvil. Aunque bien pronto los disparos que contra él se efectuaban le dieron a entender que el asunto se estaba poniendo muy feo.

Desde la ventanilla trasera Oscar y Jeff replicaban con saña. Bereny conducía, mientras Zidam imposibilitaba la reacción de la muchacha.

Las ráfagas de los ametralladores ligeros crepitaban lúgubrementes, mientras los dos automóviles rodaban a vertiginosa velocidad por las calles de la gran urbe. Dos coches más, cuyas sirenas aullaban incesantemente, habíanse unido al primero en la persecución de los delincuentes.

Jessie permanecía materialmente aplastada al pie del asiento, oyendo cómo aquel infierno se desataba a su alrededor. Ignoraba a dónde la llevaban los malhechores, pero estaba segura de que no tardaría en verse en los dominios de los asesinos del profesor Scalbert.

De pronto escuchó a sus espaldas una exclamación de triunfo.

—¡Uno de los coches ha quedado fuera de combate, jefe! — chilló, acto seguido, la voz del hombre que empuñaba la Thompson.

—Ahora aprenderá que no se trata de un juego de chiquillos — replicó el húngaro, en tanto surcaba sus facciones una diabólica sonrisa.

Metieronse por una calle mal alumbrada, y poco después un dédalo de callejuelas les salió al paso. Con rara habilidad y maestría, el hombre que se sentaba al volante fué serpenteando por ellas, sin menguar gran cosa la velocidad que llevaban.

—Creo que ahora les hemos perdido de vista —observó Oscar Bilkie, sentándose por primera vez de espaldas a la ventanilla trasera y echando hacia atrás el sombrero que llevaba puesto.

Ninguno de los otros tres contestó. Siguieron cruzando callejuelas y plazoletas hasta que el auto se detuvo en un lugar pobremente alumbrado.

Bereny había amordazado a la joven, valiéndose de un pañuelo anudado detrás del cuello. Él fué quien primero se apeó, cogiendo desde la acera a Jessie de un brazo para sostenerla. Jeff y Zidam acudieron seguidamente, para ayudarla a conducirla al interior de una casa en la que las tinieblas impedían saber lo que contenía.

Antes de entrar en ella oyó aún Jessie las palabras que el

húngaro dirigía a Oscar Bilkie.

—¡Llévate el coche lejos de aquí y déjalo en cualquier sitio! Luego vuelves. Tenemos que discutir muchos e importantes asuntos.

Escuchó el ruido del motor al alejarse el vehículo y, repentinamente, la oscuridad fué rasgada por un haz de luz brillante. Unos peldaños que ascendían en espiral y una puerta que se abrió antes de alcanzarla.

Entonces apareció ante ella una mujer. Su cabello era negro como el azabache y sus ojos poseían un terrible poder maléfico, que hizo latir angustiosamente el corazón de la joven Jessie.

—¿De dónde habéis sacado, eso? —preguntó desdeñosamente, mirando a la muchacha.

—Se hallaba casualmente en su automóvil muy cerca de la casa del profesor Scalbert —explicó el húngaro—. Gracias a ella pudimos escapar del lazo que habían preparado.

—¿Y los planos?

Bereny golpeó uno de sus bolsillos con expresión triunfante.

—Todo ha salido a pedir de boca —sonrió—. En cuanto esto haya concluido ofreceremos nuestras excusas a la señora y procuraremos reintegrarla a su lugar. Aunque, como es natural, tenemos que cubrir algunos riesgos.

—Esto ya es una buena noticia —sonrió aquella mujer, apoyando su mano en el hombro del profesor—. Pero me parece una imprudencia haber traído con vosotros a esa joven. Con lo fácil que hubiera sido echarla fuera del coche...

Bereny encogióse de hombros, significativamente.

—Ahora tenemos que pensar en otras muchas cosas importantes. Hay que buscar un sitio en donde se halle segura.

Ruby Colley hizo un gesto de cabeza indicando la pequeña habitación contigua.

—Ahí estará bien; pero no creo que debáis fiaros demasiado de una desconocida.

—Zidam cuidará de ella —habló Bereny—. Por de pronto sería conveniente que siga con la mordaza y las manos bien sujetas a la espalda.

Jessie fué encerrada en el cuarto, y el húngaro terminó de dar las últimas instrucciones al birmano, con el fin de que su prisionera no constituyese un peligro para la banda.

No habían transcurrido quince minutos desde que Jessie entrara en aquella casa cuando compareció Oscar Bilkie. Acercóse a la mesa en donde el profesor y sus dos compinches confrontaban los rectángulos de los planos ya completos.

—El coche ha quedado en un paraje donde no puede comprometernos —dijo enigmáticamente—; pero antes tuve la curiosidad de echar una ojeada en él.

—¿Y qué has encontrado? —preguntó, el húngaro sin levantar la mirada de los papeles.

—Esto —repuso Oscar arrojando sobre la mesa una carterita de cuero—. Si te tomas la molestia de examinar lo que contiene, hallarás una certificación expedida por el Departamento Federal de Investigación, a nombre de la señorita Miller.

—¿Miller? —murmuró Bereny.

—Así es. Bonito nombre para una tórtola como la que hemos cazado. ¿No opinas así, Ruby?

—Ya me parecía a mí que esa mujer no estaba allí por pura casualidad —observó la joven.

—Pero no es eso todo —siguió Oscar Bilkie con cierta parsimonia, como gozándose en obsequiar a sus compañeros con aquellas nuevas en pequeñas dosis—. El auto no pertenecía a la señorita Miller.

—¡Dilo todo ya de una vez, diablos! —exclamó Bereny, descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Sin embargo aquel gesto no pareció, impresionar gran cosa a Oscar.

—Su propietario es un tal Benjamín Scott —dijo tranquilamente, sin apartar sus frías pupilas del rostro de su jefe—. Y da la casualidad de que Ben Scott es uno de los más peligrosos sabuesos del F.B.I.

Y aquel peligroso sabueso de la Oficina Federal de Investigación se hallaba en aquellos momentos a muy poca distancia de ellos, casi encima de sus cabezas, ignorante de que Jessie Miller, su ayudante en el Instituto Científico y auxiliar eficaz en sus investigaciones, encontrábase igualmente encerrada en aquella misma casa.

Tras haber pasado media hora examinando palmo a palmo los más ocultos rincones de aquel desván, obtuvo la conclusión de que el único lugar posible para salir de aquella ratonera era la puerta

por la cual había entrado. Y, precisamente, dicha puerta constituía uno de los más sólidos elementos de la buhardilla, y en aquellos instantes se hallaba herméticamente cerrada, sin posibilidad de ser abierta desde el interior.

Convencido de la inutilidad de sus intentos, dedicóse Ben Scott a examinar la colección de bichejos. No cabía la menor duda de que su poseedor se hallaba profundamente interesado en la entomología y, precisamente, en una variedad de la misma, ya que casi todas las especies allí contenidas eran venenosas o altamente perjudiciales para quien sufriera sus acometidas.

En los más caprichosos recipientes de metal, madera o cristal se agitaban infinidad de animalitos, muchos de los cuales significaban una novedad aun para quien, como el inspector Scott, explicaba unas disciplinas muy afines a la entomología.

Poco a poco fué olvidándose de la situación en que se hallaba, abstraído en la contemplación de los insectos. Una de aquellas especies atraía poderosamente su atención. Era un grupo de animalitos de aspecto muy semejante a una libélula y cuyos cuerpos semejaban estar tallados en cristal. Jamás había visto Ben un conjunto tan sorprendente como el que formaban las libélulas al revolotear por la jaula. Comenzaba a apagarse la luz que llegaba a través de las claraboyas y fué entonces cuando, en aquella penumbra, las libélulas comenzaron a despedir una extraña fosforescencia violeta, que delataba sus evoluciones en la jaula.

Por un instante consideró Ben lo que podía suceder si un cerebro diabólico soltara todo aquel mundo que bullía en derredor suyo. Y, sin poderlo evitar, un estremecimiento recorrió su columna vertebral.

Pasó a la habitación contigua y empezó a planear el único medio posible de salir de aquel lugar. Se escondería detrás de la puerta y, tan pronto alguien entrara en el cuarto, saltaría encima de él procurando...

No le seducía tal método. Si, como era previsible, se encontraran en la casa otras personas, los gritos de su víctima forzosamente les atraería hacia el piso alto. Era, pues, preciso buscar otro procedimiento.

Volvió al cuarto de los insectos y se apoderó de un leño que viera abandonado en un rincón. Aquello sería lo mejor. Golpearía la

cabeza del primer visitarte, evitando con ello las voces de alarma. En el caso de que alguien lo acompañara podría, igualmente, atacarle antes de que se recuperara de la sorpresa.

Era ya de noche cuando oyó pasos de alguien que subía la escalera. Colocóse detrás de la puerta con la estaca dispuesta y aguardó a que entrara el que se acercaba. Los pasos cesaron al llegar ante la puerta y hubo unos momentos de silencio, durante los cuales era indudable que quién llegaba buscara la llave.

Presintió Ben que la suerte estaba de su parte. A juzgar por los pasos era una sola persona la que había al otro lado de la puerta.

Una llave se introdujo en la cerradura, que chirrió por dos veces consecutivas. Luego el descorrer de un cerrojo y la puerta giró sobre sus goznes.

En el hueco grisáceo recortóse la silueta alta y ligeramente encorvada que él ya conociera en otra ocasión. Y, apenas avanzó un paso en el cuarto, descargó con violencia el leño sobre su cabeza.



...descargó con violencia el leño sobre su cabeza...

Sin proferir siquiera un gemido, el indostánico se desplomó pesadamente sobre las baldosas del cuarto.

Inclinóse Ben sobre él y le registró rápidamente. Pero no consiguió encontrar una sola arma que pudiera facilitarle la huida. Conservando, pues, el leño que tan eficazmente le sirviera, bajó

cautelosamente los escalones.

En el primer piso oyó voces que discutían, aunque no consiguió entender una sola palabra de lo que decían. De puntillas siguió su camino hasta verse en el almacén de antigüedades. Permanecía desierto. Sin embargo, un rayo de luz filtrábase por la puerta que daba a la calle, lo cual era una prueba de que todavía no estaba cerrado.

A los pocos, segundos se hallaba fuera del edificio. Apresuró el paso y marchó hacia el teléfono público, pidiendo comunicación con McQuander.

Uno de los agentes de servicio le informó de que el inspector se encontraba fuera, y al darse Ben a conocer le dijo que el motivo de su ausencia era un robo que acababan de cometer en la casa propiedad de Scalbert.

Un instante vaciló Scott, pero optó por ir en busca del inspector. Tomó un taxi, y a los pocos minutos apeábase frente a la mansión de Scalbert.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó, al tiempo que entraba como una tromba.

McQuander se le quedó mirando, intrigado. Hasta que, pese al disfraz, lo reconoció.

—¡Caramba! ¡Si es nada menos que el amigo Scott!

—¡No puedo perder mucho tiempo, inspector! —le dijo Ben—. He hallado algo que no dudo nos llevará a una pista segura.

En pocas palabras le refirió McQuander lo ocurrido aquella noche, indicándole que Williams se encontraba gravemente herido, no habiendo sido posible aun tomarle declaración.

—¿Y no han dejado ninguna huella aprovechable? —inquirió.

—Un automóvil los aguardaba ahí fuera. Aunque se les persiguió disparaban rabiosamente y consiguieron escabullirse.

En aquel instante penetró en la biblioteca un agente uniformado.

—Ha sido encontrado el coche, inspector —le dijo saludando militarmente—. Se hallaba detenido en una esquina de Bocker Street. Piden que se envíe un inspector para practicar una investigación. Éstas son sus características y el número de la matrícula.

Y al mismo tiempo le entregó una hoja de papel en el que había apuntado aquellos datos.

Ben Scott, que lo examinaba al mismo tiempo que McQuander, estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro.

—¡Éste es mi coche, Mac! —dijo con voz apagada—. ¡Y Jessie Miller estaba, en él! ¿Cómo diablos ha ocurrido esto?

—Entonces, si la señorita Miller iba en el auto...

No terminó la frase. Ben se dirigía a la salida mientras le avisaba:

—¡Voy a Brocker Street! Y me llevo a dos de tus agentes.

Llamó a dos policías que se encontraban en la pudría y juntos subieron al taxi que le había traído hasta allá.

—¡Pronto, a Brocker Street! —ordenó Ben mostrándole su insignia—. ¡Se trata de un servicio especial para la policía!

El chófer no se hizo repetir la orden. Pisó el acelerador a fondo y lanzó el vehículo por entre el tráfico nocturno de la ciudad.

CAPÍTULO VI

En Brocker Street halló Ben Scott su automóvil custodiado por dos agentes. Unos cuantos orificios en la parte posterior le demostraron que había sido alcanzado por los disparos de la policía.

Un angustioso presentimiento le invadió, al pensar en que alguna de aquellas balas podía haber ocasionado un grave daño a Jessie. Sin embargo, tranquilizóle el hecho de no observarse en el interior mancha alguna de sangre.

Después de comprobar que el vehículo funcionaba normalmente y que la reserva de gasolina era suficiente, ordenó a los agentes que subieran al mismo y, sentándose al volante, dirigióse sin perder un segundo más hacia Burcey Road.

Poco antes de llegar al almacén de antigüedades de Tinneson a Starty detuvo el automóvil y apeáronse sus ocupantes.

La tienda permanecía a oscuras y un silencio profundo reinaba en la casa.

—Me temo que sea demasiado tarde —exclamó en voz baja, dirigiéndose a uno de los agentes.

Dejó a dos de los hombres vigilando la parte baja, y en compañía, de los dos restantes subió al piso. Pero por todas partes se advertía la misma desolación. Muebles y ropas en desorden, indicios de una huida precipitada, que señalaban claramente que los ocupantes de la casa no habían tardado en descubrir el percance sufrido por uno de los suyos, en el desván.

Cuando Ben llegó a la parte alta, en donde había pasado unas horas encerrado, percibió un extraño hedor. Poco después, al resplandor de los focos brillantes de sus linternas, comprendieron que los recipientes que contenían los insectos habían sido rociados con gasolina y prendido fuego a los mismos. Únicamente el que contenía las extrañas libélulas permanecía intacto. Sin embargo, los misteriosos insectos no estaban allí. Y esta circunstancia no dejó de

sorprenderle.

Volvió al piso en el cual oyera las voces y examinó todos los objetivos que en él se hallaban. De dicho lugar pasó a la habitación de la izquierda, y un objeto que había en el suelo atrajo su atención. Apenas lo tuvo en sus manos reconoció una pequeña carterita de piel que Jessie llevaba siempre consigo.

Ahora ya no le quedaba ninguna duda referente a la identidad de los ocupantes de la casa y del paradero de Jessie Miller.

—¡Oiga, inspector! —llamó en aquel momento uno de los agentes que examinaba el cuarto inmediato en el que se encontraba el dormitorio—. Aquí hay algo que puede interesarle.

Acudió él inmediatamente y vio cómo el policía, arrodillado a los pies de la cama, dirigía el haz de luz de su linterna a la pared. Imitándole, vio Ben unas letras en rojo con las que, dificultosamente, podía formarse la palabra «Ketch».

—¿Qué podrá significar? —preguntóse en baja voz el agente.

Ben pasó un dedo sobre aquellos trazos gruesos, con el propósito de averiguar qué clase de pintura era aquella que parecía sangre. Tratábase de una sustancia untuosa y fresca, por lo que no podía hacer mucho tiempo que habían sido escritos tales signos.

Tuvo un súbito presentimiento, y acercó el dedo a su nariz. Un perfume dulzón y suave le reveló al instante la naturaleza de la referida sustancia.

—Ha sido escrito con carmín para los labios —manifestó a su acompañante.

Dirigió el haz de luz al suelo y no tardó en encontrar el lápiz utilizado para el caso.

—Ninguna persona de la casa debe haberse entretenido en hacer esto. Únicamente Jessie Miller puede ser la autora. Posiblemente la encerrarían en este cuarto y... Eso es, la letra deforme y vacilante indica que la escritura ha sido hecha forzada. Indudablemente habrían atado sus manos y a costa de grandes esfuerzos consiguió escribir esa palabra.

—¿Sabe, acaso, lo que significa? —preguntó el agente.

Ben meneó la cabeza, negando.

—«Ketch» es una extraña palabra. Sin embargo la «h» no está terminada, lo que prueba que Jessie no tuvo tiempo de concluir su obra.

—Posiblemente temería que la sorprendieran...

—Además, demuestra que se trata de algo de suma importancia que debió oír de sus aprehensores, y que conservaba la esperanza de que vendríamos a inspeccionar estos lugares.

El policía echóse la gorra hacia atrás y rascóse la cabeza, pensativo.

—Tal vez si seguimos buscando por otras habitaciones...

—No creo que encontrásemos nada. Son gente astuta que saben lo que juegan en la partida. Es por eso mismo que me preocupa la suerte de Jessie Miller.

—Lo mejor será avisar al cuartel para que comuniquen con todas las patrullas volantes.

Ben habíase sentado al borde de la cama y con las manos cruzadas sobre las rodillas permanecía en actitud de intensa reflexión.

—Ketch... Ketch... —repetía en voz baja—. No puede ser otra cosa que el lugar al cual se han llevado a Jessie. O Ketch o una palabra que empiece así.

Levantóse con ademán resuelto y salió al corredor.

—Vosotros seguid registrando toda la casa, por si queda en ella algo que ofrezca algún interés —dijo a los agentes que le acompañaban—. Avisaré al inspector para que mande más gente y de una batida por estos alrededores.

Abandonó la tienda de antigüedades para ir en busca de McQuander. Pero ya no estaba donde lo viera la última vez. Por fin dió con él en la comisaría del distrito. Terminaban la redacción del informe y se mostró dispuesto a realizar algunas investigaciones en la Sección de Información del F.B.I.

Allí encontró Ben una carta dirigida a él. Era del doctor Grant y le rogaba acudiera al día siguiente a su despacho, para darle cierta interesante información que había podido recoger respecto a la muerte de Walter Scalbert.

Ya de madrugada los dos hombres se separaron. Se habían cursado las oportunas órdenes a todos los coches de las patrullas volantes para detener a los vehículos que les infundieran la menor sospecha. También las señas de los malhechores condujeron a su identificación, gracias a los datos facilitados por algunas personas vecindadas en Burcey Road. Además, dos agentes estaban ya

trabajando para formar una lista de las poblaciones, lugares, caseríos, barrios o, simplemente, parajes cuya denominación fuera «Ketch» o comenzara con estas mismas letras.

Era aquello todo cuanto, por el momento, podía hacer por Jessie. Sentíase sumamente fatigado y aprovecharía las escasas horas que faltaban para el nuevo día intentando descansar. A primera hora de la mañana iría a las oficinas en que Scalbert trabajaba para hablar con el botones acudiendo luego a la cita del doctor Grant. Hasta tanto, confiaba en que los servicios de la policía neoyorquina conseguirían algún avance en sus intentos por localizar el nuevo paradero de Jessie y de aquellos que habíanla apresado.

Luego, ya de nuevo en su casa, se dio cuenta de que había casi olvidado el principal motivo que le envolvió en aquella aventura: el robo de los planos que pertenecieron a Scalbert. Le habían informado de que se trataba de un nuevo invento, que revolucionaría las normas de navegación aérea, y por cuya posesión algunos agentes extranjeros se hallaban interesados.

A la mañana siguiente; muy temprano, acudió al edificio de la «Wilmatt Airconst and Co» para hablar con el joven Jim. El botones no había llegado aún, por lo que tuvo que aguardar algún tiempo. Sin embargo, durante la espera en el bar, mostró la fotografía encontrada en el tocador de la habitación en donde Jessie había sido encerrada, al mozo que subió la taza de café a Scalbert.

Aun cuando se mostró vacilante, dicho empleado reconoció en la imagen a la joven que estuvo en la barra del bar aquella misma mañana. Ello le decidió a emplear con el botones un procedimiento distinto.

Cuando estuvo con él, le mostró el retrato, pero sin referirse a la joven que le preguntó por el despacho del profesor.

—¿Has visto alguna vez a esta mujer? —le preguntó, simplemente.

Jim la contempló por unos instantes y repuso, seguro:

—Es la misma que me preguntó por el profesor Scalbert. La mujer del cabello rubio y vestido verde.

—¿Estás completamente seguro?

—Seguro —respondió Jim—. A menos que existan dos personas completamente idénticas. Me fijé muy bien en ella, señor, y la reconocería aun cuando tardara un año en encontrarla.

Cuando salió de aquellas oficinas ya ninguna duda le quedaba a Ben acerca de la relación que pudiera tener la misteriosa visitante del profesor con los ladrones del plano y los extraños inquilinos del almacén de antigüedades de Burcey Road.

Faltaba todavía cerca de media hora para la entrevista señalada con el doctor Grant; no obstante, decidió ir a verlo.

Cuando Grant se enteró de su llegada, lo hizo pasar a su despacho con muestras de gran cordialidad.

—Parece preocupado, inspector —le dijo, sonriente.

—El caso se ha complicado de un modo que me afecta muy personalmente —contestó—. Y se encuentran en juego mi honor, mi propia estimación y algo que considero máspreciado todavía. Tal vez no me comprenda, doctor Grant.

—Creo que le comprendo muy bien, inspector Scott. Y por ello voy a ser breve con usted.

Tomaron asiento en dos butacones, frente a frente, y sin el menor preámbulo el doctor comenzó:

—Ahora ya puedo decirle de qué murió el profesor Scalbert.

Ben quedósele mirando, intrigado.

—Cuando observé los síntomas, comprendí que sólo podían proceder de la picadura de algún animal dañino. Y consulté el caso con un profesor muy amigo mío. Por su parte, él fué a visitar a un colega que ha estudiado numerosas variedades de insectos en el Asia Central y región del Tíbet. Y este hombre recordó que existe en cierta comarca tibetana un insecto rarísimo, cuya especie es conocida por los entomólogos que han visitado aquellos lugares con el nombre de «martyx». Su forma es semejante al de nuestras libélulas o «caballitos del diablo», aunque sensiblemente distinta. Además, ese investigador pudo contemplar uno de los ejemplares y asegura que su cuerpo parece de cristal y que en la obscuridad se le reconoce por despedir una bonita fosforescencia violeta.

—¿Una libélula de cristal? —murmuró Ben, como hablando consigo mismo.

—Eso es.

—¿Y si yo le dijera que no hace aún veinticuatro horas he visto por lo menos una docena de esas libélulas?

El doctor Grant se le quedó mirando, sin manifestar la menor sorpresa.

—Tengo formado un elevado concepto de usted, inspector Scott, para creer que pueda mentirme. Cuando usted lo afirma, es porque ha visto esas «martyx» o algo que se le parezca.

—Tal vez no le extraña demasiado cuando le diga que estuve unas horas encerrado en el laboratorio de ese diabólico cerebro que utiliza esos terribles insectos para sus fines. Había allí especies capaces de poner los cabellos de punta al hombre más sereno.

—¿Y vió usted esa terrible especie?

—Le repito que había por lo menos una docena. Y me llamaron la atención por su belleza. Además, como estaba anocheciendo, pude observar esa extraña fosforescencia que acaba de mencionar.

—Pero no conoce aún lo peor del caso, inspector —siguió Grant—. De las averiguaciones hechas por nuestros amigos y compatriotas, se deduce que la picadura de la «martyx» es mortal, aunque no instantánea. Los efectos físicos se observan en sus víctimas después de haber sobrevenido la muerte. Alrededor del lugar en donde ha clavado su aguijón, se forma una zona verdosa cruzada por haces radiales de color violeta. Asimismo, el globo ocular se tiñe intensamente de verde.

—Es singularmente curioso —observó Scott.

—Es, sencillamente, terrible. Los primeros efectos en las víctimas se presentan bajo la forma de una especie de amnesia parcial. No les es posible recordar los hechos acaecidos después de haber sufrido la picadura. Sigue luego un intenso proceso abúlico. El enfermo carece casi por completo de voluntad y accede a cuanto se le insinúa, por muy disparatado que parezca. Finalmente, a las seis u ocho horas, sobreviene la muerte de un modo casi fulminante.

Ben Scott pasóse una mano por la frente, como queriendo apartar de sí una horrible pesadilla.

—Ahora comprendo cómo al profesor Scalbert le ocurrió aquello.

—Tal vez pueda seguir ayudándole —insinuó Grant, amablemente.

Ben movió la cabeza, denegando.

—Gracias —murmuró—. Ahora lo veo todo tan claro como la luz del día. Al profesor Scalbert le subieron una taza de café, en la que la muchacha del vestido verde había vertido un narcótico.

Luego, cuando ya el profesor se encontraba bajo los efectos del sueño, consiguió introducirse en su habitación y colocar sobre su brazo alguna jaulita conteniendo una de esas libélulas, hasta que, a través de la tela metálica, el animal clavó el aguijón. Por ello, al despertar, Scalbert apenas si recordaba nada de lo sucedido, y por el mismo motivo se mostró dispuesto a entregar los planos a quienes primero se acercaron para pedirselos. Éste es, al parecer, el desarrollo de los acontecimientos que condujeron a la muerte del desgraciado.

—¿Y dice usted, inspector, que en poder del individuo ése se encuentra un lote de tales animalitos?

Ben asintió con un gesto.

—¡Cualquiera sabe lo que va a ocurrir si no conseguimos impedirlo a tiempo!

El doctor Grant se puso en pie.

—Celebro haber podido serle útil en algo, inspector Scott —le dijo en tanto le tendía su diestra—. Y le agradeceré que si la ocasión se le presenta, no deje de acudir aquí. Con sumo gusto veré de ayudarle.

—Gracias, doctor —repuso simplemente.

Y con el peso de un grave presentimiento, salió Ben del despacho del doctor Grant.

McQuander se encontraba examinando un mapa de regulares dimensiones que tenía desplegado sobre su mesa de trabajo cuando Ben acudió aquella mañana.

—¡Hola, Ben! —saludóle, sin dirigirle más que una rápida mirada para volver seguidamente a su labor—. Como puedes ver, estoy trabajando para simplificar la tarea que se nos viene encima.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó él, con una intensa expresión de ansiedad reflejada en su semblante.

McQuander le mostró una lista que tenía sobre la mesa.

—Éstas son todas las poblaciones cuyas primeras letras forman «Ketch». De ellas he separado tres, ya que se trata de aldeas situadas a más de mil millas de aquí, y no considero probable que sean las elegidas por esa pandilla de malhechores.

Ben Scott tomó aquel papel entre sus manos y lo contempló durante breves instantes.

—¿Cuáles son las más probables? —preguntó.

Sin levantar la mirada del mapa, que estaba observando, McQuander contestó:

—Ketcheb, Ketchburg y Ketchwoods; pero la primera está ya descartada. No hace todavía media hora que he hablado por teléfono con el sargento del lugar y ha podido asegurarme que ninguno de los individuos que le he descrito, se encuentra por aquellos alrededores, ni siquiera ha aparecido, un solo vehículo en las últimas veinticuatro horas.

—¿Ketcheb?

—Ketcheb —afirmó McQuander, señalando con el lápiz un punto del mapa—. Se trata de un puesto fronterizo, apartado, por demás, de las principales carreteras. Sin embargo, el sargento vigilará por si observa algo, sospechoso.

—Bien —murmuró el joven, inclinándose sobre la mesa y apoyando en ella sus manos—. ¿Y de las otras dos?

—Eso era lo que estaba reflexionando en estos momentos. Ketchburg es una pequeña aldea de Massachussets, situada entre Boston y Worcester. Tiene unos trescientos habitantes y se trata, en su mayoría, de gente dedicada a la agricultura.

—¿Cuál es el otro?

—Ketchwoods, pero no se trata de ningún pueblo. Ni siquiera está en el mapa. Es un paraje enclavado a unas tres millas de la costa, en Virginia, al este de Richmond y muy próximo a la entrada de Chesapeake Bay.

—¿Qué aspecto tiene?

McQuander hizo un gesto impreciso.

—No conozco esa parte; sin embargo, el lugar toma su nombre del pantano que hay allí. Hace años que los maleantes de aquella región buscaban refugio en Ketchwoods.

—Iré a ese lugar —decidió Ben Scott con sombrío acanto—; pero no estará de más que mandes a una pareja de tus hombres para que echen una ojeada por Ketchburg. Y si encontraran algo... ya veré el modo de que sepas de mí.

—Entonces, ¿estás decidido?

El muchacho afirmó en silencio.

McQuander le mostró en el mapa el aproximado emplazamiento de Ketchwoods.

—¿Cuántos hombres vas a necesitar, Ben?

Tras de pensarlo unos instantes, contestó:

—Creo que será preferible ir solo. No puedo exponerme a malograr una oportunidad que puede ser decisiva.

—Sin embargo, es una imprudencia —opinó McQuander—. Posiblemente se trata de una banda poderosa y bien organizada. Y no puedo arriesgarme a que fracasen nuestros intentos por un exceso de pundonor tuyo.

Ben movió la cabeza, negando.

—No se trata de eso, Mac. No conseguiríamos gran cosa empleando la fuerza para recuperar los planos de Scalbert y rescatar a Jessie. Sólo mediante la astucia será posible obtener éxito.

—No puedo arriesgarme —insistió el inspector, tratando de hacer ver a Ben Scott el error en que se colocaba.

—Está bien —accedió el joven, advirtiendo que estaba perdiendo un tiempo precioso—. Llevaré algunos hombres, pero yo sólo dispondré el momento en que deban actuar.

Comprendió McQuander que no lograría disuadirle de su empeño y terminó por consentir a los deseos del muchacho.

—Tú ganas, Ben; pero yo elegiré a los que deberán acompañarte. ¿Cuándo vas a partir?

—Ahora mismo.

—Pero hace falta prepararlo todo...

—Iré yo solo, y ellos pueden venir cuando te parezca.

McQuander sonrió, astutamente.

—Saldrán contigo, Ben. Estarán listos en el tiempo que precises para arreglar tus cosas. ¿Entendido?

—Está bien, Mc. Hasta la vuelta.

Levantóse el inspector y estrechó la mano que Ben le ofrecía. Luego le acompañó hasta la puerta de su despacho.

—Dentro de diez minutos tendrás a los chicos aguardando abajo. No olvides pasar a recogerlos. Buena suerte, Ben.

Y McQuander no se movió del umbral hasta que vió a Scott desaparecer al final del pasillo que terminaba en la escalera de salida.

CAPÍTULO VII

En un ambiente tan fascinante y encantador como el del «Greenhall», resultaba difícil acordarse de los imponentes y silenciosos laboratorios de Black Hills. Sólo hacía seis horas que Raymond White había llegado a la capital, para visitar a unos familiares y gozar de un breve pero merecido descanso, que aliviara los sinsabores de su larga reclusión en Black Hills.

Y así era en realidad. Entre un gentío distinguido como el que aquella noche llenaba el famoso club nocturno de la capital, rutilante de luces multicolores y lleno de risas y lindas melodías, el capitán White de la marina de guerra estadounidense, habíase olvidado por entero de los ensayos del laboratorio y de las investigaciones llevadas a cabo en Black Hills para el perfeccionamiento de la energía nuclear.

Avanzó con estudiada parsimonia por entre la doble hilera de mesas hasta hallar una vacía. Desde allí podía observar la distinguida concurrencia y, por otra parte, quedaba algo apartado para que nadie fuera a importunarle.

Había pedido la cena y se disponía ya a saborearla cuando una voz delicadamente femenina sonó a su espalda.

—Perdone usted, señor —habló la desconocida—. Creo que se ha confundido de mesa.

Levantó la cabeza y vio junto a él a una encantadora mujer de unos treinta años, que le sonreía con cierto deje de sorpresa.

Inmediatamente Raymond White se puso en pie.

—¿Tal vez se refiere usted... a su mesa? —preguntó con un gesto de su cabeza, indicando el lugar en que se hallaba sentado.

—¡Oh, no se preocupe! —rió ella—. Hoy hay otras mesas desocupadas y puedo muy bien sentarme en cualquiera de ellas.

—No puedo consentirlo, señorita —se opuso White, formalmente—. Y siento haberla desposeído de lo que en justicia le pertenece.

Sin embargo, tal vez pudiéramos llegar a un acuerdo.

—¿Cuáles son sus condiciones? —sonrió la mujer, con picardía.

—Usted cenará conmigo y luego bailaremos para sellar la paz —propuso White—. Es lo único que se me ocurre para desagraviarla por haberme apoderado de lo suyo.

—Nunca acepté la invitación de un marino. Y debo confesarle que me siento enormemente curiosa.

Raymond White echóse a reír y ofreció una silla a la desconocida.

—Creo que lo más natural es que hagamos las presentaciones —dijo—. Mi nombre es Raymond White y debo confesarle que es ésta la primera vez que vengo por estos lugares.

—Ya se le advierte —contestó ella. Y se calló al notar la llegada del camarero.

White pidió otro cubierto para su acompañante.

—Todavía, no me ha dicho su nombre —habló en cuanto el mozo se hubo alejado.

—Es cierto —rió ella, dándose cuenta de su distracción—. Llámeme Esther.

Quince minutos después, Raymond White y Esther hablaban con tal familiaridad que diríase se conocían de toda la vida. Cenaron alegremente y luego bailaron hasta primeras horas de la madrugada.

Cuando salieron del «Greenhall», Esther apoyábase indolentemente en el brazo de su acompañante. Las palabras, torpes y deshilvanadas a causa del champaña, tenían el delicioso encanto de la ingenuidad y la espontaneidad femeninas. Así, al menos, pensaba el capitán de navío White, sintiendo el suave calorcillo de la joven apretujándose contra su brazo y dejando que su cabecita acariciara con delicioso descuido su curtida mejilla.

—Voy a llamar un taxi y te acompañaré a tu casa —le había dicho una vez en la calle.

Pero Esther se negó a ello.

—Me encanta pasear en la madrugada por las calles de la ciudad. Podemos cruzar el parque y en media hora llegaremos al Hatton Ward.

Y White no opuso el menor reparo, porque sentíase feliz por el maravilloso hallazgo que le deparaba su primera noche en

Washington, después de la monotonía de los largos días de Black Hills.

Los jardines del parque se hallaban aquella noche sumidos en una agradable penumbra. Estaban casi desiertos y sus pisadas resonaban arrulladoras en la arena de los senderos.

—¡Qué maravillosa es la noche, Raymond! —habló Esther muy quedamente al cruzar por debajo de un tupido arco cuajado de rosales.

Se hallaban sus labios tan peligrosamente cerca que White sólo tuvo que inclinarse levemente para besarlos. Su contacto pareció estremecerle. Irguió bruscamente la cabeza y Esther echóse a reír.

—¡Qué fácil resulta perder la cabeza por un marino!

Hasta las más insignificantes palabras cobraban un sentido especial en boca de aquella deliciosa criatura.

Adentráronse todavía más en la espesura del parque y fueron a parar frente a las angostas callejuelas de Hatton Ward.

Era un lugar desierto, y White volvióse hacia Esther en una muda interrogación acerca de la dirección a seguir. Pero en aquel instante dos sombras desprendiéronse del macizo que los rodeaba, y antes de que el marino se diera cuenta de sus intenciones golpeáronle la cabeza hasta privarle del conocimiento.

Inmediatamente un automóvil se acercó desde la acera opuesta, y en él cargaron el cuerpo de White. Los dos agresores subieron al vehículo, que no tardó en perderse por aquel dédalo de tortuosas callejas.

Cuando Raymond White volvió en sí, vióse dentro de un coche marchando a gran velocidad. Su primer pensamiento fué para Esther, pero al mirar a los que le acompañaban se dió cuenta de que la joven no iba con ellos.

No podía moverse, ya que fuertes ligaduras inmovilizaban sus pies y sus manos. Tampoco le era dado proferir el menor sonido, pues una mordaza lo impedía. Resignóse a esperar el desarrollo de los acontecimientos, aunque un fuerte presentimiento le daba a entender que lo sucedido se hallaba estrechamente relacionado con sus actividades en los laboratorios de investigación atómica en Black Hills.

Ya de madrugada, el automóvil se detuvo frente a una casa situada a la entrada de un espeso bosque. Los dos hombres que le

acompañaban sacáronle del coche, conduciéndolo hasta el interior de la vivienda.

Un individuo de singular estatura y robusta complexión parecía aguardar su llegada.

—¿Os dió mucho qué hacer? —preguntó, siniestramente.

—Cuando un hombre se está enamorando, pierde la noción de lo que ocurre a su alrededor —sonrió uno de sus guardianes—. ¿Hay alguna novedad, Kritz?

—Stefan acaba de avisarme que viene hacia acá —respondió el llamado Kritz, cuya pronunciación descubría su procedencia extranjera.

Quitaron la mordaza a White y le obligaron a sentarse en un banco.

—¿Qué habéis hecho de la muchacha que iba conmigo? —Fueron sus primeras palabras, apenas recobró la facultad de poder expresarse.

—No te preocupes por ella —contestó el llamado Kritz—. A estas horas estará durmiendo con la más natural despreocupación.

—¿De modo que ella formaba parte de vuestro plan?

Una risa irónica le contestó. Y al mismo tiempo experimentó White una profunda decepción, unida a un sentimiento intenso de vergüenza, por la humillación de que acababa de ser objeto.

Fué conducido a una especie de celda y encerrado en ella después de librarle de sus ligaduras.

Por algún tiempo estuvo pensando en los propósitos que habrían inducido a aquella gente a secuestrarle en aquella casa del bosque. Tal vez no les movía otro interés que el de pedir una cantidad por su rescate; pero White no estaba muy convencido de ello.

Finalmente se tumbó en un jergón que había en el suelo y trató de descansar; pero el sueño no cerró sus párpados hasta que la luz del nuevo día entró a través de la pequeña abertura que, muy cerca del techo, daba al exterior.

Joe Stapples era un personaje importante en todo el sentido de la palabra. No sólo por ocupar una cátedra en la Universidad de Baltimore, sino también por sus últimos descubrimientos en el campo de la investigación nuclear. Había pasado los últimos días pronunciando diversas conferencias científicas, pero nadie ignoraba que lo que Joe Stapples no decía en las mismas tenía un indudable

valor, reservado para las aplicaciones en el área de la defensa nacional.

Efectivamente, hablábase mucho de la decisiva influencia que el átomo de hidrógeno poseía en la obtención de energía nuclear. Sus famosas teorías merecían la atención de las altas esferas científicas, y desde hacía quince días que Joe Stapples alternaba sus explicaciones en la Universidad con los trabajos en los laboratorios de Black Hills.

Aquella tarde Joe Stapples no se hallaba de muy buen humor. Habíase encerrado en la biblioteca y entreteníase en catalogar cierto número de volúmenes que guardaba apartados en una estantería, cuando se abrió la puerta y *Mrs. Staples* apareció en el umbral.

—Es necesario que recapacites, Joe —habló la mujer, en un tono conciliador—. ¿Te das cuenta lo que para nosotros supone la invitación del señor Walkins? Nada menos que un famoso millonario te invita, para que asistas a la fiesta que, en su nueva mansión, ofrece a sus más íntimas amistades.

—Yo no soy ninguna de esas amistades de Walkins —gruñó Stapples, sin levantar la vista del catálogo que hojeaba.

—Sin embargo, es un honor que no podemos dejar desatendido. *Mr. Walkins* tiene un hijo de veinticuatro años. Es un muchacho apuesto y, además, heredero de sus millones. Y nuestra Georgina no resulta un partido nada despreciable para un Walkins. Especialmente desde que todo el mundo habla de ti y de tu hallazgo...

—Yo no he encontrado nada —replicó Stapples, molesto—, y lo que ahora necesito buscar es un poco de tranquilidad. Así es que este fin de semana lo pasaré en Silver Oaks.

—¿En aquella choza piensas encerrarte? —exclamó la mujer, con una mueca de desprecio y repugnancia—. Jamás sabrás comportarte dignamente en las relaciones sociales. ¡Un Stapples, un sabio que puede brillar en los más distinguidos salones de la capital, recluido como un vulgar anacoreta entre media docena de árboles y una manada de gansos! ¡Bonita perspectiva para nuestra pobre Georgina! ¡Ella que podría llegar a convertirse en una de las mujeres más envidiadas y admiradas de toda América!...

Stapples arrojó con violencia el catálogo sobre la mesa y miró a

su mujer con gesto iracundo.

—¡He dicho, que no pienso ir a esa fiesta ni a ninguna otra que den esos ricachones fabricantes de conservas! ¿Acaso he de estar esclavizado para que esa gente se dé el gusto de exhibir en sus salones una colección de celebridades, como si se tratara de miniaturas? Puedes ir tú y ayudar a Georgina a pescar al heredero de los Walkins.

Mrs. Stapples se acercó a su marido en actitud de reto.

—¡Aunque te pese, iré! ¡Pero si Georgina no consigue sus propósitos sólo tú tendrás la culpa! ¡Y luego dirán que Joe Stapples es un hombre de inteligencia sin igual!... ¡Bah!

Y, con un nuevo gesto de desprecio, la señora Stapples volvió la espalda a su marido y salió de la biblioteca.

A pesar de todas las amenazas de su cónyuge, aquella misma tarde Joe Stapples sacó el coche de su garaje y se dispuso a gozar del bien merecido descanso en la soledad de Silver Oaks. Abría ya la verja del jardín, cuando su mujer le llamó desde una de las ventanas.

—¡Joe! ¡Al teléfono hay un señor que pregunta por ti! ¿Vas a subir?

—Dile que ya he salido y que estaré tres días ausente —replicó, sin importarle lo más mínimo aquella llamada.

Su mujer cerró la ventana con alguna violencia, y Stapples, con un significativo encogimiento de hombros, subió al coche y arrancó velozmente, alejándose de allí.

Ya en las afueras, aspiró a pleno pulmón el aire fresco de la campiña. Estaba dispuesto a olvidarse por un tiempo de sus clases de Física Experimental, de sus investigaciones relativas al átomo de hidrógeno y hasta de su familia.

Un potente «Studebaker» pasó por su lado como una exhalación, adelantándole. Stapples lo contempló unos instantes y sonrió irónico.

¡Qué prisa tan estúpida invade a la humanidad!, pensó el sabio, para sus adentros. ¡Correr y correr, sin otro anhelo que llegar antes a todas partes, para luego perder el tiempo lastimosamente en cosas insignificantes e inútiles!

Por ello, experimentó una especie de íntima satisfacción cuando, al cabo de un par de millas, encontróse de nuevo con el

«Studebaker», parado en mitad de la carretera, mientras sus tres ocupantes lo rodeaban, con el gesto compungido de quien acaba de sufrir una irreparable pérdida.

El que por su uniforme parecía ser el conductor, le hizo una seña para que se detuviera, y Stapples accedió.

—Perdone que le hayamos detenido, señor —habló uno de los dos viajeros—. Pero nuestro coche ha sufrido una avería y tenemos verdadera necesidad de llegar esta misma tarde a Cumberland.

—Lo siento —contestó Stapples—, pero no paso por Cumberland. No voy más allá de Silver Oaks.

—¡Magnífico! —exclamó el otro viajero—. Precisamente en Silver Oaks tenemos un amigo que nos facilitará su coche. No dudamos será usted tan amable de acceder a llevarnos hasta allí.

Stapples reprimió una sonrisa de satisfacción al constatar como su modesto «cuatro cilindros» había conseguido triunfar sobre un rival tan poderoso como aparentaba ser el imponente «Studebaker».

Quedó el chófer al cuidado del auto averiado, y los dos desconocidos subieron, para compartir el automóvil del profesor de Baltimore.

—¿Vive usted por aquí? —preguntó uno de aquellos hombres, demostrando un gran interés.

—Vivo en Baltimore —repuso Stapples—; pero paso mis fines de semana en mi retiro de Silver Oaks. Me entusiasma la tranquilidad que allá se respira.

—Su rostro no me es desconocido, señor —observó el otro viajero—. Me parece haberlo visto recientemente en alguna revista. Tal vez...

—Está confundido, caballero. Nunca me asomé a las páginas de ninguna revista... por mi propia voluntad.

Rieron los dos hombres la respuesta del profesor, que en aquel momento ponía en marcha el vehículo.

Pero el que antes hablara no demostró cejar en su empeño.

—¡Ahora recuerdo que en el pie de la foto se mencionaba el nombre de un famoso investigador, un tal Stapples!

El sabio guardó unos instantes de silencio. Finalmente, decidióse a confesar:

—Yo soy ese desventurado Stapples.

Sus acompañantes lo miraron con expresión de intenso asombro.

—¿Usted es Stapples? —exclamaron, a coro.

Afirmó el hombre, en silencio.

—¡Vaya! —sonrió uno de ellos—. Es para nosotros un gran honor haber conocido a una personalidad como usted.

—Eso es lo que diría mi esposa —replicó Stapples—. Para ella la vida ha cambiado desde el momento en que se me ocurrió divulgar que el átomo de hidrógeno encierra un poder destructivo infinitamente mayor que el del plutonio.

—¿El átomo de hidrógeno?

—Eso es. Creo que hubiera sido mejor callarlo. Desde aquel momento la vida se me ha complicado de tal forma, que ya ni tiempo me queda para cuidar de mis zanahorias y de mis gansos en Silver Oaks. Yo que llevaba allí una existencia tan feliz...

Y movió la cabeza con aire de intensa pesadumbre.

—Pero eso de ser un célebre investigador le proporcionará...

—Disgustos y nada más que disgustos. En la Universidad tengo que trabajar diez horas semanales en lugar de seis; otras quince, en los laboratorios de Black Hills. Y, por si eso fuera poco, mi mujer y mi hija me asedian continuamente para que las lleve a fiestas y recepciones, en las que sólo consigo pescar alguna que otra jaqueca.

Sus dos acompañantes, guardaron silencio. Habían dejado la carretera principal y el coche enfilaba un ramal secundario que serpenteaba por un pequeño valle cubierto, de robles y encinas.

De no haber estado Stapples enfrascado en la contemplación del paisaje, hubiera advertido un gesto sospechoso, con el cual el individuo que iba a su lado avisaba al que ocupaba el asiento, trasero.

Un fuerte golpe en la cabeza, y la deliciosa visión de un prado de verde colorido borróse instantáneamente de la mente de Stapples. Inclínó la cabeza y cayó de bruces sobre el volante, al tiempo que el hombre que se hallaba a su lado detenía el vehículo.

—¡Tenemos que apresurarnos, Bill! —habló, dirigiéndose a su compañero—. Hemos perdido cerca de media hora, y antes de que sea media noche debemos presentarnos en Ketchwoods.

Colocaron el cuerpo del profesor en el asiento posterior, luego de ligar sus manos y de haberse asegurado con una mordaza de que sus gritos no iban a comprometerles.

En el cruce del que partía el ramal de Silver Oaks aguardaba ya

el «Studebaker». Trasladaron al mismo el cuerpo de Stapples y dejaron abandonado su coche al borde del camino.

Dos horas más tarde salían a la carretera de la costa, lanzando el vehículo a gran velocidad en dirección de Richmond.

Al filo de la medianoche alcanzaban el ramal de Ketchwoods. Aguardando en él se hallaba un sujeto de siniestra catadura, cuyas ropas le daban un aspecto de vagabundo.

—¿Qué novedades hay, Buck? —preguntó el que conducía, asomando la cabeza por la ventanilla.

—¿Hubo alguna dificultad? —preguntó a su vez aquel sujeto, acercándoseles.

—Bill y yo nunca dejamos las cosas a medio hacer.

Subió el llamado Buck al coche y no tardó éste en adentrarse por el bosque.

—Kritz ha ordenado que se lleve a ese hombre al pantano —habló, al tiempo de echar una ojeada al cuerpo inmóvil del sabio, cuyos ojos miraban aterrorizados a aquel nuevo individuo.

—¿Quién quedará allí? —preguntó el llamado Bill.

—Yo me basto para eso —sonrió Buck—. Kritz dijo que el barón no tardará en llegar, y entonces habrá terminado nuestro trabajo.

Bill bostezó ruidosamente con gesto de aburrimiento.

—Habrá que ir pensando en qué gastarnos los cinco mil. ¿Todavía piensas en regresar a Oregón, Mat?

El aludido se echó a reír, sin dejar de mirar al frente.

—Cuando llegue el momento ya te avisaré, Bill.

Y pisó el acelerador a fondo, para enfilarse en la recta que se abría ante ellos.

CAPÍTULO VIII

Por las carreteras que conducían hacia el sur, los faros de dos potentes automóviles rasgaban aquella noche las densas tinieblas que envolvían el paisaje. De vez en cuando, la cegadora luz de los relámpagos iluminaba los árboles, que, a ambos bordes, agitábanse violentamente, sacudidos por el vendaval que desde hacía dos horas, habíase desencadenado sobre aquella comarca.

Una densa cortina de agua impedía a los dos vehículos forzar su velocidad sin exponerse a un serio contratiempo.

En el auto delantero iban tres hombres y dos mujeres. Llevaba las cortinillas echadas, aunque no se concebía tal precaución, ya que ninguna de las luces estaba encendida. Únicamente las bombillitas verdes y amarillentas de los mandos parecían irradiar una tenue fosforescencia, que solamente alcanzaba a quienes ocupaban los asientos delanteros. Y ello era lo que hubiese impedido a cualquiera que tratara de mirar al interior, advertir que una de las mujeres estaba amordazada y que unas fuertes ligaduras impedíanle todo movimiento.

Jessie Miller tenía cerrados los ojos, pareciendo dormir. Se hallaba recostada en un rincón del vehículo, y únicamente los movimientos de éste imprimían a su cuerpo una ligera oscilación. A su lado sentábase Stefan Bereny, que tenía a su derecha a Ruby Colley. La joven daba, asimismo, la impresión de dormir, y apoyaba, su cabeza en el hombro del profesor.

—¡Ese endiablado tiempo nos está retrasando más de lo razonable! —masculló entre dientes el húngaro, mientras que una nueva exhalación llenaba de cárdenos reflejos el interior del coche.

El sordo retumbar del trueno fué la inmediata contestación que recibió. Luego, uno de los dos hombres que iban delante volvióse ligeramente.

—No creo que se presente ninguna complicación —respondió—.

Hemos dejado atrás el cruce de Baltimore, y antes de llegar a Richmond tomaremos un ramal que da un largo rodeo, pero que nos evitará la contingencia de cruzar la ciudad.

—Hemos trabajado con demasiada rapidez —murmuró el húngaro, en tono de queja—. Faltan todavía tres días para que Ranny y «el barón» se presenten en Ketchwoods. Tenemos los planos en nuestro poder y el prisionero nos facilitará las indicaciones necesarias tan pronto llegue el momento oportuno. Con tal de que la policía no de con nuestro escondite...

Volvió a reinar el silencio, sólo interrumpido por el azotar de la lluvia contra los cristales y el rodar de la tormenta en dirección de la costa.

Sin ningún contratiempo alcanzaron el ramal que, a pocas millas de Richmond, torcía a la izquierda. Tratábase de una carretera poco frecuentada; sin embargo, su estado de conservación era bastante bueno. Pero no habían recorrido un par de millas, cuando les salió al paso el indicador de un nuevo camino: Ketchwoods.

Era más bien una especie de sendero para carruajes que serpenteaba por el bosque y que la lluvia había convertido en un barrizal.

—Con tal de que no nos atasquemos por ahí... —Soliloquió Oscar Bilkie, que era el que marchaba junto al del volante.

Bereny lanzó una extraña imprecación, indudablemente en un lenguaje que sólo él entendía. A su lado. Ruby Colley, que había despertado a causa de los bruscos movimientos del vehículo por los baches del camino, desperezábase indolentemente, mientras trataba de saber por dónde se hallaban, mirando hacia la obscuridad del exterior.

Poco más de media hora tardaron los dos vehículos en salir del bosque y rodar por terreno descubierto. Ni por una sola vez se cruzaron con ningún carruaje, así como tampoco consiguieron divisar resplandor alguno que les delatara la proximidad de una granja o aldea.

Luego el terreno fué haciéndose más abrupto, y a la salida misma de un rústico puente, bajo el cual rugían las aguas rápidas y tumultuosas de un torrente. Bereny dió orden de parar.

A menos de una docena de yardas una masa oscura delataba el emplazamiento de un edificio. A él se dirigieron, no tardando en

abrirse la puerta y recortarse en el hueco luminoso la figura de un hombre portador de un farol de petróleo.

—¡Soy yo, Kritzfel! —llamóle Bereny antes de llegar a su vera.

—¿Habéis venido todos? —preguntó el que aguardaba.

—Traemos un invitado —repuso el húngaro, con un tono cargado de malicia.

El llamado Kritzfel dirigióse hacia un lado del edificio, alumbrando un amplio portalón, que empujó con sus hercúleos hombros, quedando al descubierto la entrada de un cobertizo de techo bajo.

Colgó el farol de la pared y quedó aguardando a que los dos coches hubieran entrado allí.

Las nueve personas que habían hecho el viaje desde Nueva York, incluyendo a Jessie, no tardaron en encontrarse en el interior de aquella mansión.

Bereny le ofreció a la joven una silla, pero ella rehusó sentarse.

—Es una invitada de calidad, Kritzfel —sonrió el húngaro, mostrándola con un gesto de su cabeza—. Importante agente del Departamento Federal de Investigación, tratando de meter sus lindas naricillas en nuestra inmunda covacha. Confío en que tendrás algún sitio decente donde alojarla.

—¡Oh, ciertamente! —sonrió el ocupante de aquella casa, que, a pesar de su risa siniestra, parecía guardar cierta distinción en su porte—. No me cabe duda que podrá descansar a las mil maravillas.

—¿No sentías, Kritz, cierta inclinación por las jovencitas lindas? —insinuó odiosamente Ruby Colley, que habíase acercado al grupo que formaban los dos hombres y su prisionera.

El llamado Kritz miró a la joven y sonrió, moviendo la cabeza con aire de duda.

—Me siento preferentemente atraído por las muchachas inteligentes, cómo no dudo serán todas las que trabajan para ese privilegiado organismo. Por cierto, que mañana mismo podré ofrecerle un espectáculo digno de su rango. La señorita... ¿cómo me dijo...?

—Miller —explicó Bereny—. Jessie Miller.

—Pues la señorita Miller tendrá una patente demostración de que nuestros procedimientos para tomar declaración no tienen nada que envidiar a los empleados por los más hábiles sabuesos de ese

F. B. I.

No le dejará la menor duda de que, cuando menos, resultan muchísimo más eficaces.

Jessie les dirigió a ambos una mirada llena de indiferencia, y desdén, volviendo la cabeza hacia otro lado, como significándoles el desprecio, que le merecían.

Kritzfel hizo una seña al profesor, y éste llamó a dos de sus hombres. La joven fué conducida a una pequeña y destartalada celda en la que se veía, un rústico camastro, y sólo entonces le fué permitido verse libre de sus ligaduras.

A pesar del cansancio, que experimentaba tardó Jessie mucho tiempo en poder conciliar el sueño. Finalmente lo consiguió, pero una serie de pesadillas la hicieron revolveirse inquieta durante gran parte de la noche.

Fué despertada por el ruido que producía la puerta al abrirse. Incorporóse rápidamente, y, sentada en el camastro, vió entrar la figura, a un tiempo aristocrática y repulsiva, de Kritzfel.

—¿Cómo ha descansado usted, señorita Miller? —preguntó, con tal naturalidad que Jessie estuvo a punto de dudar si lo ocurrido la víspera no había sido otra cosa que un sueño más de los que tuviera.

—¿Qué es lo que desea de mí? —preguntó, intentando mostrarse serena.

—Anoche le prometí una sesión interesantísima para sus aficiones policíacas. Y tengo la seguridad de que no va a sentirse defraudada.

—Termine de una vez.

—Tenga la bondad de venir conmigo... —sonrió Kritzfel.

—¿Y si me niego?

—Vendrá, de todas formas —respondió su guardián, sin dejar de sonreír.

Comprendió Jessie que era inútil resistirse a gente de aquella ralea, y salió del camastro dispuesta a seguirle.

Cruzaron algunas habitaciones, cuyo recorrido sirvió para dar a Jessie una idea de la grandiosidad del edificio en el cual se hallaba prisionera. Y así fué como llegaron a un lugar donde se había reunido toda la banda que obedecía las órdenes del húngaro y de aquel excéntrico Kritzfel, el cual, por su acento, también debía

tratarse de un refugiado, dedicado a traicionar al país que le ofreciera asilo.

Al entrar, Ruby Colley le dirigió, como de costumbre, una mirada que rezumaba odio y maldad en grado sumo. Los demás limitáronse a observarla con más curiosidad que pasión.

Hiciéronla sentar en una banqueta, frente a una especie de butacón que permanecía vacío.

Recordó Jessie las palabras que Kritzfel pronunciara la víspera al darle su original bienvenida, y comenzó a sentirse intrigada por lo que iba a desarrollarse.

A un gesto del dueño de la finca abrióse una puerta, y dos hombres entraron conduciendo a un tercero. Tratábase de un individuo de cierta edad, que vestía camisa blanca y pantalón de uniforme de la Armada. Penetró en el cuarto, esparciendo sobre los reunidos una expresiva mirada de desprecio.

Obligáronle a sentarse en el sillón situado en el centro, y sus dos acompañantes procedieron a ligar sus manos al respaldo del mismo.

—¿Conoce a ese hombre, señorita Miller? —preguntó Kritzfel, dirigiéndose a Jessie.

La muchacha movió la cabeza, negando.

—¿Y usted, capitán White, ha visto alguna vez a la encantadora joven que le está contemplando?

El prisionero ni siquiera se molestó en responder.

—En este caso —siguió Kritzfel—, me veo obligado a hacer las presentaciones de rigor. El capitán White, de la Marina de guerra de los Estados Unidos, y la señorita Miller, agente al servicio del Departamento Federal de Investigación.

Los ojos del marino se fijaron con atención en Jessie. Y al hacerlo movió la cabeza con gesto compasivo.

—Ahora comprendo —murmuró—. Así, pues, también a usted le ha caído en suerte compartir la guarida de esos granujas...

—¿Es usted marino? —preguntó Jessie, comenzando a sentirse intrigada.

—Me llamo Raymond White, señorita Miller —habló aquel hombre con cierta precipitación, como si temiera que cada segundo fuera el último de su existencia—. Dos hombres se abalanzaron sobre mí cuando salía de un club nocturno y me dejaron sin sentido. No sé lo que piensan hacer, pero me temo que no sea nada

agradable. Usted será el único testigo de los procedimientos que van a emplear, y confío en que algún día podrá rehabilitar mi honor, si es que llego a perder el dominio de mis nervios...

—Me temo que de nada va a servirle, White —sonrió Kritzfel, con sarcasmo—. La señorita Miller no estará en condiciones de asegurar esa defensa, cuando se compruebe que usted facilitó a cierta potencia unos datos de inestimable valor, relativos a las investigaciones atómicas que se llevan a cabo en Black Hills.

—Me parece que está perdiendo el tiempo —repuso White, volviendo a recobrar su sangre fría—. No pienso decirles nada aun cuando me torturen hasta agotar el límite de mi resistencia.

la muchacha, que no parecía entender una palabra de cuánto en su presencia se estaba desarrollando.

—No inquiete a la señorita Miller. Nada podrá ella hacer en descargo suyo, ya que no somos tan incautos que le permitamos esa oportunidad. Cuando ya haya usted hablado de cuánto nos interesa, se sentirá más descansado y habrá llegado su hora. Será una muerte plácida y sin dolor. Luego, un tiro en la sien, y unos días más tarde aparecerá su cuerpo flotando en algunas de las playas del sur. Se harán numerosas conjeturas, pero todo permanecerá rodeado del mayor misterio, hasta la comprobación de que numerosos datos, considerados en secreto, están siendo aprovechados por una potencia extranjera. Entonces volverán a recordarle, señor White, y ya no será ningún misterio el orificio de la sien, ni la hipótesis del suicidio podrá refutarse. ¡El capitán White, sabio investigador perteneciente a la Marina de los Estados Unidos, no ha podido soportar la vergüenza de su traición y ha dado fin a su vida! Ésa será, simplemente, la última página del libro de su historia, capitán White.

El marino, que al tiempo que Kritzfel hablaba había ido quedando lívido, intentó desasirse de sus ligaduras en un titánico esfuerzo, sin conseguirlo.

—¡Canallas! —exclamó, con el rostro desencajado—. ¡Canallas y miserables sois todos vosotros! ¡Pero no pienso consentir que obtengáis nada que pueda ser provechoso para vuestros criminales designios!

—No tema usted, capitán White —intentó Jessie animarlo—. Aun cuando faltara mi testimonio, existe en nuestro país una poderosa organización anticriminal, que termina por esclarecer los más complicados crímenes y los más discutidos asuntos de espionaje. Esa organización al servicio de la justicia es el F. B. I.

Conociendo su intachable conducta y moralidad, no se dará un instante de reposo hasta conseguir llegar al conocimiento de la verdad, por muy adversas que le sean a usted las pruebas presentadas.

Una fuerte risotada cerró las palabras de la joven.

—Ya lo ve usted, capitán White, como no se debe desanimar. En todas partes hay amigos, y nadie podía decirle a usted que los iba a

encontrar en este solitario refugio. No dudo que se sentirá reconfortado con las esperanzas que acaba, de proporcionarle la encantadora señorita Miller.

Bereny, que durante aquel interrogatorio habíase mantenido nervioso, intervino, acercándose a Kritzfel.

—Me parece imprudente prolongar ese espectáculo, Kritzfel. ¿Por qué no terminamos ya de una vez?

Kritzfel volvióse hacia uno de los hombres que estaba a su espalda y le hizo una seña. El sujeto aquél se acercó provisto de una jeringuilla hipodérmica. Ayudado por uno de sus compañeros clavó la aguja en el brazo del capitán, quien lo observaba todo con signos de evidente desasosiego.

Unos segundos después White cerró los ojos y quedó sumido en un profundo sueño. Jessie lo observaba, intrigada por lo que allí iba a ocurrir. Bereny salió unos instantes, y regresó llevando una extraña cajita de metal, que entregó a Kritzfel. Éste se dirigió a la muchacha.

—Vea usted qué gracioso animalito —le dijo, mostrándole la caja, provista de un cristal que permitía ver su contenido.

Jessie miró a su través y descubrió una especie de libélula que permanecía inmóvil con las alas plegadas hacia arriba. Era un animalito atractivo, aunque dotado de un aspecto que sobrecogió el ánimo de la joven. Sin saber por qué, intuyó Jessie que algo terrible se encerraba en la minúscula cajita de metal.

Apartó la vista de aquella especie de jaula, para fijarla en el capitán White. Parecía dormir sosegado, bajo los efectos del misterioso inyectable que acababan de introducir en su cuerpo.

—¿Sabe lo que significa eso? —insistió Kritzfel, observando a la joven, mientras una sardónica sonrisa aparecía en su rostro.

—Supongo que será alguno de sus repugnantes instrumentos para desembarazarse discretamente de sus víctimas.

Kritzfel le volvió la espalda para dirigirse hacia el inconsciente White.

—Le falta fantasía para formar parte de un cuerpo como el F. B. I.

—rezongó, entre dientes—. Observe bien lo que va a presenciar, señorita Miller. Tiene una sola probabilidad entre mil de librarse de la suerte que le espera al hombre que tiene delante. Y si tal cosa

sucediera, podrá algún día escribir en sus Memorias los procedimientos utilizados por uno de los cerebros menos vulgares con quien tuvo que enfrentarse.

Ahora ya no le cabía a Jessie la menor duda de que ante ella se hallaba un ser desequilibrado, lleno de vanidad y orgullo. Kritzfel era un fatuo, aunque pudiera muy bien tratarse de un ser diabólico, que manejaba aquella cuadrilla de residuos del hampa para la obtención de sus criminales propósitos.

Vió como se acercaba a White y aplicaba sobre su brazo izquierdo la cajita de metal que contenía el temible animalito. Luego tiró de una lámina, sin sacarla del todo, y se puso a observar por el cristal que cubría la parte superior del recipiente.

Sólo unos segundos permaneció en tal actitud. Volvió a correr la tapa que había separado y, quedóse observando con profunda atención el brazo del marino. Luego llamó al birmano, que permanecía en un rincón de la estancia, y le entregó la cajita.

—Un animalito con tan inofensivo, aspecto de libélula, y, sin embargo, resulta muchísimo más peligroso que otras terroríficas especies conocidas —habló como consigo mismo, mientras volvía junto, a la joven.

—¿Es preciso que continúe aquí? —preguntó Jessie, haciendo ademán de levantarse.

—Todavía le queda por ver la parte más interesante —la contuvo Kritzfel con un ademán—. Dentro de media hora asistirá a la más notable transformación de un hombre. ¿Acaso no le interesa? —preguntó, con una mueca de extrañeza...

—Preferiría no estar presente.

—Siento no poder complacerla —replicó, con cierta brusquedad.

Y se volvió de espaldas, comenzando a dar largos paseos por la habitación.

Algunos de los componentes de la banda habían salido de allí, y sólo permanecían con los dos prisioneros Kritzfel, Bereny y Oscar Bilkie, que era el encargado de custodiar a la muchacha. Todos parecían haberse desentendido de ella, y paseaban de un lado para otro, como si aguardaran la llegada de alguien.

Jessie cerró los ojos. Presentía que algo desagradable iba a tener lugar antes de que transcurriera mucho tiempo, y por primera vez su ánimo comenzó a desfallecer. Su pensamiento voló hacia Ben, de

quién se había separado frente a la mansión de Scalbert, y al cual ya no volvió a ver. Confiaba en que, siguiendo al birmano Zidam, habría conseguido localizar el escondite de la banda y descubrir la inscripción a medio hacer que, con ímprobos esfuerzos, consiguió trazar en el muro de la habitación.

Un apagado gemido la obligó a abrir los ojos. El capitán White recobraba el conocimiento y paseaba su mirada imprecisa por las paredes del cuarto.

Los tres hombres se encontraban junto a él, y en aquel mismo instante entraba Ruby Colley acompañada de otro individuo. Tanto la muchacha cómo su acompañante llegaban provistos de sendos cuadernos en blanco, y, al parecer, dispuestos a tomar apuntes de cuánto White les revelara.

Jessie observó como todos tomaban asiento, colocándose Kritzfel y Bereny al lado del marino, en tanto que Oscar volvía junto a ella, situándose con los codos apoyados en el respaldo del sillón que ocupaba...

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Kritzfel, inclinándose sobre su prisionero, para evitar que éste perdiera una sola de sus palabras.

White intentó levantar una mano, pero las ligaduras se lo impidieron. Las miró con cierto gesto de sorpresa, y entonces Kritzfel dió una orden a Oscar, quien se acercó al preso y le libró de las cuerdas que lo inmovilizaban al sillón:

—¿Cuál es su nombre? —repitió Kritzfel, con voz clara.

—Raymond White —contestó el marino, pasándose una mano por la frente.

—¿Edad?

—Cuarenta, y siete años.

—¿Es usted capitán de navío White?

—Sí.

—¿En dónde presta sus servicios?

—Actualmente estoy comisionado por mi Departamento para trabajar en los laboratorios de Black Hills.

—¿En qué concepto?

—Soy ingeniero y me he especializado en cuestiones relacionadas con la energía nuclear.

—¿Es cierto que se están realizando investigaciones con inmejorables resultados para la obtención de un elemento más

fácilmente desintegrable que el plutonio?

Por primera vez fijó White sus ojos en los de Kritzfel, y pareció presentar alguna resistencia a contestar esta pregunta.

—¡Tiene que responder a lo que le digo, White! —exigió Kritzfel, enérgico.

—Es cierto —respondió el marino.

Jessie sintió que un intenso malestar comenzaba a invadirla. Desvió los ojos de White para pasear su mirada por los reunidos en aquel cuarto. Todos tenían su atención fija en el prisionero; únicamente Ruby Colley y el joven que sentábase a su lado iban tomando notas de cuánto iba revelando el marino.

Ahora comprendía la terrible eficacia de aquel insecto de inofensiva apariencia, cuya particularidad esencial consistía en incapacitar al sujeto para oponer la menor resistencia a los requerimientos de cualquier extraño.

El capitán White, poco antes reacio en absoluto a someterse a las exigencias de sus aprehensores, mostraba ahora una completa docilidad, respondiendo a cuantas preguntas se le formulaban y facilitando tal cantidad de datos relativos a las investigaciones secretas de Black Hills, que Jessie no pudo por menos que asustarse al pensar en la terrible fuerza que suponía para sus enemigos la revelación de tales fórmulas y procedimientos de experimentación.

Cerca de una hora duró aquel interrogatorio. White comenzaba a dar muestras de intranquilidad y cansancio, y fué entonces cuando Kritzfel decidió dar por terminado su experimento. Hizo una seña a Oscar, quien se le aproximó, cogiéndola de un brazo para ayudarla a levantarse.

Una vez en su celda, Jessie echóse de bruces sobre el camastro y ocultó el rostro entre las ropas. Un terror invencible habíase apoderado de todo su ser, paralizando su capacidad de reacción.

Fué el ruido de la puerta, al ser introducida una llave en la cerradura, lo que la hizo levantarse con presteza. Corrió hacia una estrecha abertura que daba al exterior, y asíóse, presa de intenso pánico, a los barrotes que la obturaban.

Desde allí podía divisar una parte del bosque y el camino por el que habían llegado la víspera. Una figura encorvada avanzaba por él bajo el peso de un haz de leña. Tratábase de un anciano de blanca barba que aquel momento acababa de dejar el haz en el

suelo, y, cubría su cabeza con un ancho sombrero de paja. En sentándose sobre él, sacaba una pipa, dispuesto a encenderla.

Jessie volvióse un momento, y vió la figura de Stefan Bereny contemplándola, inmóvil, desde el umbral. ¿Y si llamara la atención del viejo, gritando para darle a conocer su situación? Pero inmediatamente advirtió la puerilidad de su pensamiento. Lo único que con ello conseguiría sería perjudicar al pobre hombre, envolviéndole en un asunto del que era completamente ajeno.

De pronto lo vió rascándose ambas sienes con las yemas de los dedos, en un rápido movimiento de rotación. Y, al advertirlo, su corazón pareció cesar de latir en su pecho.

¡Era aquél el gesto característico de alguien a quien conocía muy bien y que practicaba en los momentos de verdadera incertidumbre! ¡Sólo había visto realizar el mismo gesto a una persona, y esta persona era Ben Scott! ¿Era posible que, a poca distancia de allí, se hallara el hombre a quien suponía muchas millas, al norte?

En aquel momento, Oscar Bilkie, ayudado del birmano, sacaba uno de los automóviles de la casa. Al pasar por delante del viejo le dirigieron una mirada de indiferencia, y ni siquiera se molestaron en corresponder a su reverente inclinación.

¡No le cabía ya la menor duda de que Ben se encontraba husmeando por aquellos alrededores, confiando, sin duda, en su agudeza y astucia para librarla de aquellos desalmados! Al ver a Zidam habría tenido la prueba de que sus pesquisas no iban mal encaminadas.

Entonces volvióse hacia Bereny. Continuaba en la puerta, observándola atentamente. Pero ya Jessie había perdido una gran parte de su temor, e incluso se permitió sonreírle para disipar sus recelos.

—Celebro hallarla más animada, señorita Miller —dijo el húngaro—. Necesitamos algunas indicaciones, y no dudo se mostrará dispuesta a facilitarlas voluntariamente.

—¿Qué es lo que necesitan saber? —preguntó, con marcada frialdad.

—Venga conmigo y se lo diré.

Dirigió una última mirada al exterior. El anciano que despertara sus sospechas se había ya levantado, y, cargándose el haz a la espalda, continuaba su camino con paso torpe y lento.

¿Y si se hubiera equivocado y no fuese Ben el hombre que se alejaba por el bosque?

Sin embargo, no era posible aquella coincidencia. Y si Ben había descubierto su paradero, no iba a tardar en ingeniárselas para entrar allí y librarla de la pandilla de asesinos capitaneada por Kritzfel, y el húngaro.

Sólo era cuestión de ganar todo el tiempo posible y simular acceder a cuantas pretensiones se le hicieran.

—Está bien —respondió, acercándose a Bereny.

Salió Jessie de la celda, y, acompañada por el húngaro, subió hasta una de las habitaciones del piso superior. Tratábase de una especie de laboratorio y en él descubrió a Kritzfel, manipulando cerca de un amplio ventanal. Indudablemente era aquél el lugar donde los diabólicos componentes de la banda realizaban sus terribles experimentos.

CAPÍTULO IX

Antes de que hubieran transcurrido los diez minutos señalados por Ben en su entrevista con McQuander, él compareció con su automóvil para recoger a los agentes que debían acompañarlo. Eran cinco los designados por el inspector, y entre ellos reconoció a Mike Carry, uno de sus mejores ayudantes.

—¿Cómo te has olido eso? —preguntóle, no sin cierto asombro.

Mike le guiñó un ojo, significativamente.

—Estaba aguardando esta ocasión, Ben. Además, Jessie está por medio, y siempre he sentido un verdadero aprecio por la chica. Recuerda que...

Ben cogióle de un brazo, obligándole a entrar en el coche.

—No debemos perder un instante, Mike. Ketchwoods está muy lejos y esa gente nos llevan un adelanto de muchas horas.

Partió el automóvil llevando a sus seis ocupantes. Durante el trayecto apenas si cambiaron algunas palabras relativas al caso. El pensamiento de Ben se hallaba fijo en Jessie, y no sentía el menor interés por la conversación que reiteradamente intentaba entablar su amigo.

Ya en las inmediaciones de Richmond desvió el vehículo por un ramal que, según las indicaciones del plano que le entregara McQuander, conducía a los bosques de Ketchwoods. Una pequeña aldea que hallaron al paso sirvió a Ben para montar en ella, la base de las operaciones que pensaba emprender. Cuatro de los agentes quedaron en tal lugar, en espera de recibir sus órdenes para cuando fuesen necesarios.

Media hora más tarde. Ben y Mike salían ocultamente hacia Ketchwoods. Una perfecta caracterización daba a Ben el aspecto de un viejo leñador, mientras que Mike denotaba todas las trazas de uno de los campesinos de la región.

En las inmediaciones del pantano hallaron una cabaña

deshabitada. Quedaron los dos muchachos en partir cada uno por distinta dirección y reunirse allí al anochecer, para darse mutuamente cuenta de los resultados.

La zona pantanosa y los bosques de Ketchwoods ocupaban una extensión de unas cuatro o cinco millas cuadradas. Más allá comenzaba la aridez de la costa, desnuda y pedregosa. Muy pocas viviendas encontrábanse por aquellos alrededores, pero ninguna de ellas presentaba el menor aspecto de ocultar a una banda de tan poderosa organización como era aquélla, que había conseguido apoderarse de los planos del profesor Scalbert.

En vista de ello, Ben decidió profundizar en dirección de la costa. Hallando una carretera que debía enlazar con algún pueblo de por aquellos alrededores, decidió seguirla.

No había caminado más allá de una milla, cuando, distinguió a lo lejos la masa sombría de una recia construcción. Un fuerte presentimiento le llevó a detener su marcha y adentrarse en el bosque. Recogió un buen haz de ramas secas y desgajadas de los árboles, atándolo luego con unas lianas que encontró. Luego lo cargó a sus espaldas, saliendo de nuevo al camino.

Avanzaba por él con paso vacilante y cansino. Encorvábale hacia delante, agobiado, al parecer, por el peso de aquella carga que había recogido, sin levantar su mirada del suelo y tosiendo a intervalos, para terminar escupiendo hacia un lado con evidente despreocupación.

Al llegar a poca distancia de la casa se detuvo dejó caer su carga a tierra. Sentóse al borde del camino, sacando una pipa que llevaba en el bolsillo y la encendió sin demostrar el menor apresuramiento. Al mismo tiempo observaba la casa en sus menores detalles.

De pronto sintió que su corazón le daba un fuerte vuelco en el pecho. De un cobertizo salían dos hombres en aquel momento, empujando un automóvil. ¡Y uno de aquellos individuos era el birmano a quien él siguiera desde el domicilio del profesor Scalbert hasta la tienda de antigüedades de Burcey Road!

¡Había dado con el escondrijo de aquella pandilla, y era preciso actuar rápidamente antes de que levantaran el vuelo! Fué entonces cuando, con las yemas de los dedos, frotóse ligeramente las sienes en un movimiento de rotación, acción que fué sorprendida por Jessie Miller desde su encierro. Era aquél un gesto característico en

Ben y del que se valía en los momentos en que se le planteaba algún dilema, ayudándole a pensar más rápidamente para resolverlo.

El birmano y su acompañante pasaron frente a él, sin molestarse siquiera en contestar a su inclinación de cabeza. Los vió sacar el automóvil al camino, sin duda alguna para proceder a su puesta en marcha.

Echó una última e indiferente mirada a la casa y se dispuso a reanudar su camino. Cargó el fardo de leña, y a los pocos momentos se perdía por el extremo opuesto del camino por el que llegara.

La casa quedaba ya oculta entre la arboleda. Ben y desvióse hacia el bosque, y, arrojando el fardo, se alejó dando un pequeño rodeo.

Una hora más tarde llegaba a la cabaña. En la misma se hallaba ya Mike aguardándole.

—¡Esa gente está muy cerca de aquí, Mike! —le dijo, sofocado por la carrera realizada—. ¡Es preciso que vayas en busca de los demás para rodear la casa esta misma noche!

—¿Y Jessie?

—Supongo estará dentro. Habrá que proceder con sumo cuidado.

Mike movió la cabeza, pensativamente.

—Es un mal asunto, estando ella entre esa gente.

Ben no contestó. Salió a la puerta de la cabaña y quedóse mirando hacia el exterior. Unos instantes después entraba de nuevo.

—Ve en busca de los agentes —decidió—. Hallaréis la casa a unas dos millas de aquí, en el camino que conduce a la costa. No os mováis de los alrededores hasta que yo de la señal de intervenir. Si observas algo anormal, tú mismo tomarás las medidas que creas convenientes. ¿Entendido, Mike?

—Eso ya tiene más visos de sentido común —sonrió Carry—. ¡Buena suerte, Ben!

Estrecháronse las manos y Ben salió de la cabaña para regresar a la casa del bosque, mientras Mike hacia lo propio en dirección opuesta.

Antes de abandonar la espesura, examinó Ben el funcionamiento de su automática y la provisión de cargadores de repuesto.

Cuando llegó a las inmediaciones de la casa era ya de noche. Una intensa iluminación advertíase a través de sus ventanas, lo que

probaba una febril actividad entre sus moradores.

Acercándose con la natural cautela dió la vuelta hasta colocarse frente a su parte posterior. Una rápida ojeada le permitió descubrir una canal de desagüe que le facilitaría el acceso a una de las ventanas del piso superior.

La iluminación de la morada y su falta casi total de vigilancia demostraron a Ben que aquellos individuos proyectaban estar en ella muy poco tiempo; posiblemente en aquellos momentos estarían preparando la huida a lugares más seguros.

Evitando todo ruido que pudiera delatar su presencia a los del interior, arrimóse Ben al edificio. Tanteó la canal y comenzó a escalarla. Su solidez le permitió en poco tiempo ganar la repisa del piso superior.

Arrimado al muro alcanzó una, de las ventanas. La empujó suavemente y comprobó, con la natural alegría, que cedía a su presión. Sentóse en el marco, y con un rápido y ágil movimiento saltó al interior.

La obscuridad era allí absoluta. Sacó la automática, dispuesta para cualquier desagradable eventualidad. En su izquierda estaba la linterna. Oprimió el botón conmutador, y un brillante haz de luz rasgó las densas tinieblas que lo envolvían.

Se encontraba en un cuarto de pequeñas dimensiones. Sólo un camastro y una vieja banqueta daban al lugar cierto aire de estar habitado. Avanzó hasta la puerta y la abrió con sumo cuidado. Daba a un pasillo, débilmente iluminado por una bombilla que se encendía al final del mismo. A su derecha, vió Ben una escalera que descendía al piso inferior. Iba a dirigirse a ella, cuando el rumor de unos pasos que parecían subir le hizo retroceder con presteza hasta la habitación que acababa de dejar.

Con la automática preparada en su diestra atisbó por la tenue abertura de la puerta sin cerrar. Pronto dos sombras surgieron a su derecha y avanzaron por el pasillo hacia donde él se hallaba oculto.

A pesar de la débil iluminación, Ben reconoció a Jessie en la que marchaba delante. Caminaba erguida, y su andar no carecía de la firme resolución que otras veces advirtiera en la joven.

Esperó a que llegaran hasta la altura de la habitación, y entonces juzgó llegado el momento de intervenir. Abrió la puerta, y, antes de que el que custodiaba a Jessie se diera, cuenta de lo que ocurría,

vióse encañonado por un arma que surgía de la obscuridad del cuarto.

—¡No des un paso más, o eres hombre muerto! —le conminó con voz imperiosa, aunque en un grado que no podía ser percibida más que por los que allí estaban.

El hombre se detuvo, paralizado por la sorpresa, mientras que Jessie ahogaba una exclamación de alegría.

—¡Oh, Ben! ¿Cómo has podido...?

—¡Le prevengo que a la menor voz de alarma que dé a sus compinches voy a matarle como a un perro! ¿Ha comprendido?

El otro seguía inmóvil, sin reponerse de su estupor. No obstante, afirmó con la cabeza, mientras un brillo de odio comenzaba a refulgir en la obscuridad de sus pupilas.

—¡Ten cuidado con esa gente, Ben! —Hablóle Jessie, cogiéndose de su brazo—. ¡Corres un gran peligro si conocen tu presencia!

Ben entregó a la joven la linterna que había guardado en uno de sus bolsillos.

—Entra ahí dentro, Jessie.

Obedeció la muchacha, y un haz de luz llenó la habitación.

Ben había cogido a su prisionero de un brazo, obligándole a penetrar en dicha pieza.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó a Jessie.

—Uno de los jefes de la organización —respondió Jessie—. Me ha tenido más de una hora haciéndome preguntas acerca del F. B. I.,

y de los propósitos que tenemos respecto de su banda.

—¿Cómo se llama?

—Los demás le llaman Stefan. Me amenazó con someterme a la picadura de ese bicho que tienen encerrado en una cajita de metal. ¡Es horrible lo que sucede, Ben!

Bañado por el haz luminoso de la linterna de bolsillo, Bereny observaba a su aprehensor con una cínica sonrisa brotando de la comisura de sus labios. No había duda que, a pesar de lo ocurrido, seguía considerándose dueño de la situación.

—Tienes que salir de aquí, Jessie —le dijo Ben, sin dejar de vigilar al húngaro—. Sólo hay dos caminos: la puerta y la ventana. Y creo que este último es el que ofrece menos riesgo.

—¿Entraste por ella, Ben?

—Sí. Hay un saliente de unas seis u ocho pulgadas que pasa por debajo la ventana y que te permitirá llegar hasta la canal de desagüe del tejado. ¿Sabrás bajar por ella?

—Demasiado sabes que sí, Ben.

—¡Apresúrate, pues, Jessie! Dentro de unos segundos puede ser demasiado tarde. Silba al llegar abajo. Luego te escondes en el bosque hasta que llegue Mike Carry con algunos hombres. Deben estar ya en camino.

Jessie se dirigió a la ventana y descolgóse por ella hasta que sus pies alcanzaron el saliente.

—¡Adiós, Ben! —murmuró, en voz baja—. ¡Buena suerte!

Sosteniendo con una mano la linterna que enfocaba la figura de Stefan Bereny, mientras con la otra empuñaba la automática, aguardó Ben la señal que debía indicarle la llegada de Jessie al pie del edificio. Pero cuando ésta se produjo lo fué de muy distinta manera a como Ben esperaba.

Un agudo chillido de alerta resonó en el silencio de la noche, al tiempo que unas voces de alarma escucháronse en la obscuridad del exterior.

Por un momento olvidóse Ben de su prisionero, y se abalanzó hacia la ventana, presintiendo la trampa en que acababa de caer la muchacha; pero era imposible distinguir desde allí lo que ocurría abajo. Luego, al volverse hacia Bereny, se dió cuenta de que había salido del cuarto y corría hacia el final del pasillo, dando un grito de alarma.

Lo alcanzó en el momento de entrar en una habitación en la que había gran profusión de luz...

—¡Ben!

El grito de Jessie le llegaba apagado y bastante confuso. Estaba debatiéndose entre sus aprehensores, que, indudablemente, habían observado que algo anormal estaba ocurriendo por aquella parte.

Por su parte, Bereny debía encontrarse desarmado, ya que no intentó siquiera defenderse de su acometida. Pero al saltar Ben sobre él encogióse rápidamente, y ambos hombres rodaron por el suelo unidos en estrecho abrazo. La pistola que sostenían los dedos del muchacho escurrióse por la violencia del encontronazo yendo a parar a un rincón del cuarto.

Ben Scott sentíase sorprendido por la tenaz y furiosa resistencia

ofrecida por su contrincante. Había juzgado erróneamente la capacidad física del húngaro, ya que le estaba resultando más difícil de reducir de lo que en un principio creyera. Por otra, parte, temía que, de un momento a otro, la puerta del cuarto se abriera, dando paso a los compinches del forajido, que no tardarían en dar cuenta de él.

Pero los segundos iban transcurriendo lentamente, y sólo la resistencia de Stefan Bereny tenía que vencer.

Ahora habían conseguido ponerse de pie y sus puños eran los que jugaban su turno en aquella pelea decisiva. Acometíanse con fiereza, como dos luchadores en el cuadrilátero, aunque eran tantos los objetos que estorbaban sus movimientos, que, en algunas ocasiones, limitábanse a contemplarse a ambos lados de una silla o mesa.

Así fué como Ben se dió cuenta de que se encontraban en una especie de laboratorio, como el que viera en el desván de la casa de Burcey Road. Una gran profusión de vasijas, probetas, tubos de ensayo y los más variados recipientes se alineaban en grietas y estanterías.

Oyóse, partiendo del exterior, el rumor de un automóvil, y por un momento abrigó la esperanza de que Mike y los otros agentes estuvieran llegando; pero el ruido del motor cada vez más lejano no tardó en desengañarle.

Vió como Bereny habíase apoderado de un hierro y se dirigía hacia él con intenciones bien manifiestas. Aguardó firmemente su acometida, y al producirse ésta esquivó con hábil ademán el golpe que iba a descargar el húngaro. Casi instantáneamente su puño salió disparado contra el rostro del malhechor, alcanzándole plenamente y derribándole sobre una de las mesas, que se vino al suelo con gran estrépito, a causa de los cacharros que en ella había.

Ben Scott avanzó sobre Bereny para rematar su obra, y ya iba a llevar a cabo su propósito, cuando observó que, de entre la cristalería destrozada al caer la mesa, salía una legión de animalitos, revoloteando inquietos, mientras brillantes destellos desprendíanse de sus cuerpos alargados, al ser heridos por los resplandores de las lámparas del techo. Los más próximos al caído lanzáronse sobre él, como avispas enfurecidas, clavando sus aguijones en las manos y rostro.

Ben advirtió en una fracción de segundo el peligro tan espantoso que corría, y en dos saltos ganó la puerta, saliendo al pasillo y volviéndola a cerrar. Con el revés de la mano enjugó el sudor que perlaba su frente. Adivinaba la terrible suerte que le estaba reservada al húngaro, víctima de las acometidas de los martyx que utilizaba para sus repugnantes fines.

Ningún sonido le llegaba a través de la puerta que acababa de cerrar, lo que le demostraba que Stefan Bereny había perdido el conocimiento. Por otra parte, aunque hubiera querido librarle de las acometidas de los terribles insectos, no le hubiera sido posible. Una sola picadura de martyx era mortal, y en aquellos momentos ya Bereny habría recibido docenas de ellas.

Dejó de preocuparse de su antagonista y dedicóse a considerar el aspecto de su propia situación.

Aun cuando la iluminación de la casa continuaba, ni un solo ruido delataba la presencia de sus ocupantes. Era indudable que habrían escuchado las llamadas del húngaro, pero nadie se apresuraba a subir en su ayuda.

O bien aguardaban a que él saliera de su escondite para atacarle, o los secuaces de Bereny habían huido, llevándose una vez más a la joven Jessie Miller.

No tenía una sola arma para defenderse. La pistola con la que mantuvo a raya a su enemigo había quedado en un cajón del laboratorio, sin darle tiempo para recogerla la precipitación de su huida. Tenía, pues, que valerse de su astucia si deseaba seguir manteniendo a sus adversarios en el error en que los suponía respecto al número y la calidad de los asaltantes de la casa.

Examinó una a una las restantes habitaciones del piso alto, sin que en ninguna de las mismas hallara nada digno de interés. Luego, comenzó a bajar los escalones. A medida que iba haciéndolo, afianzábase en él la convicción de que toda la pandilla de adictos a Bereny había huido, temiendo enfrentarse con una legión de policías asaltando la casa.

En efecto, unos minutos más tarde terminaba la inspección del edificio, sin hallar rastro alguno de ser viviente.

Salió al exterior y registró detenidamente los alrededores. Había huellas de neumáticos en el camino que conducía a la carretera, pero desde allí resultaba poco menos que imposible seguir su

dirección.

Al pie de la canal que le sirvió para escalar el muro halló el gracioso pañuelito de seda que Jessie anudaba alrededor de su cuello, y que en la lucha sostenida con sus aprehensores debió perder. Lo tomó con un irreprimible temblor, llevándolo luego a sus labios. Luego lo guardó en uno de sus bolsillos y regresó a la carretera.

No pasó mucho tiempo en su espera. Un rumor procedente del bosque le dió a entender que Mike Carry y sus agentes estaban rodeando la casa.

Silbó la señal convenida, y a los pocos segundos Mike se dejó ver detrás de un macizo de arbustos.

—¡Mike! —llamó Ben, dirigiéndose hacia él.

El agente salió provisto de una «Thompson» ligera, no del todo convencido de que fuera Ben quien lo llamaba.

—¿Qué ocurre?

—¡Se han llevado a Jessie! ¡Acaban de huir todos, menos un tal Bereny, que está arriba!

Mike dió una orden y todos los agentes se reunieron con ellos.

—¡Registrad bien los alrededores! —les ordenó—. ¡Hay que encontrar la pista de los que han huido!

—¡Arriba tenemos algo que hacer! —gritóle Ben, mientras volvía hacia la casa.

Mike lo siguió, reuniéndose a él cuando comenzaba a subir la escalera.

—¿Crees que no habrá peligro? —le preguntó.

—Espero que no; al menos en lo que a ese sujeto se refiere. El peligro se encuentra en unos pequeños animalitos que andan sueltos por allí.

—¿Te refieres a esas libélulas de que habló McQuander?

Afirmó Ben con la cabeza. Se había detenido y parecía reflexionar.

—Es preciso que saquemos a ese hombre del cuarto. Voy creyendo que va a sernos de mucha utilidad.

—Pero...

—Sí; reconozco qué va a resultar un poco difícil; pero no podemos dejarlo allí.

Retrocedió Ben Scott, y, ya fuera de la casa, recogió un manojo

de ramas secas con profusión de hojarasca. Seguidamente buscó unos trapos, con los que vendó sus manos y rostro, dejando únicamente visible la parte de los ojos y una rendija que le permitiera respirar.

—Puedo ayudarte, Ben —insinuó Mike, comprendiendo los propósitos de su amigo.

—Será mejor que aguardes fuera. Creo que yo sólo conseguiré sacarlo.

Subieron hasta el laboratorio, deteniéndose en la puerta, que seguía cerrada. Ben encendió una cerilla y prendió fuego al manojo de ramaje que llevaba al efecto. Las llamas prendieron rápidamente, mientras una densa humareda se levantaba hacia el techo.

—No abras la puerta hasta que me oigas llamar —le avisó.

Mike asintió en silencio y se hizo a un lado. Inmediatamente entró Ben en el cuarto. Vió la figura vacilante del húngaro moviéndose alrededor de una de las mesas, como si no supiera salir de aquel círculo vicioso que se había trazado. A su alrededor los martyx evolucionaban, acosándole despiadadamente. Era terrorífica la predilección que aquellos bichos sentían por la sangre humana.

Agitó Ben aquella antorcha humeante y se dirigió hacia Bereny. Inmediatamente, la legión de las libélulas alejóse hacia el fondo del cuarto, asustadas por el fuego que se les venía encima.

Ben Scott cogió al húngaro de un brazo y lo arrastró violentamente hacia la puerta. Mike debió oírle acercarse, ya que abrió ésta, permitiendo a los dos hombres salir de allí.

—¡Uf! —exclamó el muchacho, mientras se despojaba de aquellos vendajes con los que, como medida de precaución, habíase protegido contra los insectos—. ¡Un poco más y no lo resisto!

Entretanto, Mike sostenía al abatido Bereny, que lo miraba todo con estúpida expresión.

Lo condujeron hasta la planta, en donde se hallaban ya dos de los agentes que habían reconocido los alrededores.

—¿Habéis visto algo? —preguntóles Mike.

—Con esta obscuridad no es posible distinguir nada —contestó uno de ellos.

—Las huellas de unos neumáticos —explicó el otro— se pierden en la carretera. Indudablemente tomarían la dirección de la costa, ya que, de lo contrario, los hubiéramos hallado al venir nosotros

hacia acá.

Ben colocó a Bereny en uno de los sillones, procediendo a examinar las huellas que los agujones de los martyx habían dejado en su cara y sus manos.

—Uno que ha sido víctima de su propia ambición —sentenció en voz baja, mientras movía la cabeza, lentamente.

—¿Qué piensas hacer con él? —preguntó su amigo.

—Lo mismo que él hizo con Scalbert. Obligarle a que nos diga dónde se hallan los planos y el lugar al cual se dirigen sus compinches.

Mike rascóse, pensativo, la cabeza.

—Me gustará ver cómo lo consigues. Esas historias de las libélulas han conseguido intrigarme.

Ben Scott quedóse de pie frente a Bereny, y con los brazos en jarras permaneció algunos segundos observándolo fijamente.

—Su nombre es Stefan Bereny, ¿no es así? —preguntó rápidamente.

El húngaro levantó los ojos, en los que aparecía una expresión muy distinta a la que habitualmente tenían.

—Sí —murmuró, con voz apagada.

Ben hizo una seña a Mike, para que tomara apuntes de cuánto aquel hombre llegase a declarar.

—¿El nombre del jefe de la banda?

—Kritzfel.

—¿Y los demás?

—Jeff Anderson, Oscar Bilkie, Jesster, Hovel, Ranny...

—¿Y la muchacha?

Bereny pareció vacilar.

—¿Cuál es el nombre de la muchacha que os acompaña? —insistió Ben.

—Ruby Colley.

—¿Todos trabajáis para ese Kritzfel?

—Sí; pero él trabaja para otro.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé —respondió Bereny—. Lo conocemos por el sobrenombre de «el barón». Es un rumano que reside en la Argentina.

—¿Quién guarda los planos del «Y.L.6» de Scalbert?

—Kritzfel.

—¿Es él quien debe entregarlos al barón?

—Sí.

—¿Cuál es el precio?

—Quinientos mil. Pero somos varios a repartir.

Ben sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Quién mató a Scalbert? —preguntó, acercándose más a su prisionero.

—Una martyx.

—Lo sé; pero me interesa saber quién la aplicó.

—Ruby. Consiguió llegar hasta su despacho.

—¿Y los planos?

—Oscar y Jeff los recibieron del profesor; pero estaban incompletos.

—¿Faltaba algo?

—Les trozos centrales. Estaban en blanco, y sólo llevaban dibujada la imagen de un Buda.

—¿Y era en el Buda donde se contenían los trozos restantes?

—No. El Buda sólo tiene anotada la clave.

—Un tres, un cinco y un doce. ¿No es eso? —inquirió Ben, recordando los números que viera anotados en la figurilla que Scalbert guardaba en su biblioteca.

—Exacto. Los tres correspondían con los relieves del Zodíaco en el zócalo de la biblioteca. Allí estaban los trozos que faltaban.

—¿A dónde han ido Kritzfel y los demás de la banda?

—¿Se han marchado? —preguntó Bereny, con un gesto de incredulidad.

—Así es. Y te dejaron sólo para que te entendieras con nosotros. ¿Sabes dónde está su escondite?

—Tal vez en el pantano.

—¿Tal vez?

—Allí hay una choza que puede ofrecer un buen refugio. A menos que...

Ben aguardó anhelante a que Bereny terminara la frase; sin embargo, lo vio hacer un gesto de cansancio y pasarse una mano por la frente.

—¿Quieres un cigarrillo, Bereny?

Afirmó el húngaro en silencio.

Ben le colocó un pitillo en los labios y lo encendió.

—Decías que Kritzfel debe encontrarse en la choza del pantano; a menos que...

—Que el barón haya avisado por radio de que adelanta su llegada. Y se presente esta misma noche a recoger los planos.

—¿Cuál es la nación interesada en esos planos?

—No lo sé.

—Y ese barón, ¿en qué lugar tiene que recibir los planos que le entregará Kritzfel?

—En la caleta de las Tres Vírgenes.

Ben se volvió hacia Mike.

—¿Detalla el plano ese lugar?

Mike desdobló la carta y la consultó por breves instantes.

—Está, Ben —dijo, simplemente.

—En este caso, mientras unos vamos a la choza del pantano, los demás pueden vigilar los alrededores de la caleta.

Hizo Ben además de haber terminado el interrogatorio. Sin embargo, todavía se volvió hacia el húngaro.

—Te acometieron los martyx, Bereny... —dijo—. ¿Hay algún antídoto para combatir su picadura?

—Ninguno.

Ben hizo un expresivo gesto con la cabeza y salió de allí. En el exterior reunióse Mike Carry.

—Crees que ha dicho la verdad, ¿no es así? —preguntó, con cierta ironía en su sonrisa.

—No me cabe la menor duda —contestó—. Mientras hablaba, estuve observando como los lugares afectados por las picaduras de esos insectos adquirían un tinte verdoso con trazos violáceos.

—Y eso, ¿qué significa?

—Significa que Stefan Bereny no vivirá más allá de media hora.

CAPÍTULO X

A unas tres millas del bosque de Ketchwoods se encontraba el cruce de las dos carreteras más importantes que atravesaban la región. En el mismo cruce había un puesto de gasolina, cuyo encargado lo estaba, a la vez, de un pequeño restaurante.

Aquella noche, Tom Dagget, que así se llamaba tal personaje, no tenía otra compañía que la de dos policías, los cuales, provistos de sus motocicletas, habían llegado al cruce media hora, antes.

—¿Y ese White es un personaje importante? —preguntaba en aquel momento a sus interlocutores, mientras, sentados en un banco, gozaban de la fresca brisa de la noche.

—No cabe duda que lo es —contestó uno de los guardias—. De lo contrario, no habría sido movilizada toda la policía del distrito.

—Ignoraba que la vida de un marino fuese tanpreciada para tomarse tanta molestia.

—La vida de cualquier ciudadano de los Estados Unidos merece la consideración del Estado; sin embargo, es evidente que ese capitán White debe ser un personaje excepcional. Nunca vi una rigurosidad igual en las consignas que acaban de dársenos.

—¿Y cómo saben que anda por ahí?

El guardia se encogió de hombros, para evidenciar su ignorancia respecto a lo que se le preguntaba.

—Algo se habrán oído cuando han ordenado una estrecha vigilancia en todos los caminos.

En aquel instante escuchóse el ruido del motor procedente de un coche que se acercaba por la parte de Ketchwoods. Pronto los dos haces luminosos de los faros rasgaron la obscuridad, iluminando la blanca fachada del edificio.

—Ahí tienes un cliente —habló el guardia de más edad, mientras se recostaba indolentemente en el banco.

En efecto, el automóvil se acercaba a la casa, con el propósito

indudable de hacer provisión de gasolina.

Tom Dagget se levantó para dirigirse al poste, y el más joven de los guardias hizo lo propio, dispuesto a acompañarle.

—Creo que sería conveniente echar un vistazo —dijo a su compañero, a modo de justificación.

—¡Bah! —replicó éste—. Se nos ha indicado que vigilemos bien los ramales procedentes de la costa. Este coche viene del interior, y forzosamente ha cruzado el empalme de Richmond.

—Tal vez tengas razón —vaciló el policía—. Sin embargo, no estará de más que eche una ojeada...

Y se dirigió hacia el vehículo, que en aquel momento se detenía frente al cobertizo.

Un individuo acababa de apearse y hablaba con Tom mientras destapaba el depósito.

—¿A dónde se va, amigo? —preguntó, acercándose al que se hallaba en tierra.

—Norfolk —contestó el otro, sin volverse siquiera.

El policía miró a través de los cristales de las ventanillas, percibiendo algunas sombras que permanecían inmóviles.

—Den la luz, hagan el favor —rogó, amablemente—. Es necesario.

—Se ha estropeado —habló el hombre—. Ésos son mis amigos.

El policía sacó su linterna de bolsillo y enfocó el interior del vehículo. Y lo primero que vió fué el rostro amordazado de una mujer, cuyos ojos desorbitados se dirigían hacia él.

—¿Qué significa esto?

Y fué a sacar el arma que llevaba en su funda, pero un disparo cortó su acción.

Herido de muerte, desplomóse en el acto, mientras el conductor del vehículo subía rápidamente al mismo y lo ponía en marcha.

Desde el cobertizo comenzaron a disparar. Era el compañero del guardia muerto, que desde lejos había sido testigo de lo sucedido. Pero los del coche iniciaron un nutrido tiroteo, que le obligó a refugiarse tras una de las columnas.

En el momento de arrancar el vehículo, un segundo coche aparecía por el recodo. El guardia salía de su escondite y vaciaba su cargador contra los que huían; pero una descarga que partió del coche que llegaba le derribó a muy pocos pasos de su compañero

caído.

Tom Dagget, que apenas comenzó el tiroteo había echado a correr hacia el interior de la cantina, asomó su asustado semblante por una de las ventanas, y al ver que los dos coches se alejaban a toda velocidad, descolgó el teléfono y llamó con toda urgencia al puesto de policía de Shalow River. Luego, ayudado por su mujer, que había acudido alarmada, marchó en busca de los cuerpos de los agentes, que aparecían tumbados a poca distancia del poste de la gasolina.

Un leñador ofrecióse a Ben y a Mike para, servirles de guía hasta el pantano. Era éste un peligroso lugar con grandes espacios cubiertos de agua y plantas acuáticas, mientras que en otros una capa de lodo constituía un serio peligro para quienes, desconociendo sus características, aventurábanse en él.

Podía afirmarse que el pantano de Ketchwoods estaba deshabitado, y aun cuando podían encontrarse algunas chozas, toscamente construidas, no eran sino refugios y apostaderos de los cazadores que acudían a dicho lugar atraídos por la abundancia de patos silvestres y otras aves acuáticas.

Por espacio de una hora estuvieron recorriéndolo, sin encontrar nada que despertara sus sospechas. Las chozas permanecían deshabitadas y sin señales de haber sido ocupadas en bastante tiempo.

Comenzaban a desanimar, cuando una luz brilló de pronto en la espesura. Ben apretó el brazo de Mike y le indicó aquel tenue resplandor.

—Creo que hemos dado con lo que buscábamos —le dijo, en voz baja.

Con infinitas precauciones acercáronse allí. La cabaña se hallaba enclavada en la parte superior de un ligero promontorio, y por su construcción no difería en nada de las demás.

Cinco minutos más tarde la habían rodeado; sin embargo, extrañábase el muchacho de que no se advirtiera una mayor actividad por los alrededores. Por de pronto, resultaba bastante problemático que un automóvil pudiera acercarse hasta la puerta de aquella casa.

Acompañado de Mike, marchó Ben hacía dicha construcción y llamó a la puerta.

Escuchóse un leve ruido en el interior, y el resquicio de luz que salió de la ventana se apagó instantáneamente.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz, con duro acento.

—¡Abre! —exigió Ben, mientras apercibía su ametrallador «Thompson», que uno de los agentes habíale llevado.

—¡Necesito saber quién anda por ahí! —repitió la voz de antes.

—Voy a contar hasta cinco —replicó Ben—. Luego dispararé contra la puerta.

Comenzó su cuenta, en alta voz, llegando al final de la misma sin que la puerta se moviera un ápice.

Apretó el gatillo, y una ráfaga de plomo mordió los carcomidos maderos. Seguidamente, de un fuerte empujón, franqueó la entrada.

—¡Que nadie se mueva, o abraso a todo el mundo! —gritó, amenazador, mientras se acercaba a la choza.

Mike encendió la linterna, y entonces vieron que uno sólo era el ocupante de la cabaña.

—¿En dónde se han metido los demás? —preguntó, imperioso.

Un individuo de siniestro aspecto los contemplaba desde el interior con muestras de gran indecisión.

—No sé de qué me habla —respondió, secamente—. Yo vivo aquí solo.

—Eso es lo que vamos a ver —respondió, entrando decidido.

Dos de los agentes habían entrado con ellos, y con sus reflectores iluminaban la estancia. Uno de los mismos acercóse a la lámpara que colgaba del muro y la encendió.

En tanto Mike Carry vigilaba al misterioso ocupante de la choza, Ben levantó el travesaño de la puerta que había al fondo, y entró en la otra pieza. Un hombre de revuelta y poblada barba lo contemplaba desde uno de los rincones. Su rostro estaba demacrado y la expresión de sus ojos reflejaba el horror y la desesperación en que se le había sumido.

—¿Quién es usted y qué hace en esta cabaña? —preguntó Ben, adivinando que se trataba de una nueva víctima de aquellos malhechores.

—Me llamo Joe Stapples y soy profesor de Ciencias en la Universidad de Baltimore.

—¿Usted es el famoso investigador Stapples, el mismo que lanzó su famosa teoría acerca de la importancia que tiene el átomo de

hidrógeno en la obtención de energía nuclear?

Afirmó el hombre con un gesto de su cabeza. Y Ben pudo ver como sus ojos se iluminaban de gozo.

—¿Cómo ha venido a parar aquí, señor Stapples?

—Hace dos días salí de Baltimore para pasar el fin de semana en el campo, cuando unos desconocidos me pidieron que les llevara en mi coche. Cuando más descuidado estaba, me golpearon hasta dejarme sin sentido. Cuando recobré el conocimiento me vi en este cuarto, vigilado por ese demonio que hay ahí fuera.

—¿No hay nadie más con usted?

—En estos dos días no he visto más que a ese hombre; pero esta tarde me dijo que debía estar preparado para salir en dirección a otro lugar. Sospecho que estaban esperando a alguien.

—Así, pues, todavía no han venido —murmuró Ben para consigo mismo.

Volvióse hacia la puerta y se dirigió hacia el guardián del profesor Stapples.

—De modo que esperabas a Kritzfel y su gente, ¿no es eso?

El hombre no se movió de donde se hallaba, como si no hubiera comprendido su pregunta.

—Te prevengo que cuando llegue tu hora hablarás más de la cuenta —le conminó. Y, dirigiéndose a Mike, añadió—: Esa gente se han olido algo y han tomado otro rumbo.

—¿Crees que preparan ya la huida por mar?

—Es lo más probable.

Mike sacó el mapa de aquélla, región y lo extendió sobre la mesa. Junto a ellos, uno de los policías, colocaba las esposas al ocupante de aquella choza, en tanto el otro atendía a *Mr.* Stapples.

—Nosotros nos encontramos aproximadamente por aquí —y Mike señaló con su índice un punto de la zona pantanosa de Ketchwoods. Seguidamente corrió el dedo, deslizándolo sobre un trazo en negro—. Ésta es una carretera que conduce a Shalow River y que, a una milla de donde nos hallamos, se cruza con la que baja desde Richmond.

Buscó Ben con la mirada al campesino que los guiara hasta allá, y lo vio inmóvil en la puerta.

—¿A qué distancia, nos encontramos del cruce? —preguntó.

—No llega a un par de millas, señor —respondió.

—¿Puede encontrarse algún teléfono por estas inmediaciones?

—En el mismo cruce hay un poste de gasolina. Allí podrá comunicar con Shalow River, que es el lugar más inmediato.

Ben hizo una seña a Mike, quien dobló el plano, guardándolo de nuevo.

—Podemos ir hasta el cruce y pedir algunos refuerzos al puesto de Shalow River. Si pudiéramos conseguir una lancha a motor...

—No creo que sea difícil. Mientras tú te acercas a la caleta por tierra, yo lo haré por la parte del mar. Al mismo tiempo me traeré media docena de hombres.

Ordenaron a uno de sus acompañantes que se llevara al detenido, y, al propio tiempo, acompañara a *Mr. Stapples* a la aldea. Los demás fueron hasta donde dejaron oculto el automóvil. Pero no hacía ni cinco minutos que se habían separado, cuando el ruido de un motor les dio a entender que un coche se acercaba, por la carretera de la costa.

Posiblemente se trataría de algún pacífico viajero; pero era aquel camino tan poco concurrido, que Ben decidió aguardar en la espesura.

Poco después percibiera claramente como el vehículo se detenía en su marcha, lo que no dejaba de resultar singularmente sospechoso.

Sólo acompañaban a Ben Scott y a Mike Carry dos de los agentes. Los demás habían sido distribuidos para realizar determinadas misiones.

Apostáronse entre los árboles y aguardaron a que apareciera el nocturno visitante del pantano. No tardaron en escuchar voces apagadas y el rumor de unas pisadas por el sendero que conducía a la cabaña. Ben oyó como uno de los agentes preparaba la «Thompson», y, al mirar a Mike, advirtió análogas precauciones. Sacó la automática que le había dejado su amigo y esforzóse en descubrir a los que llegaban.

Las pisadas iban acercándose, y no tardó en distinguir dos sombras hacia el claro que por aquella parte dejaban los árboles. Marchaban apresuradamente, y era evidente que tenían prisa por terminar con el propósito que les llevaba hasta tal sitio.

Criando se hallaban a unas quince yardas, Ben les dió el alto.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó.

Rápidamente los dos hombres se arrojaron al suelo.

—¿Eres tú, Buck? —preguntó uno de ellos.

—Soy el inspector Ben Scott de la Brigada Especial —contestó.

No había terminado la frase cuando una ráfaga de ametrallador partió de la maleza y silbaron los proyectiles por encima de donde se hallaban. Mike y los guardias contestaron en igual forma, pero ya los que acababan de llegar no replicaron. Hecho el silencio, escucharon el ruido precipitado de sus pasos en la espesura.

—¡Ve hacia el coche, Mike! —le gritó Ben, mientras echaba a correr tras ellos—. ¡Procura evitar que puedan escapar en él!

Mike y uno de los guardias se dirigieron a la carretera, en tanto Ben y el otro agente se adentraban en el pantano.

Desde alguna distancia oyeron los disparos de la «Thompson» hechos indudablemente contra el vehículo, circunstancia que fue corroborada por el hecho de no escucharse el ruido del motor alejándose de allí.

Desde alguna distancia pudo Ben distinguir a los dos hombres moviéndose al borde de la superficie líquida. La luz de la luna iluminaba aquel lugar y sus siluetas recortábanse sobre el fondo metálico de las aguas.

Disparó el guardia que lo acompañaba, y uno de los individuos cayó de costado, yendo a parar de cabeza a la ciénaga que en aquel momento trataban de evitar. El otro siguió corriendo, yendo a parapetarse tras el tronco derribado de un ciprés. Desde allí comenzó a disparar contra sus seguidores.

Ben y su acompañante no se movieron de la espesura. Desde allí podían ver el cuerpo inmóvil del forajido, con la cabeza hundida en el cieno y las manos crispadas en una de las raíces que emergían de la orilla.

—No te muevas de aquí —murmuró al oído del policía que lo acompañaba—. Yo daré un rodeo y procuraré sorprenderlo por la espalda.

Se alejó, ocultándose en la espesura de cipreses. Pero las irregularidades de aquel suelo, lleno de raíces y ramaje, dificultaban considerablemente su propósito. Buena prueba de ello fué el hecho de que el forajido desvió la dirección de sus disparos, haciéndolo hacia el lugar por donde él estaba cruzando.

De pronto Ben le oyó lanzar una maldición. Y dejando su

refugio, echó a correr hacia el pantano.

Aquel hombre debía estar herido, ya que huía completamente desconcertado y tropezando con las raíces que se enredaban a sus pies.

Ben le conminó a que se entregara, pero lejos de obedecer, el malhechor volvióse contra él, disparando frenéticamente. Echóse a tierra en el preciso momento que su acompañante repelía la agresión. Vió como aquella sombra vacilaba y se desplomaba herida de muerte.

Unos instantes después se les unían Mike Carry y el otro agente. Los tres componentes de la banda que habían acudido en busca de su compinche y de Stapples, habían dejado sus vidas al borde de aquella ciénaga que se extendía entre el mar y las proximidades del bosque de Ketchwoods.

Cuando alcanzaron el cruce adivinaron al instante que algo anormal ocurría. Unos cuantos policías se agrupaban alrededor de una ambulancia, que se hallaba detenida junto al poste de gasolina.

Dos agentes, provistos de ametralladoras ligeras, les dieron el alto. Ben y Mike se apearon y marcharon hacia ellos.

—Soy el inspector Scott, de la Brigada Especial del F. B. I.

—les dijo, al tiempo de mostrarles su insignia—, y me acompañan los agentes Carry, Smith y Thurson.

El sargento que mandaba la patrulla se acercó en aquel momento y examinó la documentación que le presentaba Ben.

—Precisamente acaba de comunicárseme de Nueva York que se encuentra usted por aquí, inspector Scott —dijo el policía, saludando militarmente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Unos individuos que iban en dos coches dispararan contra dos hombres nuestros y marcharon seguidamente en aquella dirección.

—¡Eran ellos! —exclamó Ben, volviéndose hacia Carry—. ¡Es preciso ir a la caleta de las Tres Vírgenes antes de que consigan escapar!

—Estoy a su disposición, inspector Scott —ofrecióse el sargento.

—Perfectamente. Facilítame dos de sus hombres para que me acompañen a la caleta. Usted, con otros dos o tres, podría ir con el agente Carry y ver de hacerse con una lancha a motor.

—En Shalow River tenemos una lancha rápida para la vigilancia de la costa —repuso el policía—. Podemos ir en ella.

Ben les dió las últimas instrucciones y separóse de ellos. En unión de Thurson y dos de los agentes locales subió al automóvil, marchando hacia la costa.

A un cuarto de milla del lugar escogido se apearon. Uno de los policías, conocedor de aquellos parajes, les guió hasta la caleta de las Tres Vírgenes.

Desde el borde del risco contempló Ben el lugar iluminado por el plateado resplandor de la luna. Una estrecha franja arenosa distinguíase a unos cincuenta pies debajo de ellos, desde la cual les llegaba el rumor del oleaje deshaciéndose en blanca espuma.

—Sólo hay un acceso desde tierra —habló junto a él el policía de Shalow River.

Y señaló un estrecho sendero que descendía serpenteando entre las peñas, a muy pocos pasos de donde se hallaban.

Inclinándose sobre el acantilado, trataron de percibir algún rumor que les indicara la presencia en la caleta de seres humanos; pero nada se oía, fuera del rodar del oleaje. Por lo demás, ninguna embarcación se distinguía por aquellas cercanías.

Transcurrieron quince minutos de angustiosa espera. De pronto, de la parte del mar llegó el apagado

«tap-tap»

de una lancha a motor.

—¿Crees que pueda ser la lancha en que viene vuestro sargento? —preguntó Ben a uno de los policías.

—Ese motor no es el de nuestra lancha —contestó.

—En este caso ha llegado el momento de bajar a la caleta —decidió el muchacho.

Una lucecita se encendió en aquel momento sobre la oscura superficie de las aguas. Brilló por espacio de breves segundos para apagarse de nuevo. Inmediatamente volvió a encenderse, repitiendo la misma operación a intervalos regulares.

—¡Están haciendo señales! —dijo Thurson a su espalda.

No hubo terminado la frase, cuando abajo, sobre las peñas, brilló la respuesta.

—Aguardad aquí hasta que oigáis la señal de que os necesito —advirtióles Ben Scott—. He de impedir que se lleven a Jessie.

Comenzó el descenso a la caleta, evitando cualquier ruido que pusiera a los de abajo, sobre aviso. El sendero quedaba en sombras, lo que por el momento le facilitaba mucho la labor.

Cuando le faltaban unas treinta yardas para alcanzar la franja de arena, descubrió a sus enemigos. Eran, al menos, siete, y en aquel momento intentaban facilitar la maniobra de la lancha a motor que estaba a punto de ganar la playa.

Entonces fué cuando Ben percibió el rumor de otra canoa que se acercaba. Sin embargo, tenía la seguridad de que los de la playa no se habían dado cuenta, debido al hecho de impedírsele el ruido del oleaje.

Agazapándose entre las rocas, continuó descendiendo. A intervalos se detenía para tratar de localizar a Jessie. Una sombra tendida en la arena le causó un vivo sobresalto. No podía precisar si se trataba de la muchacha, pero su inmovilidad le daba a entender que algo anormal le sucedía.

Había llegado el momento decisivo. Pero para llegar hasta sus enemigos tenía que atravesar una gran extensión de la playa. Sin embargo, no podía vacilar, ya que la lancha acababa de atracar y dos de los hombres habían pasado a ella.

Fué entonces cuando la blanca canoa de la policía dobló la punta de la caleta y enfiló la bahía.

Ben echó a correr, al tiempo que disparaba al aire por dos veces consecutivas. Hubo un movimiento de alarma entre los malhechores, y de lo alto le llegó la respuesta de Thurson y los guardias.

Media docena de fogonazos rasgaron las tinieblas de la caleta. Tres de los individuos se echaron a tierra, mientras los demás saltaban precipitadamente a la embarcación. Entonces vió que tenían cogida a Jessie y que iban a sacarla de allí.

No podía disparar hacia la lancha y optó por hacerlo contra los que desde la arena protegían la huida. Por el sendero escuchábanse los pasos precipitados de Thurson y los dos agentes, en tanto que la lancha de la policía aceleraba su marcha para cortar la retirada.

Un aullido de rabia le dió a entender que había dado en el blanco. Se levantó y echó a correr hacia la lancha, disparando sin cesar. Vió como los otros dos que estaban tumbados en la arena intentaban hacer lo propio, pero una ráfaga que partió a su espalda

cortó la acción de los malhechores.

La canoa ya se apartaba de la costa y viraba para dirigirse a alta mar. Desde ella le hicieron algunos disparos, que levantaron surtidores de arena a su alrededor.

—¿Le ha ocurrido algo, inspector? —preguntó Thurson, corriendo hacia él.

—¡Vigila a éstos que hay en la orilla! —contestó, señalando a los tres heridos.

Al pasar junto a la forma que viera tumbada en la arena inclinóse sobre ella, intrigado. Tratábase de un hombre en mangas de camisa y vistiendo pantalón de marino. Estaba muerto, y aquella circunstancia no dejó de extrañarle. Pero no podía perder el tiempo.

Acercóse a la orilla y gritó a Mike para que se acercaran a recogerlo.

Desvióse la lancha, y unos segundos más tarde saltaba Ben dentro de ella.

—¡Debemos seguirlos, pero hay que ir con cuidado al disparar! —advirtió a Mike Carry—. ¡Jessie va con ellos!

Comenzó aquella persecución, y pronto dejóse ver la extraordinaria potencia de la lancha policía. La distancia que separaba las dos embarcaciones iba reduciéndose, y ya les era posible distinguir las siluetas de sus ocupantes moviéndose sobre cubierta.

Unas cuantas detonaciones partieron de sus enemigos, pero el vaivén de la embarcación hacía impreciso el blanco.

—Llevamos una buena ametralladora a bordo, inspector —le dijo el sargento.

—No es posible utilizarla por el momento. Un agente femenino se encuentra en poder de esa gente, y no creo conveniente precipitarnos.

Hubo un silencio, interrumpido solamente por el runruneo de los motores.

De pronto vio Ben la silueta de Jessie Miller recortándose sobre el fondo luminoso del firmamento. Era evidente que los forajidos la habían sacado a cubierta para evitar los disparos de sus perseguidores.

—¡Canallas! —murmuró Ben entre dientes, mientras sus puños se crispaban en un gesto de impotencia.

Pero en aquel momento ocurrió algo inesperado. De un salto desasíose Jessie de sus aprehensores y se arrojó al agua. Inmediatamente unas fuertes imprecaciones partieron del bando enemigo, al tiempo que disparaban para hacer infructuoso el gesto de la muchacha.

—¡Ahora ha llegado el momento de disparar! —gritó Ben.

La ametralladora de a bordo y la «Thompson» de Mike Carry puntearon rabiosamente la calma de la noche. Por su parte, Ben se había acercado al que gobernaba el timón y le señalaba el lugar por el que acababa de desaparecer Jessie Miller. Al llegar allí, pararon el motor.

Despojóse el muchacho de su chaqueta y se arrojó al agua. Buceó hasta cierta profundidad, pero en aquellas negruras resultaba prácticamente imposible ver nada. Subió a la superficie en el preciso momento en que se encendía el reflector de la canoa.

Mike le gritó algo que no pudo comprender y le señaló hacia su derecha. Entonces vió como el agua se agitaba y la cabeza de Jessie asomaba a la superficie.

En media docena de brazadas llegó hasta ella, y la asió por un brazo. La lancha se había aproximado a ellos y sus ocupantes ya les tendían las manos, ayudándoles a subir.

Depositaron a Jessie sobre unas lonas, casi inconsciente por la larga inmersión sufrida. Y la persecución fué reanudada.

Ahora el fuego cruzado por los ocupantes de las dos embarcaciones era nutrido y tenaz. Algunos impactos escucháronse en el casco de la canoa, pero sin afectar ninguna de sus partes esenciales. A proa, el sargento y Mike Carry disparaban furiosamente sus ametralladoras. Cada vez era menor la distancia, y ya, a lo lejos, se divisaba la silueta de un yate, del que sin duda alguna había partido la lancha que recogiera a Kritzfel y su gente.

De pronto una llamarada acompañada de una fuerte explosión surgió ante ellos. La embarcación enemiga había volado, alcanzado su depósito de gasolina por los disparos de las ametralladoras.

En menos de un minuto la embarcación se hundió. Cuando Ben y sus acompañantes llegaron al lugar del siniestro, sólo pudieron encontrar a dos supervivientes.

—¡Tenemos que seguir buscando hasta dar con Kritzfel y el barón! —ordenó Ben.

Pero aun cuando continuaron la búsqueda por espacio de media hora, no pudieron encontrar ningún nuevo ocupante de la lancha incendiada.

Arrodillado junto a Jessie, asistía Ben a su retorno a la realidad. Abrió los ojos, y al verlo inclinado sobre ella, le sonrió dulcemente.

—Ya no debes temer nada, Jessie —le dijo suavemente—. Todo ha concluido... y ha concluido bien.

—Entonces... —murmuró la muchacha—. ¿Ese Kritzfel...?

—Ha desaparecido entre las olas, lo mismo que sus colaboradores.

—¡Oh, Ben! Es esto tan hermoso, que me parece un sueño...

Ben tomó una mano entre las suyas y la oprimió con fuerza.

—Tengo que decirte algo importante, Jessie —habló a su oído—; algo que ya quise decirte cuando apurábamos nuestras vacaciones en Silwell Springs.

Los ojos de Jessie buscaron los suyos, animándole.

—¿Recuerdas cuando nos interrumpió el recado de McQuander? Pues entonces iba a decirte que... iba a pedirte que... ¡Jessie! ¿Es que no me oyes?

La muchacha había cerrado los ojos, pero su respiración era tranquila.

—¿Es que no me oyes, Jessie? —Remitió Ben, mientras golpeaba cariñosamente su mejilla.

Pero la joven continuaba sin moverse. Entonces adivinó que no le oía.

—¡Diablos! —exclamó, pasándose una mano por la frente—. ¡Con qué oportunidad se desmayan las mujeres!...

CAPÍTULO XI

Estaba terminando de arreglar las maletas, cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

—Ben Scott al habla —dijo, con un gesto de impaciencia.

—¡Hola, Ben! —habló la voz de Mike Carry—. Me ha dicho Mac que te has tomado unas vacaciones. ¿Es cierto?

—Es cierto, Mike. Ahora mismo iba a salir para la estación. Jessie debe estar aguardando.

—Enhorabuena, Ben —rió Carry—. ¿Y adonde pensáis ir a descansar?

—Esta vez no lo digo a nadie, Mike. Ni el propio Mac sabrá el punto al cual me dirijo.

—Yo soy un buen amigo tuyo, Ben. Y, además, un modelo de discreción.

—Lo siento, Mike —replicó con sorna—. Ahora ya no me fio ni de mi propia sombra. Ya te escribiré cuando vaya a regresar. Adiós, Mike.

—Buen viaje, Ben. Y no dejes de saludar a Jessie en mi nombre.

Colgó el auricular y se dirigió a la estación. Jessie estaba ya aguardándole, y al verle llegar, corrió a su encuentro.

—¿Estás seguro que no te han seguido, Ben? —preguntóle con picardía.

—No es probable —sonrió Ben Scott—. ¿Para qué van a molestarse?

Jessie no contestó. Cogióse de su brazo y se dirigieron hacia el andén.

—Estuve hablando con Mac —le contó mientras se dirigían a su departamento—. Han conseguido capturar a los elementos de la banda del húngaro que permanecían aquí.

—¿Y de Kritzfel?

—Encontraron su cadáver en una playa cercana a Norfolk.

También aparecieron los de cinco de sus secuaces, entre ellos el de la muchacha que les ayudaba, y un sujeto rumano a quien llamaban «el barón».

—¿Y lo de White?

—Todo está arreglado. Se ha enviado el informe con tus declaraciones al Departamento de Defensa.

Jessie frunció el entrecejo como si recordara algo que le era desagradable.

—¡Qué bichos más terribles! Jamás hubiera, imaginado...

—Una brigada especial consiguió destruir los que quedaban en la casa de Ketchwoods. Tuvieron que llenar de gas venenoso la habitación en donde quedaron en libertad. El doctor Grant ha pedido que le reserven un ejemplar para su colección.

—Prefiero no volver a oír hablar de ellos, en toda mi vida.

Echóse a reír el muchacho en el preciso momento que el tren arrancaba de la estación.

Tres horas más tarde apeábanse en una pequeña estación del Estado de Maine. Un extraño carruaje los llevó hasta un caserío perdido entre altas montañas.

—¿Qué aldea es ésta, Ben? —preguntó Jessie, con un gesto de asombro.

—Se llama Minniton. Es un lugar tranquilo e ideal. Ni siquiera hay teléfono.

Jessie se echó a reír, divertida.

—Veo que lo has previsto todo.

—Escarmenté una vez en Silwell Springs —sonrió Ben—. Y no volverá a suceder. Nadie sabe que estamos aquí.

Media hora después, en una rústica posada que les ofreció hospedaje, descansaban de las fatigas del viaje. En el comedor había otros dos huéspedes, y los muchachos optaron por salir de allí, hasta un mirador que daba al valle y que en aquellos momentos estaba desierto.

—Esto me recuerda la tarde que dejamos Silwell Springs —habló Ben, señalando el magnífico paisaje que se extendía ante ellos.

Jessie lo miró, con un mohín de picardía bailando en sus labios.

—¿Ha corregido ya la señora Evans su modo de preparar esos guisos que tanto te horrorizan?

—Es cierto, Jessie —asintió Ben, armándose de valor—. Es

necesario que terminemos la conversación de aquella tarde. Pero ahora voy a empezar por el final.

—¿Te refieres a...?

Ben Scott la rodeó con sus brazos, pero en aquel preciso instante salió a la terraza el dueño de la posada seguido de un muchacho de unos quince años.

—¿Dijo usted llamarse Ben Scott? —preguntó algo cohibido.

—Sí —contestó Ben, malhumorado por la interrupción.

—Ese chico trae un mensaje urgente para usted, señor. Viene del pueblo cercano y ha recorrido cinco millas.

—Eso ya me lo temía yo —murmuró Ben con desaliento—. Vamos a ver ese mensaje.

Y tomó el papel que le alargaba el joven. Con gesto nervioso lo desdobló. Sólo contenía dos palabras:

«Felicidades — Mike»

—¿Qué ocurre, Ben? —preguntó Jessie, intrigada. Ben le entregó el mensaje, y la muchacha lo leyó—. ¿Cómo habrá podido...?

—No lo sé, Jessie. Aquí suceden unas cosas muy extrañas. Pero esta vez nadie me toma la delantera.

Y ante la mirada atónita del posadero y del mensajero que lo acompañaba, Ben Scott estrechó a Jessie entre sus brazos y la besó.

FIN

Un sabio inventor logra crear un nuevo tipo de estabilizador, que, aplicado a las alas de los aviones, evitaría muchos accidentes...

Pero las fuerzas del mal, representadas por una banda de malhechores internacionales, quieren apoderarse de tan prometedor invento para sus siniestros fines, pero...

Lea y admírese de la forma en que el famosísimo autor PETER DEBRY consigue en su nueva novela

LOS BUITRES NEGROS

desarrollar una interesante narración que desde sus comienzos cautiva al lector por su emotividad y ritmo trepidante.

LOS BUITRES NEGROS.

será ofrecida a los lectores de la Colección

SERVICIO SECRETO

en su próximo número.

¡¡Haga reservar su ejemplar con tiempo!!

Colección BISONTE

TITULOS PUBLICADOS

1. — El caballero del Oeste. *Raf Seggram.*
2. — Tempestad en el Valle Maldito. *Michael Kuss.*
3. — Tom, "El Ingenuo". *Raf Seggram.*
4. — Kansas, "El Espía". *James Neuman.*
5. — Jack, "El Lince". *Raf Seggram.*
6. — "Sonrisa de Nieve". *M. de Silva.*
7. — La senda sangrienta. *Michael Kuss.*
8. — El paria de Liliville. *Raf Seggram.*
9. — La última hazaña. *Michael Kuss.*
10. — El solitario. *Raf Seggram.*
11. — El fanfarrón. *Alan Richmond.*
12. — La reina de Sol Poniente. *Michael Kuss.*
13. — Máscara gris. *Raf Seggram.*
14. — Los cuervos del Lago Salado. *Michael Kuss.*
15. — El asalto de la diligencia. *L. Cripps.*
16. — La muerte salió de ronda. *Raf Seggram.*
17. — La justicia del yanqui. *M. de Silva.*
18. — El jinete siniestro. *Michael Kuss.*
19. — El aprendiz de vaquero. *Raf Seggram.*
20. — Los lobos de Sierra Blanca. *Michael Kuss.*
21. — Las tres promesas de Big-Boy. *A. Luis Pérez.*
22. — El usurpador. *Michael Kuss.*
23. — La gran dama. *Raf Seggram.*
24. — El paso tenebroso. *Michael Kuss.*
25. — Rifle certero. *Alan Richmond.*
26. — El rey de las llamas. *Michael Kuss.*
27. — El regreso de John Wild. *Raf Seggram.*
28. — La ley del desierto. *Michael Kuss.*
29. — El rancho misterioso. *H. Enberg.*
30. — Larty, "El Simpático". *Raf Seggram.*
31. — El indomable. *Michael Kuss.*
32. — Intriga en el Oeste. *M. de Silva.*
33. — La ciudad fantasma. *Michael Kuss.*
34. — Batalla de titanes. *Raf Seggram.*
35. — La senda del desierto. *M. Kuss.*
36. — El club de los hombres pacíficos. *Raf Seggram.*
37. — Sobre el abismo. *R. C. Lindsmall.*
38. — Cinco condenados. *Michael Kuss.*

- 39.— El señorito del Este. *Michael Kuss.*
- 40.— El sembrador de tormentas. *Raf Segrram.*
- 41.— Los buitres de Trinidad. *Michael Kuss.*
- 42.— El vencedor de la muerte. *D'Olay.*
- 43.— El Zanquilargo. *Michael Kuss.*
- 44.— El novato y el "gunman". *Juan Silva.*
- 45.— Los jinetes de la pradera. *Michael Kuss.*
- 46.— El cacique. *Raf Segrram.*
- 47.— El forastero. *Michael Kuss.*
- 48.— Dan el aventurero. *H. Enberg.*
- 49.— El rebelde. *M. Kuss.*
- 50.— El puma. *Raf Segrram.*
- 51.— La voz del diablo. *Michael Kuss.*
- 52.— El maligno Duddley. *M. de Silva.*
- 53.— El lobo solitario. *M. Kuss.*
- 54.— Los valientes. *Raf Segrram.*
- 55.— Connole, hijo de Connole. *Alone Gregory.*
- 56.— La senda perdida. *Michael Kuss.*
- 57.— El reducto de Sierra Brava. *R. C. Lindsmall.*
- 58.— El aguilucho. *Raf Segrram.*
- 59.— La mina sangrienta. *Walter Higgins.*
- 60.— "Gunman" y caballero. *M. de Silva.*
- 61.— Tierra de nadie. *Michael Kuss.*
- 62.— El cantor de Cedar. *Raf Segrram.*
- 63.— Connole salva el apuro. *Alone Gregory.*
- 64.— El "cow-boy" y la reina. *M. de Silva.*
- 65.— El protegido. *Raf Segrram.*
- 66.— Por el honor de Roy. *M. de Silva.*
- 67.— De hombre a hombre. *Raf Segrram.*
- 68.— El valle codiciado. *R. C. Lindsmall.*
- 69.— El buitre de Overton. *Raf Segrram.*
- 70.— El guerrillero de Tejas. *M. de Silva.*
- 71.— El intruso. *Peter Doom.*
- 72.— La ruta de Alan Connole. *Alone Gregory.*
- 73.— El bandido de la frontera. *Evan Evans.*
- 74.— El salvaje. *Raf Segrram.*
- 75.— Fama de forajido. *M. de Silva.*
- 76.— Cuesta arriba. *Raf Segrram.*
- 77.— Dos hombres y una pistola. *Peter Doom.*
- 78.— Cara a cara. *Raf Segrram.*
- 79.— Alan Connole contra "Máscara Negra". *Raf Segrram.*
- 80.— El juramento. *Peter Doom.*
- 81.— El rancho "Dama Negra". *M. de Silva.*
- 82.— La tigresa. *Raf Segrram.*
- 83.— Sangre en la frontera. *R. C. Lindsmall.*
- 84.— El último "cow-boy". *Peter Doom.*
- 85.— El infierno negro. *Fidel Prado.*
- 86.— Cuando aparece Connole. *Alone Gregory.*
- 87.— El último del rancho. *Raf Segrram.*
- 88.— Burlando a la muerte. *M. de Silva.*
- 89.— Una silla de montar. *Peter Doom.*

90. — "Comstack Lodi", *Fidel Prado*.
91. — Johnny Richmond, *M. L. Stefania*.
92. — El ayo de la montaña, *M. de Silva*.
93. — El espectro, *Raf Segrram*.
94. — El último disparo, *R. C. Lindsmall*.
95. — Por la pendiente, *Fidel Prado*.
96. — Cachorro de pistolero, *M. L. Stefania*.
97. — Camino de la horca, *Peter Doom*.
98. — Siete tiros, *Raf Segrram*.
99. — Sangre celta, *Fidel Prado*.
100. — Un hombre sin marca, *Peter Doom*.
101. — La loba mansa, *Raf Segrram*.
102. — Cuadrilla de expoliadores, *Fidel Prado*.
103. — Viento del Oeste, *Peter Doom*.
104. — La última oportunidad, *Raf Segrram*.
105. — La última voluntad de Harry Hich, *Fidel Prado*.
106. — Tom O'Day compra un rancho, *Peter Doom*.
107. — El rey de Nevada, *Raf Segrram*.
108. — Riña de lobos, *Fidel Prado*.
109. — Tres hombres juntos, *Peter Doom*.
110. — Huracán de odios, *M. de Silva*.
111. — Al volver a la vida, *Raf Segrram*.
112. — Ráfagas del desierto, *R. C. Lindsmall*.
113. — El que quiso ser pistolero, *Fidel Prado*.
114. — Un torbellino, *Peter Doom*.
115. — Tres amigos de verdad, *Raf Segrram*.
116. — Borracho de pólvora, *M. de Silva*.
117. — Campo dorado "city", *Fidel Prado*.
118. — Peligro en la ruta, *Alone Gregory*.
119. — El domador de potros, *Peter Doom*.
120. — Jeff, el invencible, *Raf Segrram*.
121. — El valle de los siete ojos, *John F. Abbot*.
122. — Pueblo de ventajistas, *M. L. Stefania*.
123. — En el camino de Dodge, *J. de Cárdenas*.
124. — El peor de los "cow-boys", *M. de Silva*.
125. — El final del sendero, *Fidel Prado*.
126. — Uno que vale por cien, *Raf Segrram*.
127. — ¡California Kid! *Francisco Escano*.
128. — Jugando con la muerte, *Peter Doom*.
129. — Cara de póker, *Fidel Prado*.
130. — Duro de pelar, *Raf Segrram*.
131. — A mil dólares, la vida, *M. de Silva*.
132. — A cara o cruz, *Peter Doom*.
133. — ¡Estaba escrito! *Fidel Prado*.
134. — El grandullón, *Raf Segrram*.
135. — Un equipo tejano, *M. L. Stefania*.
136. — Una bala para tres, *R. C. Lindsmall*.
137. — El fugitivo, *Peter Doom*.
138. — Entre fieras, *Raf Segrram*.

139. — ¡Adelante, Willy! *M. de Silva*.
140. — Los pastos del río. *Joe Bennett*.
141. — El fantasma de tierra amarilla. *J. de Cárdenas*.
142. — Mercaderes sin ley. *R. C. Lindsmall*.
143. — El justiciero. *Raf Segrram*.
144. — Perdonavidas. *Peter Doom*.
145. — El que mató a Duncan Suiza. *Alone Gregory*.
146. — Ciudad de plata. *R. C. Lindsmall*.
147. — El desesperado. *Raf Segrram*.
148. — El pistolero del sudoeste. *M. L. Estefanía*.
149. — La ruta de los malditos. *Fidel Prado*.
150. — Un pobre diablo. *Raf Segrram*.
151. — Seis cartuchos. *M. L. Estefanía*.



COLECCION SERVICIO SECRETO

TITULOS PUBLICADOS

- 1.— La brigada de los suicidas. *Peter Debry.*
- 2.— Entre tinieblas. *Jack Grey.*
- 3.— Servicio especial. *Tony Wanton.*
- 4.— Sirenas tropicales. *Peter Debry.*
- 5.— El hotel de los crímenes. *Jack Grey.*
- 6.— Los cuatro ases. *Peter Debry.*
- 7.— La noche de Bright Garden. *A. Roicest.*
- 8.— El castillo de los ahorcados. *Peter Debry.*
- 9.— Contraespionaje. *Tony Wanton.*
- 10.— Peces de platino. *Peter Debry.*
- 11.— La hiena blanca. *Jack Grey.*
- 12.— Gangsters en Casablanca. *Peter Debry.*
- 13.— Una mano en la sombra. *F. P. Duke.*
- 14.— Valses tétricos. *Peter Debry.*



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

Últimas novedades de
EDITORIAL BRIGUERA



**COLECCION
 PIMPINELA**

- Núm. 209 - Nylhama
 ■ **SU MAYOR VICTORIA**
 Núm. 210 - Amelia Pina de Cuadro
 ■ **EL HOMBRE DE SU VIDA**
 Núm. 211 - Trini de Figueroa
 ○ **C O B A R D I A**
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 ROSAURA**

- Núm. 49 - Trini de Figueroa
 ■ **AL DECLINAR EL SOL**
 Núm. 50 - Corín Tellado
 ■ **SUCEDIO CALLANDO**
 Núm. 51 - M.^a Adela Durengo
 ○ **ESPOSA POR UN MES**
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 MADREPERLA**

- Núm. 105 - Mercedes Muntó
 ■ **EL NOVIO DE LA NOVIA DE PAPA**
 Núm. 106 - M.^a Nieves Grajales
 ■ **TRES VIDAS DE MUJER**
 Núm. 107 - Luis de Luzón
 ○ **¡SERAS MIA!**
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 BISONTE**

- Núm. 150 - Raf Segrram
 ■ **UN POBRE DIABLO**
 Núm. 151 - M. L. Estefanía
 ■ **SEIS CARTUCHOS**
 Núm. 152 - Fidel Prado
 ○ **EL DRAMA DE UNA VIDA**
 APARICION SEMANAL. PRECIO 4 PTS.



**COLECCION
 SERVICIO SECRETO**

- Núm. 14 - Peter Debrv
 ■ **VALSES TE ICOS**
 Núm. 15 - Kent Miller
 ■ **LA LIBELULA DE CRISTAL**
 Núm. 16 - Peter Debrv
 ○ **LOS BUITRES NEGROS**
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
 AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 6 - Zane Grey
 ■ **ESPIRITU DE CONQUISTA**
 Núm. 7 - Zane Grey
 ■ **UNA SOMBRA EN EL CAMINO**
 Núm. 8 - Zane Grey
 ○ **EL RANCHO MAJESTAD**
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 pts.

